

# SAGITARIO

*Lilorio*



REVISTA DE HUMANIDADES



# Angel Braceras

(Sociedad Anónima)

Fábrica Nacional  
de Tejidos y Con-  
fecciones Civiles y  
Militares : : : : :



FÁBRICA:

1498-AZCUENAGA-1498

Vte. LÓPEZ - F. C. C. A.

CASA MATRIZ:

357 - CEVALLOS - 365

BUENOS AIRES

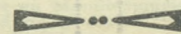
Quiere Vd. adornar  
su casa sin  
desembolso  
inmediato ?



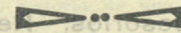
Solicite un Crédito en

“EL PROGRESO”

CALLE 51 ESQUINA 5, Telef. 196



Alfombras y Tapicería en general



Basilio Rodrigo

IMPORTACION Y EXPORTACION



# C. BOZZOLO é Hijos

Administración de Propiedades

CALLE 54 Núm. 588 - U. Teléf. 1454

LA PLATA

LAS PUBLICACIONES DE

## CALPE

DE RENOMBRE MUNDIAL SE ENCUENTRAN SIEMPRE COMPLETAS

EN LA LIBRERÍA

## ATENEA



Calle Diag. 80, N° 1012 - U. Teléf. 2993

LA PLATA

## Scaziga y Gubitosi

Calle 7, N° 943

U. T. 1439 - La Plata

Artículos para Hombres,

Peluquería, Calzado de

lujo para Hombres

PROXIMAMENTE:

Gran Confort en su

nuevo local

## Moisés Neiman

Neumáticos, Accesorios, Repuestos FORD

### AGENCIA GOODYEAR

NAFTA y ACEITE

Calle 54, N° 548 - U. T. 1412 - La Plata

# El Ateneo

Librería Científica y Literaria

CASA EDITORA

de PEDRO GARCÍA

Casa Central: FLORIDA 371 - U. T. 2801, Avenida

Sucursales: Buenos Aires, Córdoba 2099. - Córdoba 67, Rosario de Sta. F.

### PEDAGOGIA

Marotta P. F. — Ensayos sobre educación. R. ....	\$ 3.—
Nelson E. — Nuestros males universitarios. R. ....	2.50
Piñero H. G. — Trabajos de psicología normal y patológica. R. ....	4.—
Boman Eric. y Greslebein H. — Alfarrería de estilo dracónico de la Región Diaguita. R. ....	3.—
Carranza N. — Oratoria argentina. 5 tomos. R. ....	25.—
E. ....	35.—
Decoud D. — Atlántida. E. ....	5.—
Escala M. — Las epopeyas. El ciclo indio. Ilfada. La eneida. Jerusalén libertada. Niños y ancianos de la Biblia. Los Lusladas. La Divina Comedia. Don Quijote de la Mancha. R. ....	2.—
Gerchunoff A. — Los gauchos judíos. R. ....	1.50
Hernández J. — Martín Pierro y la vuelta de Martín Pierro. Traducidas al italiano por Folco Testena. R. ....	5.—
Juega Farrulla A. — Discursos. R. ....	3.—
Lugones L. — La industria de Atenas. R. ....	2.50
Lugones L. — El ejército de la Ilfada. Edición ricamente impresa en papel de hilo. R. ....	3.—
Lugones L. — El payador. R. ....	8.—
Lugones L. — La torre de Casandra. R. ....	2.—
Lugones L. — Mi beligerancia. R. ....	2.—
Marasso A. — Estudios literarios. R. ....	2.—
Pellegrini C. — Discursos y escritos. R. ....	5.—
Razori A. — Campo arado. R. ....	3.—
Reyna Almandos L. — Hacia la anarquía. R. ....	2.50
Reyna Almandos L. — La demagogía radical y la tiranía. R. ....	2.50
Roldán B. (hijo). — Discursos completos. Nueva edición corregida y notablemente aumentada. 1924. R. ....	6.—
Rostagno. — Les armés en Mandochourie. 2 grandes tomos con infinidad de grabados. R. ....	6.—

### NOVELA - POESIA

Acosta y Lara M. — Pascualito. R. ....	2.50
Acosta y Lara M. — Los amantes de Granada. R. ....	2.50
Acosta y Lara M. — Querubín. R. ....	2.50
Acosta y Lara M. — Tishcy. R. ....	2.50
Acosta y Lara M. — El Barón de Pédola. 2 tomos. R. ....	5.—
Acosta y Lara M. — Las hermanas Lemoine. 2 tomos. R. ....	5.—
Acosta y Lara M. — Rosa Blanca de Toledo. R. ....	2.50
Acosta y Lara M. — Soltera. R. ....	2.50
Acosta y Lara M. — La historia de una quinta abandonada. R. ....	2.50
Acosta y Lara M. — La gloria de los nuevos. R. ....	2.50
Acosta y Lara M. — Juego de mujeres. R. ....	2.50
Alias Claudio de. — Fuego y tinieblas. (Novela real). Última obra del malogrado poeta. R. ....	2.50
Bonazzola A. — Horas de sosiego. (Poesías). R. ....	2.—
Bonazzola A. — El alma desnuda. R. ....	2.—
Bufano A. R. — El huerto de los olivos. (Versos). R. ....	2.50
Cruz Teresa de la. — Cuentos para los hombres que son todavía niños. R. ....	1.50
Días Usandivaras J. — Por el camino. (Poesías). R. ....	2.50



## DE NUESTRO FONDO EDITORIAL

<b>Dr. Joaquín V. González.</b> — Obras escogidas. 18 tomos enc. . . . .	\$ 90.—
<b>Ricardo Rojas.</b> — Literatura Argentina. 8 tomos 3/4 pasta . . . . .	„ 40.—
<b>Ricardo Rojas.</b> — Obras. 9 tomos 3/4 pasta	„ 36.—
<b>Jorge M. Rohde.</b> — Ideas estéticas en la Li- teratura Argentina. 3 tomos rust. . . . .	„ 13.—
<b>Jorge M. Furt.</b> — Cancionero popular rio- platense. 2 tomos rust. . . . .	„ 20.—
<b>Juan B. Alberdi.</b> — Obras selectas. Prólogo y notas del Dr. Joaquín V. González. 18 tomos enc. . . . .	„ 120.—
<b>Rafael Obligado.</b> — Poesías completas. 1 to- mo rúst. . . . .	„ 3.—
<b>Pedro César Dominici.</b> — Tronos Vacantes. Arte y Crítica. 1 tomo rúst. . . . .	„ 3.—
<b>Miguel Angel Cárcano.</b> — Evolución Histó- rica del Régimen de las Tierra Públi- ca. Nueva edición. 1 tomo rúst. . . . .	„ 10.—
<b>Daniel Antokoletz.</b> — Derecho Internacio- nal Público. 2 tomos rúst. . . . .	„ 25.—
<b>Mario A. Rivarola.</b> — Sociedades anónimas. 3 tomos rúst. . . . .	„ 30.—

Pedidos a los editores **JUAN ROLDAN y Cia**

**Librería "LA FACULTAD"**

359 Florida — U. T. 31 Retiro 2882

Buenos Aires

## PALACIO DEL LIBRO

MAIPÚ 49 - BUENOS AIRES

U. T. 33, AVENIDA 4860

De nuestra extensa sección de Derecho,  
Ciencias Sociales y Filosofía.

<b>Marshall A.</b> — Economía Política. 3 tomos. E. . . . .	\$ 16.—
<b>Rousseau et Gallie.</b> — Droit Financier. 2 tomos. E. . . . .	„ 15.—
<b>De Micheli A.</b> — Los Entes autónomos R. . . . .	„ 10.—
<b>Ruzo Alejandro.</b> — Curso de Finanzas. R. . . . .	„ 12.—
<b>Troplong M.</b> — Droit Civil Expliqué. 28 tomos. E. . . . .	„ 120.—
<b>Fiore Pascuti.</b> — Derecho Internacional Privado. 6 tomos. E. . . . .	„ 34.—
<b>Baldana Juan.</b> — El Escribano Argentino. 4 tomos. E. . . . .	„ 40.—
<b>Schaffroth A.</b> — Diccionario del Código de Comer- cio. E. . . . .	„ 10.—
<b>Batardon León.</b> — Sociétés commerciales . . . . .	„ 18.—
<b>Obarrio Manuel.</b> — Derecho Comercial. 3 tomos. R. . . . .	„ 40.—
<b>Machado José O.</b> — Código Civil Argentino. 11 to- mos. E. . . . .	„ 130.—
<b>Garsonnet et Bru.</b> — Traité de procedure civile et commerciale. 7 tomos. E. . . . .	„ 70.—
<b>Freud.</b> — Totem y Tabú. R. . . . .	„ 5.—
<b>James.</b> — El significado de la Verdad. R. . . . .	„ 2.50
<b>James.</b> — La Voluntad de crear. R. . . . .	„ 3.50
<b>Lalo.</b> — Los sentimientos estéticos. R. . . . .	„ 3.50
<b>La Vaissiere.</b> — Psicología Experimental. . . . .	„ 9.—
<b>Lipps.</b> — Los fundamentos de la estética. R. . . . .	„ 7.50
<b>Mach.</b> — Análisis de las sensaciones. R. . . . .	„ 4.—
<b>Mulford.</b> — Nuestras fuerzas mentales. 2 volúmenes	„ 20.—
<b>Ribot.</b> — La psicología de los sentimientos. R. . . . .	„ 6.—
<b>Richet.</b> — Tratado de metapsíquica. E. . . . .	„ 15.—
<b>Schopenhauer.</b> — La moral de la religión. R. . . . .	„ 2.50
<b>Schuré.</b> — Los grandes iniciados. R. . . . .	„ 5.—
<b>Vorlander.</b> — Historia de la filosofía. 2 volúmenes. R. . . . .	„ 15.—
<b>Wundt.</b> — Introducción a la filosofía. 2 tomos. E. . . . .	„ 10.—
<b>Wundt.</b> — Ética. 3 volúmenes. E. . . . .	„ 20.—
<b>Spengler.</b> — La decadencia de Occidente. 2 volúme- nes. E. . . . .	„ 12.—



# GUIA PROFESIONAL - LA PLATA

## Dr. Juan E. Lozano

ABOGADO

Calle 48 N.º 730 La Plata

## Dr. Juan J. Almagro

ABOGADO

Calle 60 N.º 732 La Plata

## Dr. Gregorio Lascano

ABOGADO

Calle 47 N.º 822 La Plata

## Dr. David Kraiselburd

ABOGADO

Calle 5 N.º 1243 La Plata

## Dr. José Serra Renon

ABOGADO

Calle 10 N.º 1417 La Plata

## Dr. Fermin Schulze

ABOGADO

Calle 57 N.º 727 La Plata

## Dr. Vicente Montoro

ABOGADO

Calle 10 N.º 1326 La Plata

## Dr. Julio C. Diehl

ABOGADO

Calle 55 N.º 430 La Plata

## Dr. José Valido Martí

ABOGADO

45 N.º 468, Tel. 3154 La Plata

## Dr. Luis H. Sommariva

ABOGADO

48 936. — 44 393 La Plata

## Dr. Manuel F. Gnecco

ABOGADO

Calle 53 N.º 834 La Plata

## Dr. Tomás M. Rojas

ABOGADO

Calle 3 N.º 1170 La Plata

## Dr. Ricardo Guido Lavalle (h)

ABOGADO

Calle 48 N.º 694 La Plata

## Dr. Juan José Benítez

ABOGADO

Calle 48 N.º 840 La Plata

## Luis G. y Antonio P. Quijano

ABOGADOS

Calle 46 N.º 536 La Plata

## Dr. Enrique E. Rivarola

ABOGADO

Calle 47 N.º 660 La Plata

## Dr. Manuel M. Elicabe

ABOGADO

7. 48 y 49 (La Prensa) La Plata

## Dr. Raúl Díaz

ABOGADO

Calle 48, 12 y 13 La Plata

## Dr. Vicente L. Dobarro

ABOGADO

Calle 14 N.º 736 La Plata

## Dr. Alfredo Pérez Varas

ABOGADO

Calle 49 N.º 856 La Plata

## Dr. Luis Reyna Almandos

ABOGADO

Calle 54 N.º 455 La Plata

## José M. Reydó

ESCRIBANO

Calle 55 N.º 778 La Plata

## Emilio Peredo

ESCRIBANO CONTADOR

Calle 47 N.º 772 La Plata

## Julio P. Robles

ESCRIBANO

Calle 14 N.º 741 La Plata

## Julio Paineira

ESCRIBANO

Calle 49 N.º 878 La Plata

## Emilio Rebullida

ESCRIBANO

Calle 49 N.º 884 La Plata

## Enrique J. Risso

ESCRIBANO

Calle 51 N.º 442 La Plata

## Eduardo Ves Lozada

ESCRIBANO

Calle 9 N.º 931 La Plata

## Federico Isla

Escritano del Banco H. Nacional

Calle 48 N.º 975 La Plata

## Dr. Vicente Centurion

MEDICO

Calle 14 N.º 895 La Plata

## Dr. Giordano B. Cavazzutti

MEDICO

Calle 56 N.º 560 La Plata

## Dr. Pedro Belou

MEDICO

Calle 53 N.º 544 La Plata

## Dr. Angel A. Alsina

MEDICO

Calle 51 2 y 3 La Plata

## Dr. Basilio A. Castrillon

MEDICO

Calle 58 N.º 611 La Plata

## Dr. Francisco Guerrini

MEDICO

Calle 13 N.º 837 La Plata

## Dr. Manuel Cieza Rodriguez

MEDICO

Calle 49 N.º 735 La Plata

## Dr. Luis Felipe Cieza Rodríguez

MEDICO

Calle 47 N.º 341 La Plata

## Dr. Emilio D. Cortelezzi

MEDICO

Calle 60 N.º 324 La Plata



**Dr. Justo V. Garat**

MEDICO

Calle 48 N.º 536 La Plata

**Dr. A. M. Cavazzutti**

Ex interno de los servicios de otorinolaringología de los hospitales Italiano y Clínicas de B. As. Jefe de la misma especialidad en el hospital de niños de La Plata.

Calle 54 N.º 479 T. 2085, La Plata

**Dr. Edmundo Vampa**

TUBERCULOSIS Y ESTOMAGO  
ESPECIALISTA

Horas de consultas: 14 a 16

Calle 7 N.º 1204 La Plata

**Eke Mercante**

CIRUJANO DENTISTA

Consultas: de 9 a 11 y de 14 a 18  
Calle 12 N.º 888. T. 1537 La Plata

ENFERMEDADES DE LOS OJOS  
ANTEOJOS Y OPERACIONES

**Dr. Diego M. Argüello**

MEDICO OCULISTA

Consultas todos los días de 15 a 18  
Calle 51 N.º 458 T. 272 La Plata

**Dr. Simón Mendy**

CIRUJIA GENERAL — PARTOS  
GINECOLOGIA

Horas de consultas: 14 a 18

Calle 7 1082, Teléf. 10 La Plata

**E. CARASSALE PONS y Cía.**

ASUNTOS ADMINISTRATIVOS Y JUDICIALES, REPRESENTANTES Y CORRESPONSALES DE DIARIOS, GESTIONES DE COBROS, DE SUELDOS Y SUBVENCIONES.

Escritorio: 7 - 175 - U. T. 3250 - LA PLATA

**Peletería "La Siberiana"**

Es la casa que se recomienda por sus precios y calidad

No admite competencia

y garante la confección

de todos los trabajos

que se le confíen.



Especialidad en la con-

fección de tapados para

señoras y niñas, curtido

y teñido en todos los

colores.

CALLE 7 ENTRE 57 y 58 Núm. 1216

LA PLATA

SAGITARIO

CeDInCI



# SAGITARIO

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

DIRIGIDA POR: CARLOS AMÉRICO AMAYA, JULIO V. GONZÁLEZ Y CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE  
SECRETARIO DE REDACCIÓN: PEDRO A. VERDE TELLO

LA PLATA (R. A.)

DIRECCIÓN: AVENIDA 53 N° 533

TODA CORRESPONDENCIA DE REDACCIÓN Y CANJE, DIRIJASE A LA DIRECCIÓN

AÑO I	MAYO - JUNIO 1925	Núm. 1
-------	-------------------	--------

## INDICE DE ESTE NÚMERO

JORGE M. FURT . . . . .	Las flechas del Carcax. . . . .	5
EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA . . . . .	Mauricio de Guérin. . . . .	10
RODOLFO L. SEMICH . . . . .	La serenidad de Goethe . . . . .	26
	Problemas actuales de las secreciones internas . . . . .	32
ADOLFO KORN VILLAFañE . . . . .	Matemática de la Personalidad . . . . .	46
ALBERTO GULLÉN . . . . .	Del libro «Pausa» . . . . .	50
G. WINDELBAND . . . . .	El objeto del conocimiento . . . . .	54
	(Traducción del Dr. Feo. D'Andrea).	

## BIBLIOGRAFÍA

ARTURO MARASSO . . . . .	<i>Poesía juglaresca y juglares</i> de Menéndez Pidal . . . . .	71
CARMELO M. BONET . . . . .	<i>Las ideas estéticas en la literatura argentina</i> de Rohde. . . . .	75
ARTURO VAZQUEZ CEY . . . . .	<i>Poemas y cologios</i> de Arturo Marasso . . . . .	79
A. FENÁNDEZ GARCÍA . . . . .	<i>Un Juez rural</i> de Pedro Prado. . . . .	81
FRANCISCO LOPEZ MERINO . . . . .	<i>Crítica literaria</i> de Paul Groussac. . . . .	84
GREGORIO BERMAN . . . . .	<i>La disciplina mental</i> de Ramón Turró . . . . .	87
C. SÁNCHEZ VIAMONTE . . . . .	<i>En torno del Facismo italiano</i> de Francisco Cambó . . . . .	89
M. H. DE BOSE. . . . .	<i>La teoría de la relatividad</i> etc. de Max Born . . . . .	91
ALBERTO PALCOS. . . . .	<i>Ideas para una concepción biológica del mundo</i> de J. Von Uexküll. . . . .	97

## COMENTARIOS

Unión Latino-Americana—El próximo congreso Latino-Americano—Tribulaciones de un poeta cartaginés—Mensaje de los estudiantes búlgaros—Universitarias.

## NOTICIAS

B. SANIN CANO. . . . .	Las revoluciones Hispano-Americanas. . . . .	118
ALFREDO L. PALACIOS. . . . .	A Gabriela Mistral . . . . .	128
V. RAUL HAYA DE LA TORRE. . . . .	El último congreso científico de Lima. . . . .	

Dibujos de EMILIO PETTORUTI

## CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

República Argentina, suscripción anual (6 números) . . . . .	\$ 5.—	m/n.
Exterior. . . . .	„ 3.—	o/s.
Número suelto . . . . .	„ 1.—	m/n.

Toda correspondencia administrativa, dirijase a nombre del secretario señor Verde Tello, Calle 45 N° 734, La Plata.

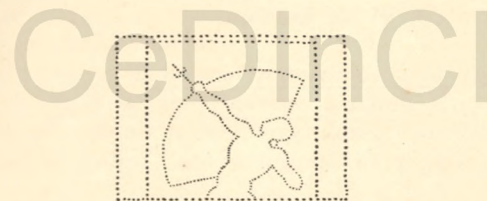
# SAGITARIO

DIRECTORES

CARLOS A AMAYA

JULIO V GONZALEZ

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE



LA PLATA  
R. ARGENTINA  
AV. 53 N°533

# REVISTA DE HUMANIDADES



## Las flechas del carcax

**P**OCO más de un lustro ha transcurrido desde la hora en que un efebo desnudo, terciado a la espalda el arco inverosímil y erizado de flechas el carcax, se detuvo a las puertas de la historia y llamó con recio aldabonazo.

*Era el hombre de la nueva generación que aparecía en el escenario de la América Latina. En actitud resuelta, se allegó a la mesa donde producían su interminable debate los prohombres y dijo con fuerte voz:*

— Vosotros ya nada tenéis para decir. Habéis hablado lo bastante. A vuestro alrededor se han trabado luchas que no sabréis comprender, conflictos que no podreis resolver, disputas que no alcanzareis a dirimir. Los términos en que planteasteis el debate, ya no responden a la realidad sobreviviente. De la precipitada sucesión de los acontecimientos, saltan interrogantes para los cuales recurriréis inútilmente a vuestro repertorio de respuestas. La vida ha tomado un sentido que vuestras disciplinas científicas no podrán interpretar y reanuda su marcha con un ritmo que escapa a la disposición de vuestros registradores. Idos, pues, antes que os devore la esfinge con la primera pregunta.



*El científico exigió hechos; el filósofo ensayó un «porqué»; el profesor balbuceó una vieja máxima; el poeta reconoció a “El Esperado”; el político aplaudió sin comprender. Pero todos concluyeron por desvanecerse como una ronda de espectros.*

*El efebo despejó la mesa de infolios y pergaminos, saltó sobre ella, y quebrando hacia atrás el cuerpo para vencer la pesantez del arco, hubo de lanzar su primer dardo contra las estrellas.*

*Sin embargo, y como el transcurso de los años no es lo que envejece tornando inactuales a los hombres, hay quienes saben hablar a la nueva generación del continente. Así, por ejemplo, José Vasconcelos, recibiendo como Rector de la Universidad a los jóvenes universitarios de Latina-América, llegados a México en 1921, para celebrar el Primer Congreso Internacional de Estudiantes, les dijo: «Todos vosotros, de cerca o de lejos, habéis visto los estragos de la guerra; todos sabéis como mueren los hombres por ideales turbios o altísimos, y eso ha dado a vuestra generación una lucidez de criterio y una gravedad de resolución, que os convierte en hombres aunque todavía seáis extremadamente jóvenes. Mi generación no os envidia; confía en vosotros, y confía porque presiente que, así que llegue la ocasión, viviréis más intensamente y combatiréis, no por vuestra verdad, ni por vuestra edad, sino por la verdad absoluta que es inmutable y eterna».*

*Otro de los que no estaban sentados a la mesa de los prohombres, José Ortega y Gasset, sorprendió la verdad que traía el efebo cuando aún era un secreto de su corazón y le arrebató la palabra de los labios. Hace años, en «El tema de nuestro tiempo», plan-*

*teaba el problema de las generaciones con admirable precisión, insistiendo sobre él en posteriores estudios. Desarrollando su tesis sobre las épocas cumulativas y eliminatorias, dice que «en las primeras los nuevos jóvenes, solidarizados con los viejos, se supeditan a ellos: en la política, en la ciencia, en las artes siguen dirigiendo los ancianos. Son tiempos de viejos. En las segundas, como no se trata de conservar y acumular, sino de arrumbar y sustituir, los viejos quedan barridos por los mozos. Son tiempos de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva».*

*Es entonces cuando puede decirse — dentro de la idea del maestro — que ha nacido una nueva generación histórica. Ella «es incompatible con el repertorio de creencias y apetitos que constituían la normalidad precedente» y aunque no hayan sido elaborados todavía los nuevos dogmas, «niega crudamente las viejas ideas y los valores establecidos».*

*Como ejecutores de un designio histórico e intérpretes de la realidad social, hemos impuesto una divergencia y trazado un límite. Pero ni la divergencia se concreta mientras no se oponga una idea a otra idea, ni es posible marcar límites en el vacío. La clausura de una edad se justifica con la inauguración simultánea de otra, llegada para continuar la sucesión de momentos que forman el ciclo evolutivo en la vida de los pueblos. Si la adolescencia llegase para negar al niño sin anunciar al hombre, la crisis sería de aniquilamiento y no de transformación.*

*Venimos a liquidar el pasado y solo conseguiremos echar en olvido nuestra ingrata misión de sepultureros, si nos sentimos portadores de los gérmenes de la vida y revientan en nuestros labios cantos de esperanza y optimismo.*



En los países jóvenes de la América Latina, los acontecimientos producidos en el mundo, han venido a provocar una crisis en su proceso de formación. Dieron una sensibilidad nueva a los hombres que, por su edad o por una disposición especial del espíritu, no habían alcanzado y estuvieron fuera de las modalidades en que se formara y según las cuales realizó su labor la generación pasada. Se ha creado, así, una manera distinta de contemplar las viejas cuestiones, renovándolas radicalmente, y como por una suerte de súbita modificación del órgano visual, han comenzado a descubrirse, en el horizonte del pensamiento, hechos y fenómenos desconocidos hasta ahora.

La generación precedente se entregó al amor de la cultura, al perfeccionamiento individual, a la ciencia en todos sus órdenes, como directa consagración del espíritu. Una «élite» brillante y ponderada, se entrega en el laboratorio, en el bufete de abogado, en la cátedra universitaria, en el despacho del juez, en la oficina ministerial, en la banca legislativa, a una labor individual, de propia superación, en cuya virtud el hombre procura satisfacer íntimas convicciones e ideas particulares. Es la exaltación del valor absoluto, que gira sobre sí mismo en el vacío. El amor a la cultura individual impidió que la solidaridad social se crease en los jóvenes pueblos de Latino-América e hiciera poco menos que imperceptible el valor de la época como generación.

En cambio, el hombre de la nueva generación, nace en la solidaridad dentro de su pueblo y ante la reaparición o el nacimiento de ideas supremas que se ponen en marcha para realizar la comunidad universal. Por esto es que su primer impulso tiende a consagrar la cultura a la vida y no la vida a la cultura.

Ello impone el cumplimiento de un doble imperativo: primero, la revisión completa y radical de los valores que hasta hace diez años aquilataban los pueblos y simultáneamente la formación «de un repertorio de ideas claras y firmes», capaces de nutrir la vida de toda una época.

En nuestra América, el gran movimiento de reconstrucción se ha localizado en la Universidad. En 1918 y subsiguientes, la juventud de las aulas, conmovida hasta en su más recóndita fibra por el cataclismo mundial y la revolución rusa, se enroló en la campaña de la Reforma Universitaria. Portadora de un vigoroso germen de renovación social y cultural, está preparando los centros donde se elabora el pensamiento de la comunidad para plasmar la nueva ideología que infiltrará en la conciencia colectiva.

Dentro del radio de acción que su carácter impone, SAGITARIO se propone contribuir a sistematizar y poner orden sobre los nuevos valores culturales de la vida contemporánea. De tal suerte que sus páginas serán un registro de las más modernas tendencias que van de la filosofía a la historia y de las matemáticas al arte y la biología.





Mauricio de Guérin <sup>(1)</sup>

Por

JORGE M. FURT

ESCRIBÍA Menendez y Pelayo que el excursionismo de Wordsworth no es excursionismo de dilettante, sino culto fervoroso de una divinidad incognita: *The being that is in the clouds and air*, a la cual se entrega pasivamente mirandola con supersticiosos ojos de amor». (2) Al leer estas palabras acude al recuerdo la figura de Guérin y animado por fervoroso sentimiento, canta su verso insaciable, panteista:

Et je me livre aux dieux que je ne connais pas!

Se ha estrechado en verdad, a su obra el nombre del poeta máximo entre los *lakistas* ingleses y aunque ciertamente el cantor de Francia tuvo teorías tuyas, no es improbable que, a pesar de conocerlo y de haberse interesado cierta vez en una publicación de sus poemas, no experimentara una influencia decisiva. Las dos obras, en su realización bastante di-

ferentes, se acercan por un rasgo dominante en ambos escritores: el afecto por la naturaleza, pero por otro lado ¡cómo se aparta Guérin del cantor de Westmoreland cuando en su *Journal* abomina de la realidad social, de los menesteres cotidianos, de la humilde vida que el otro exalta! A este medio, v. gr; nunca su espíritu se amolda: al hollar su pié las calles ciudadanas, siente bien pronto la añoranza de las campiñas quietas, de los bosques murmurantes, de los valles serenos o de aquel blanco mar donde cierta vez su mirada se abreva con lo infinito.

La página que hacia recordar a Sainte Beuve el poeta inglés, por la fineza y la emoción íntima de sus rasgos, es la siguiente. Este fragmento, como los demás que van después han sido vertidos por mí al castellano, pues no conozco ninguna traducción de su obra total en nuestra lengua.

«He pasado tres semanas en Mordreux, en medio de la familia más tranquila, más unida, más bendecida por el cielo, que pueda imaginarse. Y a pesar de esta tranquilidad, de esta dulce monotonía de la vida familiar, mis días íntimamente se animaban tanto que creo no haber sentido nunca igual inquietud de corazón y de cerebro. Ignoro qué extraña ternura de mí se había enseñoreado y por nada arrancaba lágrimas de mis ojos, como les sucede a los ancianos y a los niños. Mi pecho se ahogaba a cada instante y mi alma volcábase en sí misma con la efusión de las lágrimas y las palabras interiores. Sentía hondo cansancio que abatía mis párpados y, por veces, ligaba mis miembros. Solo comía con desgano aunque tuviera deseo, porque seguía pensamientos arrobadores por tanta dulzura, y el gozo espiritual rendía a mi cuerpo un placer tan sensible que me rebelaba contra un acto que iba a quebrar voluptuosidad tan noble. Tratava de resistir a esta impetuosa sentimental cuyos riesgos presentía, pero no podía salvarme y, según todas las apariencias, ignoro qué hubiera sido de mí si no hubiera encontrado en la contemplación de la naturaleza poderoso ensueño. Púseme a considerarla aún con más atención que de costumbre y gradualmente mi inquietud se serenaba porque de los campos, las ondas y los bosques surgía un hálito suave, bienhechor, que penetraba en mí y tornaba mis

(1) MAURICIO DE GUÉRIN—*Le Centaure—La Bacchante*, etc. Paris, 1923.

(2) *Historia de las Ideas Estéticas en España* VIII, 38, Madrid 1908.



arrebatos en melancólico soñar. Este vínculo de la quieta impresión de la Naturaleza con el sueño tormentoso del espíritu, engendrará un estado de ánimo que durante mucho tiempo quisiera retener, porque es lo más deseable para un corazón inquieto como el mío. Es como un éxtasis tranquilo y mesurado que desliga el alma fuera de ella misma sin quitarle la conciencia de su tristeza permanente. Ocurre también que el alma se penetra, sin notarlo, con una languidez que adormece todas las facultades intelectuales y la deja en una somnolencia ausente de pensamientos en la cual, sin embargo, ostenta el poderío para soñar las cosas más bellas. Otras veces es como una nube de apagado tinte que se extiende sobre el alma y arroja una dulce sombra, invitadora al recogimiento y al descanso. Así las inquietudes, los deseos, todo el conjunto turbulento que bulle en la ciudad interior, todo se silencia, a veces tórnase a orar y termina siempre ordenándose para el reposo. Nada puede mostrar más fielmente tal estado de alma como la tarde que en este momento cae. Nubes grises, con sus bordes tenuemente plateados, recubren todo el cielo. El sol, ocultado hace un instante, ha dejado tras sí una lumbre suficiente para retener un tiempo las sombras y disimular la transición a la vecina noche. Callan los vientos y el océano tranquilo me allega, cuando al umbral de la puerta me arrimo para escucharlo, un murmullo melodioso que penetra en el alma como un hermoso oleaje sobre la playa abierta. Las aves, perseguidas por nocturna influencia vuelan a los bosques y hacen silbar sus alas en las nubes. El soto que recubre toda la pendiente, sonoro todo el día por el canto del reyezuelo, el silbido del picoverde y los diversos gritos, no encierra ya ningún ruido en sus senderos, fuera de la aguda voz de algunos mirlos que corren y se persiguen, mientras que los demás pájaros ya han ocultado bajo el ala sus cabezas. El ruido de los hombres, que siempre callan los últimos, va borrándose en las campiñas. El rumor general se extingue y solo se oyen clamores de las chozas lejanas donde aun entrada la noche hay siempre niños que gritan y perros que ladran. El silencio me rodea, todo aspira al descanso menos mi pluma que quizás turba el reposo de algún átomo viviente, adormecido en las páginas de mi cuaderno; porque en verdad ella hace su pequeño ruido al escribir estos vanos pensamientos. Entonces, que calle: porque lo que escribo, lo que he escrito y lo que escribiré no valdrá nunca ni el sueño de un átomo.»

En la primera época de Guérin, si fuera posible agrupar su *Journal*, sus cartas y sus poemas en ver-

so, bajo una época de su vida, de pura creación romántica, encontramos—como la transcripta—las páginas más frescas y más íntimamente espontáneas de su genio, porque en ellas el corazón ponía en gran parte, ese toque emocional que a veces suele ser tan hondo como la misma especulación intelectual. El magisterio de Lammenais quizá serenó después las formas de este amor intensísimo a la Naturaleza, pero oigamos mientras tanto otros fragmentos de su obra. He aquí uno que podríamos intitular *El Bosque*:

«Paseo en el bosque de Coëtquen. Encuentro un sitio curioso por lo agreste: el camino discurre por una breve pendiente hasta un pequeño cauce donde corre un arroyo sobre un lecho oscuro que ennegrece sus aguas, color desagradable en un principio, mas nó cuando se observa su armonía con los troncos negros de las viejas encinas, con el sombrío follaje de las hiedras y su contraste con los tallos blancos, lisos de los abedules. Un fuerte viento rueda sobre la fronda y hace nacer de ella profundísimo gemido. Bajo su oleaje los árboles se debaten como furiosos. Vemos a través de las ramas, las nubes que pasan veloces en grupos negros y bizarros, pareciendo rozar las copas de las plantas. Ese gran velo, inmenso y flotante, deja por veces un espacio por el cual se desliza un rayo de sol, hasta descender como un relámpago en el seno de la fronda. Estos pasajes súbitos de lumbre dan a esas profundidades, tan majestuosas en la sombra, algo de salvaje y de extraño, como una sonrisa en labios de un muerto.»

Al penetrar en lo más hondo de las cosas y los pensamientos, se le tornaban elocuentes los simulacros de la naturaleza y recogía entonces las voces que creía oír resonar en las piedras o los árboles vecinos, con esa misma sensibilidad de artista que, por ejemplo, en el *Oiseau Bleu*, sugiere a Maeterlinck el concierto donde dialogan y se agitan con expresión humana los animales y las cosas. Con espíritu pre-dispuesto de tal modo, contempla Guérin el paisaje en los atardeceres, paisaje recortado por el propincuo marco ventanal, sobre cuyos vidrios a veces,



levantándose de su mesa, apoya la sombría frente: y así vé los arreboles vespertinos del día otoñal, el macizo lejano y confuso de la fronda y dentro del conjunto las copas más altas, aisladas «presentan fisonomías, caracteres—nos dice—que parecen expresar las pasiones mudas y las cosas desconocidas que acaso, en estos seres inmóviles, bajo su corteza se suceden; y se antojan, con sus movimientos y actitudes, representando alguna escena misteriosa en la lumbre crepuscular. . . .»

Y a la vera de estas evocaciones crece todo un mundo de recuerdos que él soñaría armonizar más tarde en una obra orgánica. No pudo por su destino aciago realizarla, ni siquiera forjar el plan de su arquitectura: dejonos solamente en sus dos poemas conocidos, dos hermosísimos fragmentos que nada permiten apreciar fuera de su belleza misma. Su obra en verso, al menos la que hasta ahora se ha venido publicando, se reduce a cinco piezas, donde generalmente parece que la métrica entorpeciera la expresión de su pensamiento aunque éste acaba por dominar sobre la forma, que se muestra con hartío desagradable dureza para quién haya leído antes la prosa serena y pura del *Centauro* o la *Bacante*. Algún poema, sin embargo, mirado en conjunto escapa a esa impresión desfavorable que pudiera muy bien achacarse a la divulgación inoportuna, tantas veces repetida en estos casos, de textos que el autor no ha podido corregir y, acaso, ni releer con tiempo.

\*  
\* \*

El solar de la Chênaie, que amparó tanta desgracia y tanto ensueño, pudo cobijar en un principio con el vínculo del amor intelectual algunas figuras más tarde separadas en la vida. Así vemos agru-

parse, por ejemplo bajo, el magisterio de Lammenais el espíritu nobilísimo de Lacordaire y el inquieto de Guérin, entre ese núcleo de discípulos suyos que en el futuro habrían de apartarse, por sus convicciones íntimas, de la casa donde después agonizó, en el desdén y la miseria, aquel hombre cuyo talento le atrajo en cierto instante una curiosidad universal. Guérin, cuya vida fué toda de juventud, pues murió a los veinte y nueve años—amado por los dioses, nos diría Menandro—es, en el grupo, el que despierta esa piadosa simpatía que evoca, casi siempre, todo buen fragmento de una labor irrealizada.

Si pretendemos reconstruir la verdadera fisonomía íntima, acaso nos debemos apartar de esas páginas de la hermana «tutelar» que con su inmenso afecto, forjó un retrato donde algunos detalles se oponen a la insinuación que por veces discurre en la misma obra de Mauricio. Su primera vinculación la tuvo—como hemos dicho—con Lammenais. Después de la soledad de sus primeros años en el campo familiar y del bullicio de las andanzas escolares, toda su ilusión juvenil y su temperamento ya ardoroso, encontraron en él, el doble halago de la elocuencia personal y de las sugerencias del estudio que dirigía. Así en las cartas a Eugenia, evoca el hogar intelectual, «lleno de ciencia y de piedad» en medio de sus bosques y colinas: lo evoca a la hora nocturna cuando los cuatro jóvenes se reúnen junto al fuego, en común estancia, a dialogar sobre las ilusiones y estudios que ponen en sus frentes destellos de gracia antigua; lo evoca con las luces matutinas cuando se dirigen a la capilla atravesando flores y tilos por un vial que toca las aguas de vecino estanque, en medio de los bosques alledaños y evoca también al maestro en la tertulia cotidiana: animoso y locuaz, encendiendo entusiasmo con la unción de su palabra;



y el afectuoso testigo nos llega de ese modo a traer el recuerdo donde se anticipan todas las desgracias del porvenir: «hay mucho acíbar en su alma—escribe una vez—porque es muy amargo para su genio ver que es tan mal comprendido su pensamiento...» Al amparo de estas líneas ya sentimos ensombrecerse el ceño del morador de La Chênaie: Montalbert y Lacordaire, estrechados por la fé y el afecto se apartan del solar a raíz de la encíclica papal, condenatoria de sus ideas personales.

Pero, a más de la cultura clásica, y de las teorías sobre el arte, teoría elevadísima de continua progresión estética, dirigida hacia esa belleza Divina vinculada a su sistema siempre filosófico, enseñanza que aprendió allí y que consolidó, ciertamente, el sentido más noble de su obra literaria, su estadia no pasa de ser un accidente sin importancia grande en su vida; antes de conocer a Lammenais ya se había revelado en él, como hemos visto, su inmenso amor por la naturaleza; después de estar a su lado durante un tiempo, ese amor era igualmente fervoroso y ello es digno de notarse si consideramos que ese sentimiento es el que domina en su raigambre espiritual y es el que infunde a sus cantos la esencia de vida y de belleza que atesoran. Era por otra parte en Guérin una modalidad innata: de ahí que el nombre de Rousseau se recuerde junto al suyo sin poder vincular sus sentimientos por ninguna influencia. Acaso ese acercamiento nunca le fué sensible como tampoco presintió, sin duda, que pudo encarnar ese eclecticismo que Cousin encontraba en tales años de las letras francesas como resultante de los dos elementos que según él debían hermanarse: la legitimidad clásica con la innovación romántica.

Barbey d'Aureville en ese *Premier Memorandum* que —por confesión de él mismo en su última página—

Guérin llamara extraño, nos trae el recuerdo de su insaciable amor por la naturaleza, sensación que, por otra parte, discurre en casi todas las líneas que su mano nos dejó escritas y que no creeríamos tan honda si un párrafo de su *Journal* no lo dijera «Como de una amante me he separado de la campaña y confieso que no puedo explicarme el sentimiento tan parecido entre la tristeza del amor y la tristeza que ella me ha dejado» pero, si tomamos *Le Centaure* o *La Bacchante*, los dos poemas fundamentales, llegamos a la comprobación de que él, ferviente amator de las formas y matices de la tierra, no encerró, sin embargo, en esas páginas una expresión puramente descriptiva de lo circundante. Esa creación justifica las palabras de Leibnitz «no hay nada en lo bello que no esté en la naturaleza, salvo lo bello en sí», palabras que se vinculan a esa teoría, quizá verdadera, de Charles Lalo, en la cual señala una belleza «pseudo-estética» inherente a la naturaleza en sí y una belleza «estética» fruto de la labor consciente, intelectual, del arte. Al deslindar estos dos sentidos diferentes de un vocablo mismo, el concepto para considerar las páginas de Guérin tornase bien claro y podemos comprender la magnitud de esa intuición que creó la belleza de unos poemas que Sainte Beuve comparaba a un soberbio trozo de antiguo mármol.

La afirmación de independencia hacia todo sistema político o religioso que en 1835 escribiera en una carta a su hermana Maria, era desde mucho antes una realidad en ese espíritu que, de vivir unos años más tarde, habría ostentado su fraternidad con las figuras románticas, angustiadas por su íntima inquietud. Unas veces su sensibilidad le hace contrastar más el placer de un instante con la pena vulgar de la vida cotidiana, «hace una hora—escribe—que he



vuelto de un pequeño y grato paseo y lloro como un niño y me amargo lamentando un gozo que debí tomar sin preocuparme, sabiendo que poco iba a durar; pero es siempre así: cada vez que encuentro una pequeña felicidad, es una pena cuando debo abandonarla porque vuelvo a caer en mí mismo y en mi doloroso andar»; otras veces el recuerdo de sus tristezas infantiles atormentan horas que la quietud brinda para toda remembranza y sufre por encontrar tortura hasta en su mismo íntimo deseo de soledad; otras veces su inquietud se vincula al propio pensar que él comparaba a una lumbre del cielo fluctuante en el horizonte entre dos mundos—análogo símil al que posteriormente Poincaré en alguna parte se atribuye—y entonces acude a torturarlo el ideal de su obra literaria, porque no logra aprisionarlo en sus páginas: «más me adelanto—nos dice—y más el fantasma se enalza y se torna inimitable...» Pero, fuera de su diario y de las cartas, íntimos entrambos, este sufrimiento moral no trasciende a sus trabajos de artista al menos con ese tono personal que vestirían los armoniosos clamores de Lamartine o de Musset; tenía como él dice, el buen sentido del silencio, aunque debemos explicarlo más por una pudorosa reserva que por el estoicismo que le dictara a Vigny su verso inolvidable:

Seul le silence est grand, tout le reste est faiblesse!

Al leer los fragmentos de Guérin, no es esa la única vez que el nombre del cantor de los Destinos acude al pensamiento, a pesar de tratarse de dos obras sin vínculo mayor. En verdad pudo Vigny firmar este párrafo epistolar: «según mi parecer el desden por el público y la indiferencia por toda preocupación de porvenir para penetrar en el santuario del trabajo, garantizan mucho el mérito de la obra;» pero fuera de esto, el poeta pesimista tornase aisla-

do y casi libertado de todo parentesco intelectual a pesar de la influencia primera de Chénier y ya nada encontramos en él de nuestro artista, cuya labor no encuentra seguidores y donde a la indecisión de toda obra fragmentaria y juvenil se agrega la indecisión de su espíritu, explicable siempre, como hemos visto, por su temperamento mismo que él repetidas veces nos señala: «creo que la causa de mis sufrimientos se encuentra en el orgullo, en un profundo sentido de mi miseria, en mi reflexión que nunca está en reposo, en mis pasiones, y en mi conciencia.» Con esta confesión se explican todas las aparentes oposiciones que matizaron su vida, desde el misticismo de su edad juvenil hasta la actividad mundana de sus postreros años, pasando por su época de intensa soledad campesina, por la etapa estudiosa de La Chénaie y por ese único amor humano que pone una vez en la sombría frente destellos de su gozo espiritual: puro y breve idilio que termina con la muerte...

Interrogemos el ideario de Guérin y veamos que respuesta nos dice. La visión de la muerte es la primera que retienen sus pupilas: conserva en su *Journal* el recuerdo de los féretros que llevan en la campaña familiar o en las calles de París y al encontrar eco en su íntima amargura, el deseo de la muerte asoma a su pensamiento, deseo que surge hasta en su sueño de la noche: «mi pensar no vé en todas partes más que la destrucción y la miseria y cuando queda entregado a sí mismo en el sueño, dirigese a errar a la vera de las tumbas...» Algunos años mas tarde recorrían a pié con un amigo la ruta a Saint Malo, para contemplar desde las riberas el mar infecundo y descubre, al llegar a una aldea, de un lado unas colinas boscosas, escalonadas, con sus viviendas de blanca techumbre internada en la fronda y el río que



se desliza por los valles, brillante como un espejo pulido al sol y del otro lado la llanura cuyo límite se pierde en el horizonte. El rojizo oscuro de los bosques se opone a la verde tonalidad de los sembrados y todo ello dorado por la lumbre solar, enciende con su policromía la imaginación del poeta. Meditando sobre esta belleza, que la divina bondad rinde a los buenos y los malos en la tierra, sueña que esta misericordia ha de perpetuarse después de la vida humana y entonces surge una imagen sonriente, consoladora, de la muerte: visión dulce y serena que él forja con ese idealismo cordial que el catolicismo había depositado en él desde muy joven. Porque en medio de todos sus devaneos y contradicciones fué siempre piadoso y creyente, aunque alguna vez las circunstancias lo apartaron formalmente de esa convicción, insinuada por su familia y acentuada en el estudio, pues no olvidemos el interrogante que Eugenia le escribía en 1838, cuando él estaba en París, interrogante donde vá toda la ternura y la pena que el hermano le causaba: «¿Tú que no rezas, cómo haces cuando estas triste, cuando tienes el corazón desgarrado?»

La negación que refiere a la bondad o al sentido moral de los hombres es acaso el único rasgo pesimista que se define en su carácter; «no creo que nadie gane al ser observado,—dice—¡las cosas secretas de los hombres son tan miserables!»; aunque éste rasgo negativo se redime con su creencia afirmativa respecto a la grandeza del afecto, que le hacía decir en una carta a Eugenia: «no concibo en la vida una felicidad más grande que esa comunicación de dos corazones que vuelcan mutuamente el uno en el otro todos sus sentimientos y todos sus secretos» Pero estas preocupaciones del amor y de la muerte que agitan en Leopardi, por ejemplo, toda una inteligencia y

hasta penetran para consumirla en la esencia orgánica de su vida, son avasalladas en Guérin por la preocupación del arte: «Mientras que una mitad de mí mismo se desligaba por la tierra, la otra, inaccesible a toda mancha, alta y serena, elaboraba gota por gota esa poesía que surgirá, si Dios me dá tiempo. Para mí está ahí todo. Todo lo debo a la poesía, ya que no hay otra palabra para expresar el conjunto de mis ideas; le debo todo lo que aún tengo en mi alma de elevado, de sólido y de puro; le debo todos los consuelos que he tenido y le deberé, quizás, mi porvenir...» A este nobilísimo ensueño vinculó los afanes superiores de su vida, pues, como dijimos, ningún reflejo de pasiones vulgares enturbió nunca su creación estética. Si bien todos estos rasgos que anotamos arrojan luz sobre su contextura espiritual; la creación de sus fragmentos no puede por ellos explicarse, a pesar de la personalidad original y vigorosa que delatan. Y, ya que volvemos sobre su originalidad, bueno es hacer notar que su obra no se vincula con otra aunque se la ha querido comparar con la igualmente fragmentaria de Chénier, olvidando que no escribió el poeta de *l'Aveugle* páginas vigorosas como las de *Le Centaure*, así como no hay en los versos de Guérin la maestría que en el otro señorea.

\* \*  
\*

En lo que podríamos tener como una segunda época de su vida literaria—el clasicismo—encontramos su obra más duradera con los dos poemas que ya hemos citado varias veces. Ellos señalan al lector una personalidad realmente grande y un raro temperamento artístico. Bastantes páginas sobre ellos se han escrito; *Le Centaure* ha encontrado un digno traduc-



tor en nuestras letras (1), así que no es necesario de tenerse en la exégesis, que siempre sería pálida, de los dos fragmentos admirables.

A medida que iba escribiendo estas líneas sobre el soñador de La Chénaie, recordaba algunas veces la cultura nuestra, vínculo que a menudo más se desea que se siente. Sucede que al acercarse a estas sombras ilustres—*magni nominis umbra*—y meditar después serenamente sobre la realidad literaria de actuales días, uno se rinde a lamentar la lejanía espiritual que entre las dos formaciones se establece.

A pesar de quienes pretenden que un anhelo de perfección o de originalidad se opone forzosamente en principios a toda escuela ya establecida—olvidando que el renovar está en la independencia que el genio propio labra sobre una anterior imitación—el ejemplo de no pocos libros, engendros de pura osadía, señalan precisamente lo infructuoso de esa aislada vanidad. Acaso entre tantas preocupaciones sobre nuestro porvenir literario o mejor dicho, sobre nuestra actualidad intelectual, se calle un factor que pesa sobre muchos escritores: la insinceridad. Bienvenido el tanteo vacilante, cuando de él puede surgir, trabajando con conciencia, una labor que lo supere; porque nada puede esperarse de las obras—a pesar del éxito ruidoso—en cuya falsía hasta el talento se simula.

Suelen por costumbre achacarse estas ideas al natural pesimismo de los años seniles o a la posición doctrinaria de quien lo emite. No necesito reafirmar esta posición definida en mis libros y no ocultaré precisamente mi juventud: pero alentando siempre un humilde, continuo estudio como único medio de vigor espiritual, me he ido afirmando en la creen-

(1) Jorge Max Rohde—Evocaciones Buenos Aires 1921, página 129

cia de que solo con conceptos superiores puede crearse algo duradero. En cuanto a este postulado, la vida de Guérin es toda de ejemplos por su espíritu de auto-crítica y por la elevación de su credo de belleza. Veámoslo en el solar de Lammenais recogiendo la enseñanza de los libros con la angustia, íntima, inextinguible, de no poder plasmar en una obra su ensueño de arte; veámoslo en la pobre estancia de Paris, añorando su naturaleza provinciana y destruyendo en la mente su labor que él creía indigna de perpetuarse; veámoslo siempre luchando con su espíritu entre el presentimiento de que algo grande podría nacer entre sus manos y la duda férrea sobre el valor de los hermosísimos fragmentos que creaba. Tal es el sentido de dignidad mental que ennoblece sus pocos años y que engendra en unas breves páginas su gloria como artista.

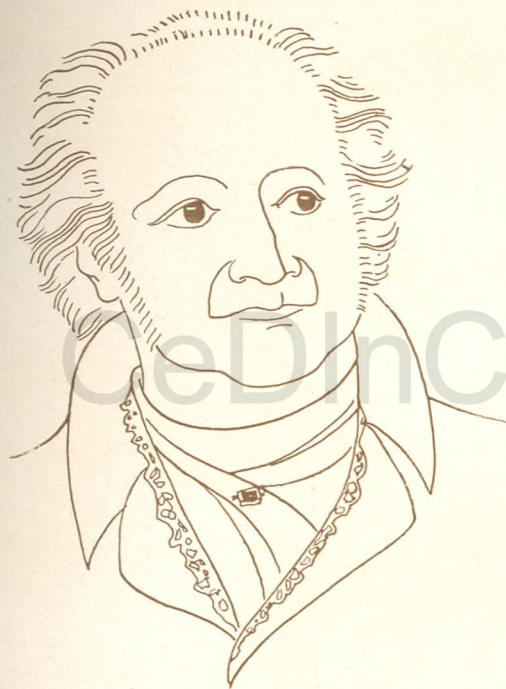
Son ciertamente los caracteres reflexivos como este, los que amparan en sus obras mayor perfección—ya sea en la solidez doctrinal como en la pureza de la forma—porque su pensamiento los lleva a internarse en algo mucho más hondo que la sensiblería pasajera o el éxito ruidoso. Y así, sin tener como Leopardi o Vigny un absoluto pesimismo, la especulación de las observaciones o del estudio, rinde en el alma del artista un desprecio por esos afanes harto deleznales y esa elevación moral acaso se labra hasta con la meditación sobre las miserias humanas al fin después de todo cercenadas por la muerte. Los hombres que mantuvieron en su aristocracia intelectual, el galardón de no haber nunca envilecido con mezquindades las páginas escritas, deben ser una sugestión de honradez y dignidad para los que inician sus andanzas en las letras; por eso, la ventaja de ese tutelaje espiritual aparece cada vez que al andar en tierras extrañas el propio ambiente se recuerda.



Meditando las páginas que Joaquín V. González puso de introducción a sus versiones de Kabir, se siente—entre todas sus secundarias divagaciones religiosas—cuánto es honda y trascendente esa escuela de amor que él proponía a las juventudes argentinas como medio para afinar el alma nacional. Se siente cuanto es de noble ese ensueño que él oponía al odio y a la intolerancia, «tara ancestral» de nuestra vida. Es justo que de Kabir o de Tagore, ese sentimiento de amor surgiera como el sentido dominante, si nó el único que pudo aplicar a la nativa tierra; sin embargo, y así por las sugerencias insinuadas, las obras más diversas se encadenan, aquel sentimiento de sinceridad y de altivez completa esa esperanza que González nos renueva.

Presupuesta la facultad creadora del talento—sin la cual, no es menester decirlo, todo es inútil—esta dualidad insinúa siempre algo duradero en la labor humana pues representa una convicción íntima que aún en el caso de ser errada, es susceptible de modificarse por el mismo razonar sincero. Con este amor y esta sinceridad en el continuo estudio y teniendo sin cesar presente bajo la teoría universal el sentido localista de la patria, podrán crearse obras perdurables por el fervor emotivo, por la realización formal trascendente de otras culturas ejemplares y por el sedimento indígena que el acervo nativo representa. Con el equilibrio de estos tres postulados, muchas vocaciones literarias podrían rendir páginas estimables, aunque no se me oculta que, descendiendo a la práctica, es necesaria una férrea voluntad para domoñar con esa pauta superior la facilidad propia o el afán de éxitos.

Pues todos los estudios en dominios del arte han de ser realizados con la creencia de que en algo puedan vincularse, si son extraños, al alma nacional



GOETHE



como un refinamiento, no deben extrañar estas líneas que traen reminiscencias locales despues de evocaciones forasteras. Antes de alardes eruditos tales trabajos deben entrañar en lo posible alguna idea aprovechable en el propio ambiente; con este criterio he escrito las páginas actuales, poniendo esperanzas de realización en la cultura nuestra, a tiempo que iba evocando la obra del lírico de Francia, toda ella de angustia, de nobleza y de hermosura.

CeDInCI

CeDInCI





## La serenidad de Goethe

Por

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

**B**IEN sé que la serenidad de Goethe es ya más o menos, como la irascibilidad de Beethoven, algo de conservatorio y de *five o'clock*, especie de lámina de libro elemental. Más no resisto a esta ingenua necesidad de gustarla nuevamente por mí mismo, ahora que tengo a la vista un pequeño grabado de no importa qué artista desconocido, en que el poeta se yergue en la actitud viril de un Apolo germánico, blondo y maduro (Gautier lo decía de Heine), mostrándole en el reposo intranquilo de alguna estatua de Rodin.

Indiscutiblemente, la obra y la vida de este sabio y artista se unen bien en largos ritmos de ola atlántica, un poco agitada por debajo y por dentro, dando a lo lejos la impresión de la quietud inagotable. Y esta serenidad, como la de su fisonomía, mirando con su gran cara sin arrugas hacia los treinta grados sobre el horizonte, es distinta de toda otra.

No es la quietud crepuscular y apenas agobiada de Marco Aurelio, en que tanta lágrima hay oculta tras la frente «triste y casi sonriente»; tampoco se

asemeja a la serenidad melancólica de las tranquilas horas de Amiel, ni a la placidez congestionada de arrobo de los grandes místicos; porque la serenidad de Goethe es aparente, como la de la estrella que se precipita a millones de kilómetros por segundo y de la peonza que parece inmóvil en su rápido giro.

A través de Eckermann la figura psicofísica de este meditador resulta hermosamente complementaria de la que imaginamos desde las primeras lecturas de sus obras. Un instante de conversación bastaría para trazar el bosquejo de su mentalidad, cual un fragmento de *Fausto* para reconstituírle corporalmente; tiene todo él la lógica anatómica de que se valía Cuvier en una época de duda y candor.

Ese hombre que vemos en los momentos de su más delicada familiaridad no traiciona jamás su inteligencia. Sólo una vez pierde su majestad nestórica: cuando discute con su secretario acerca de la teoría de los colores, en cuya polémica tenía, no obstante su error, la razón del ojo contra la del aparato fotográfico. Ahí se le ve descender un poco, para ofender casi la mansuetudinaria fidelidad de su cronista. Pero siguen después limpios días sin el menor vestigio de rencor. Alguna tarde gris dirá a su confidente: «Estos árboles los planté hace 40 años con mis propias manos; he tenido el placer de verlos crecer y desde hace tiempo disfruto el beneficio de su sombra».

Naturalmente, hay en sus actitudes algún movimiento de aristócrata y de burgués; amplios gestos de sobremesa y sonrisas que sólo florecen en la prosperidad. Lo imponente es más bien la atmósfera en que se desplazan esas actitudes; es la forma en que anda o se sienta; el modo familiar con que departe y comenta sus grabados en cobre, o las representaciones de los cómicos o de los cantantes de cámara; el si-



lencio impresionante y sombrío sobre Beethoven. Todo en él es interesante, tan interesante como en Tucídides. Ese otro Prometeo encadenado le pintó una vez magníficamente: «grande, majestuoso, siempre en re mayor»; aunque la pintura alegórica que mejor pudiera aplicársele, es la que el mismo Goethe hizo de alguna pieza de Bach: «Qué pomposo y grandioso es ésto! Me parece ver una procesión de altos personajes en traje de gala, descendiendo por una escalera gigantesca».

Su alta estatura, su masculinidad, su permanente control sobre sí, en la seguridad de una gloria algo efervescente más definitiva, le revisten de la suprema dignidad de una fiesta papal.

Nada tan reconfortante como un episodio de su vida, o una de sus conversaciones, leído cada mañana; breviario de voluntad, de altivez, de vasta y transoceánica confraternidad.

En todo él se nota la concordancia, la congruencia que no deja intersticio que pueda ser futura grieta; el carácter que heredó de su padre, forma la textura, la trabazón fundamental, como su sabiduría «sentimental, sensible y sensitiva», herencia materna, forma la pulpa muscular y el nervio vivo. Aunque no se trata aquí de la inteligencia, ni del carácter, ni de la sensibilidad, sino de cierto timbre, de cierto estilo que campea a través de su vida y de sus obras, y que resulta de la voluntad, la sabiduría y la emotividad perfectamente mezcladas; así en el violín la nota de la cuerda y la madera.

Su pensamiento es uniforme; ha logrado una cumbre tan alta que para él la montaña es interesante como espectáculo, como laboratorio y como compañía.

Napoleón le definió, concisa, exacta y napoleónicamente: «un hombre». Después de cien años, este hombre, que no se ha promovido al superhombre,

sino que resta simplemente humano, parece que pasa inmovible, sin rozar nunca con nada, sin apoyarse en las balaustradas, ni en los brazos de los sillones. Sentado, reclinado, echado, siempre está en pie.

Parecería increíble que un autor que removi6 tempestuosamente los espíritus del *Sturm und Drang*, huracanados y atormentados, supiera adoptar en cada caso la actitud conveniente, con esa maravillosa facultad de desaparecer ante los ojos de su público, hasta convertirse en algo objetivo aun para sí mismo.

Lo que hace la profunda cohesión, la similitud geométrica de todas sus obras poliformes, es el método científico que observa por instinto y con arreglo al cual vivió. Porque Goethe era el método; lo apolíneo ajustando como un guante todo su tumulto dionisiaco.

Aun enfermo, da la impresión de quien está irritablemente bien equilibrado, bárbaramente sano. Su vehemencia, su pasión a veces delirante tiene mucho del muelle que produce su fuerza uniformemente, cual la higuera de que habla Burnouf, sin descomponerse, sin cejar, día y noche. Otros genios procedían por impulsos como los resortes que saltan; pero las higueras son más fuertes que los cañones.

Hay un eje, una columna vertebral que se extiende a lo largo de la vida y las producciones de Goethe. Es un eje netamente hindú, por decir así, con algo de gótico: viviente y geométrico. Y si a Hændel se le llamó el Alemán, a Goethe podríasele llamar el Indogodo.

Es cierto también que su serenidad tiene, juntamente con lo aristocrático y lo burgués, un no sé qué de pose para retrato; más no obstante, su presencia debió ser sedativa como las manos de Buda y San Francisco. Esto lo sabemos porque con sólo su mirada vigilante, logró aplacar esa tremenda tempestad que se llamó Schiller en la tierra, y que,



finalmente, a fuerza de ideal y a fuerza de Goethe, tomó también aquel solemne estado de coro que se pone en pie, como en su himno triunfal, en la Novena Sinfonía.

No me explico por qué he asociado siempre con fastidiosa insistencia a Goethe con Alejandro Humboldt, junto a una ventana (Emerson y Carlyle), mirando y meditando, tras mucho andar el mundo.

Este otro león beethoveniano de tímpanos y retinas perfectos, fué un espectador de su gloria; mientras terminaba «Fausto», recogía flores de las semillas echadas cincuenta años atrás. A esa solemnidad de hombre que alcanza a vivir el tiempo que Stendhal necesitó, muerto, para ser comprendido, debe atribuirse gran parte de su imponencia, de la severidad y amplia calma marítima de su juicio.

Por lo demás, su estado de ánimo constante debió ser el de quien está dispuesto a morir desde hace muchos años, esperando la hora de convertirse en dios, no del Olimpo de los emperadores romanos, sino en un simple dios de mármol, que es más helénico.

Notad si no parece una voz de ultratumba la que dice: «Desde hace veinte años, las gentes se dedican a discurrir sobre quién es más grande, si Schiller o yo, en vez de alegrarse de tener hombres como nosotros sobre quienes poder discutir».

En veces, la serenidad del patriarca de Weimar infunde ese pavor de quien habla de sí como de un ausente, que es la forma de hablar de los oráculos; en momentos promueve el miedo religioso que debieron suscitar los elegidos, cuando se hallaban en estado de gracia, sobre todo porque su cuerpo, en que tantas veces encarnaron los dioses, tenía ya el sagrado signo de la ruina.

Hasta después de muerto impone respeto, miedo y amor, como el Cid; lo cuenta Eckermann:

«A la mañana siguiente a la muerte de Goethe, se apoderó de mí el deseo vehemente de volver a ver su envoltura terrenal. Su fiel criado Federico me abrió la habitación en que yacía. Tendido de espaldas, descansaba como si durmiese; una paz y una firmeza profundas flotaban sobre los rasgos de su noble rostro. El cuerpo yacía desnudo envuelto en una sábana blanca. Federico corrió la tela y quedé asombrado de la divina belleza de este cuerpo. El pecho poderoso, amplio y combado; los brazos y los muslos llenos y suavemente musculosos; los pies, pequeños y de la más pura forma. Ante mí estaba, en toda su belleza, un hombre perfecto, y el encanto que su vista me produjo, hizome olvidar un momento que el espíritu inmortal había ya abandonado aquel cuerpo.»

CeDInCI





## Problemas actuales de la doctrina de las secreciones internas <sup>(1)</sup>

Por

RODOLFO L. SEMICH

**P**OCAS veces habrása dado en la historia de la ciencia teoría más fecunda en sugerencias que la forjada en estos tiempos para explicar la íntima correlación de los fenómenos vitales en el individuo. Ha surgido así una disciplina nueva, la endocrinología, que sin duda tiene un valor biológico inmenso mas no una significación práctica tan exagerada como la que se pretendió en un principio. Su mérito es, hoy por hoy, sobre todo doctrinario. El descubrimiento que dió origen a la teoría realizóse en el ambiente modesto y de pureza intelectual que caracteriza a los laboratorios de fisiología; luego, a poco que los empíricos utilitaristas tomaron conocimiento de la teoría la despojaron de aquella pureza primigenia, desprestigiándola un tanto. (2)

(1) Del Dr. Gregorio Marañón.

(2) Guarde el lector memoria de las siguientes palabras que Paul Bert pronunciara en los funerales de Claudio Bernard — precursor de las ideas endocrinológicas — donde bien expresada está la desconfianza que el más grande de los fisiólogos tenía respecto de las aplicaciones que de la ciencia hacen los clínicos y terapeutas: «Aussi, lui qui enseignait que la médecine est ou doit étre une science se montrait — il fort sceptique au regard des medecines, et, quand il parlait, il semblait toujours que l' ombre de Sganarelle passat devant lui.»

La prensa diaria nos trajo noticias fabulosas referentes a los injertos y extractos glandulares: viejos octogenarios habrían recobrado la moza lozanía merced a la mágica virtud fisicoquímica ejercida por tejidos animales incorporados a sus organismos caducos.

Por fortuna, ha pasado ya el momento agudo de la manía y las cosas tienden a retomar su normal equilibrio porque la crítica científica las ha encauzado hacia la verdad.

Entre los sabios que a esta tarea han dedicado sus esfuerzos destácase Marañón, y muy plausible es su empeño por fijar en términos concretos los límites de la endocrinología para, de esta manera, arribar a la enunciación de una teoría fisiológica muy ajustada a la realidad, a los hechos experimentales y de observación, dejando para siempre proscriptas las conclusiones novelescas de muchos autores. Marañón ha logrado, sin duda, la realización del propósito que le animara y su libro «Problemas actuales de la doctrina de las secreciones internas» constituye meritísima obra que revela sus notables dotes de pensador, fisiólogo y médico.

Ya en las primeras páginas del libro citado, la inteligencia del lector es vivamente impresionada por la revisión prolija a que el autor somete las ideas emitidas por Gley en sus famosas «Quatre lecons sur les sécrétions internes.» Veamos cómo Marañón encara el tema.

Habíase fantaseado grandemente respecto de las glándulas endocrinas y Gley, con loable fin, estableció las condiciones a que debe sujetarse un órgano para que pueda ser considerado como de secreción interna. En primer término debe exigirse una gran exactitud en la nomenclatura ya que importante cosa es la precisión del lenguaje en ciencia. Por vía de



ejemplo, la palabra «*hormona*», creada por Starling en 1906, significa etimológicamente «*yo excito*». Así, la *secretina* producida por glándulas de la mucosa del duodeno excita la secreción del jugo pancreático y el vocablo «*hormona*» está legítimamente empleado. Pero también era usado para la denominación de otras secreciones cuyo efecto fisiológico es opuesto; se habla, verbigracia, de la hormona placentaria que «*inhibe*» la secreción láctea. Si la experiencia científica ha demostrado claramente que hay células glandulares que contribuyen poderosamente a la edificación morfológica del organismo tampoco cabe emplear la voz hormona. Por ello Gley ha propuesto una terminología nueva: hormonas propiamente dichas y *harmozonas* que tienen una acción morfógena (*harmozona* significa etimológicamente «*yo dirijo*».)

Mas obsérvase en esta clasificación de Gley las glándulas con acción inhibitoria no tienen cabida y acontece, además, en otras, como el testículo, que la acción hormonal y morfogenética no están claramente separadas; de allí que aquella clasificación en el terreno de los hechos no pueda ser aceptada. Y Marañón concluye: «Mientras el problema mismo de las secreciones internas esté tan lejos de su solución, su terminología tiene que ser también transitoria e imperfecta.» (1)

A continuación el sabio español analiza cuidadosamente el criterio que a Gley ha servido de base para fijar el concepto de secreción interna. Sabido es que el fisiólogo del Colegio de Francia conceptúa indispensables tres condiciones concurrentes pa-

(1) Nótese cuán sugestivo es el título del capítulo a que me refiero: «Nomenclaturas endocrinas; su inutilidad».

ra que un órgano pueda ser considerado como endocrino:

- 1º.—*Condición histológica*. Tales órganos deben ser glándulas sin conducto excretor y sus células entablar relaciones con una red sanguínea abundante.
- 2º.—*Condición química*. Estas células deben elaborar un producto característico que ha de encontrarse en la sangre venosa eferente.
- 3º.—*Condición fisiológica*. La sangre venosa eferente contendrá algún producto de acción específica evidenciable mediante la inyección de dicha sangre a animales de experiencia.

Bien; las exigencias de Gley teóricamente son de una lógica irreprochable y nadie duda de la eficacia de sus conclusiones. Mérito grande ha sido el de este fisiólogo el encuadrar en estos rigurosos términos la seguridad de existencia de una secreción endocrina. Mas en la práctica y de acuerdo a los datos experimentales lo que Gley dice es inaplicable. Para demostrar esta inaplicabilidad toma Marañón el caso de la tiroidea: «Y así podemos asegurar con toda suerte de certezas que el tiroidea, por ejemplo, es una glándula de secreción interna aunque no se cumplan en él las dos últimas condiciones de Gley (las más importantes según su autor). pues ni el producto de su secreción ha sido hallado en las venas tiroideas (ni mucho menos en la sangre arterial) ni con estas sangres inyectadas a otros animales se han podido lograr efectos específicos relacionables con la función de dicha glándula». «El hallazgo de las hormonas en la sangre no puede ser norma de juicio» porque si, pongamos por caso, a un sujeto se le inyecta adrenalina se producirá al cabo de algunos momentos un curioso estado fisiológico con hipertensión, palidez,



hiperglucemia, carne de gallina, hiperemotividad, etc., no habrá la menor duda de que se debe a la adrenalina la aparición de este conjunto fenoménico. Pues bien; tómese sangre del sujeto en el curso de este estado, sométasela a todas las reacciones conocidas para investigar la existencia de adrenalina y el resultado será negativo. La adrenalina ha, indiscutiblemente, obrado, y sin embargo no se puede, por las técnicas actuales, demostrar que existe en ese instante en la sangre.

Por virtud de esta crítica certera de Marañón cabe afirmar que la actitud de Gley con ser simpática no debe seducirnos; peca el sabio profesor francés, en sus ideas, de un restringido esquematismo que no se adecúa, a decir verdad, con la complejidad extraordinaria de los actos de la fisiología endocrina. No puede, por desgracia, adoptarse criterio tan exacto e indúctil como el suyo en estas cuestiones.

¿Cuál es la significación fisiológica de las secreciones internas? Estas secreciones—sabido es que no actúan aisladamente sino en sinergia con el sistema nervioso—desempeñan papel de trascendencia enorme en la vida del individuo y, según Marañón, las funciones hormonales intervienen poderosamente en el desarrollo, crecimiento, morfogenia del individuo; en el metabolismo general y en el desenvolvimiento del ciclo sexual.

Antes de que los métodos experimentales aclarasen el conocimiento de estos hechos, nada se sabía acerca de qué maravilloso mecanismo actúa en el estupendo proceso del desarrollo del individuo viviente; cómo es que los episodios de la vida embrionaria y fetal sucedense de acuerdo a un ritmo que determina la arquitectura de las formas; cómo tornase el pichón en palomo, el niño en hombre; por

qué medios se rije el trofismo celular, enigma que tanto había intrigado al espíritu inquieto y curioso del genial Bernard; y, finalmente, cómo está regulada la aparición de los caracteres sexuales, a qué íntima fenomenología hállase ligada la próspera vida fisiológica y mental del hombre y la mujer en el periodo adulto y cómo se pierden las nobles facultades al llegar, en la tragedia biológica, el angustioso cuadro de la decadencia senil.

Sin lugar a dudas, es la secreción interna genital la ya definitivamente demostrada. Marañón expresa que «este gran conjunto de peculiaridades funcionales y somáticas que separan a un sexo de otro están bajo la inmediata dependencia de las secreciones internas: de la glándula genital respectiva en primer plano, y, también, en el plano secundario de otras hormonas, tiroidea, epifisaria, hipofisaria y suprarrenal. «Steinach ha realizado a este respecto experiencias muy demostrativas en la rata y en el cobayo: al macho castrado se le injertan ovarios, viceversa, se injertan testículos a hembras castradas. En los machos de esta manera *feminizados* se atrofia la verga y se hipertrofian las mamas a extremo de que puede observarse a veces una secreción láctea. En las hembras *masculinizadas* el esqueleto aumenta de tamaño como el clítoris, desaparece la timidez femenina, etc. «Y es muy interesante anotar que si en estas experiencias se hace el trasplante de los órganos genitales sin castrar previamente el animal, es decir, si, por ejemplo, se injerta un ovario en un cobayo entero, este ovario es rápidamente absorbido y el animal no sufre transformación alguna, porque la secreción de su testículo ahoga, por decirlo así, el impulso hormonal de la glándula contraria, ambas no pueden coexistir. En cambio, si después de un tiempo de castrado, al animal se le injertan a la



vez ambas glándulas, el ovario y el testículo, una y otra actúan conjuntamente y en el animal se produce un estado de hermafroditismo experimental típico.»

(Recordaré que por los embriólogos es admitido que el óvulo fecundado, del punto de vista sexual es indiferente: el sexo aparece después bajo la influencia hormonal que lo hará «virar» — permítaseme la expresión — hacia el lado femenino o masculino.)

En lo referente a la acción que las glándulas endocrinas ejercen en el desarrollo y morfogenia, la fisiología experimental ha llegado a conclusiones bien precisas: los renacuajos alimentados con tiroides crecen rápidamente hasta sufrir la metamorfosis que los convertirán en ranas. El proceso histológico está acelerado observándose cariocinesis activísimas. El procedimiento opuesto que constituye un método general en fisiología — suprimido el órgano queda suprimida la función — conduce también a comprobar el rol de estos órganos: si en las larvas se destruye el tiroides, no crecen y en cambio hay metamorfosis si se les reincorpora la glándula. Concordante con estos resultados es la observación de los embriólogos: el feto crece lentamente hasta que surge el esbozo del tiroides. Desde entonces el proceso morfogenético es veloz. La hipófisis tiene un rol semejante al del tiroides porque coadyuva al crecimiento impulsando el desarrollo de los huesos largos, crecimiento que a veces puede dar lugar al *gigantismo* juvenil transitorio. La lesión experimental de las suprarrenales produce un déficit en el desarrollo. Resumiendo la significación de estas glándulas expresa Marañón una idea que quedará en fisiología como un aforismo: «*El timo es una glándula de la infancia, la hipófisis una glándula de la juventud, las glándu-*

*las genitales de la madurez, y el tiroides de toda la vida.*»

Las glándulas sexuales cobran una actividad extraordinaria al llegar la pubertad y su acción es frenatriz con respecto a la hipófisis. En tanto no está definitivamente impuesta la función genital prima el desarrollo de los huesos largos, mas apenas aquélla interviene en la forma eficaz con que lo hace al arribar la pubertad, decae el rol impulsor de la hipófisis y todo tiende, así, a constituir el tipo del adulto. Las genitales duran en su papel hasta una edad más o menos fija (alrededor de los cincuenta años) en tanto el tiroides persiste en su ritmo hasta los últimos momentos de la existencia.

En la historia química del organismo, en todos los procesos tróficos dejan prueba fidedigna de su intervención los órganos endocrinos. Son bien conocidos los hechos en lo que respecta a la regulación del metabolismo hidrocarbonado por el páncreas. Desde los trabajos de Mering y Minkowski se sabe que la extirpación de esta glándula provoca una diabetes comparable a la observada en la clínica humana; el injerto de un trozo de páncreas bajo la piel da fin a este estado patológico. Realizando experiencias de parabiosis se nota que la sangre del animal diabético — por extirpación del páncreas — al pasar por el páncreas indemne del animal sano se carga de algo que disminuye y suprime la diabetes experimental de ese animal pancretomizado.

Las suprarrenales participan en el metabolismo hidrocarbonado obrando en forma opuesta al páncreas, vale decir que su función es excitante de la glucosutia. El tiroides en hiperfunción (síndrome de Vom Basedow o bocio exoftálmico) se encuentra asociado a la diabetes con cierta frecuencia.

La regulación del metabolismo albuminoideo y de



las grasas también está bajo la dependencia de las glándulas endocrinas.

Al problema sexual hállase unida la cuestión del rejuvenecimiento y envejecimiento: el injerto glandular en los carneros viejos, según las ya clásicas experiencias de Voronoff, parece dar por resultado el total recobro de la actividad genital. Conviene sin embargo hacer presente con Marañón que estas experiencias no están exentas de crítica. Ultimamente nuestro profesor de fisiología, el doctor Bernardo A. Houssay (1) ha expresado con claridad que no debemos ser muy optimistas al considerar los resultados hasta ahora conseguidos:... «El método comenzó a industrializarse y hubo operados que propagaron en conferencias las ventajas obtenidas. El más activo murió en Londres súbitamente el día que debía dar una conferencia sobre la prolongación de la vida.»

Es importante el aspecto ético del tema. Bien está que los profesionales honrados apliquen en la terapéutica lo que el sabio descubre en el laboratorio, mas de allí al engaño sistemático de las gentes media gran distancia. Es alarmante y de proporciones desmesuradas la credulidad humana al tocarse esta cuestión de la longevidad artificial a extremo de que a veces se adoptan actitudes agresivas: individuos hay que ni siquiera admiten la posibilidad del fracaso de los métodos usados de preferencia por los médicos comerciantes con aquel objeto y que se irritan grandemente cuando se les indica que los tales métodos carecen de bases fisiológicas.

Mas creo que no es indispensable que el técnico, el fisiólogo que realiza experiencia demuestra con sus procedimientos la inanidad de la doctrina — exa-

(1) Véase el número 28 de la «Semana Médica», 1924.

gero al llamar doctrina a este conjunto de hechos contradictorios y mal explicados — de rejuvenecimiento; el pensador, el biólogo puede prever los resultados de la práctica y guiarnos intelectualmente. Veamos cómo se plantean las cosas para el biólogo que juzga los problemas, no sólo del punto de vista experimental, sino auxiliado poderosamente por el criterio científico y la razón pura; como resultado de una meditación prolija acerca del tema queda la cuestión concretada a estos términos sencillos:

Hay entre los elementos anatómicos, los tejidos todos de un ser viviente complejo, una ligazón, una armonía regida por dos mecanismos: el humoral y el nervioso que actúan sinérgicamente. Es condición indispensable para la persistencia, la constancia química y fisicoquímica de su medio interior, a cuyo efecto contribuyen poderosamente—en innumerable y no conocida totalmente serie—los actos diastásicos. La llegada al organismo de una substancia que no posea sus propias cualidades es una agresión de resultados fatales si la barrera digestiva no actúa con eficacia. Aun en las condiciones desfavorables en que fracase el aparato digestivo y no imponga su sello biológico a las substancias que han venido de afuera, queda a éstas otras valla difícil de trasponer: es la propia sangre dotada de propiedades diastásicas admirables como demostraron, tiempo ha, Metchnikoff estudiando el aspecto morfológico, la fagocitosis, y Abderhalden colocándose en un punto de mira fisicoquímico. De todas las experiencias — y son abundantísimas — realizadas, surge, a manera de ley, la necesidad de considerar que todas las reacciones de que el organismo es escenario en los procesos estudiados tienden a salvaguardar la personalidad biológica del organismo, la especificidad celular, la integridad del equilibrio de sus coloides. Por ella



una substancia extraña que ingresa al organismo es *digerida*.

Ahora bien; un injerto de tejido *a* perteneciente a la especie *A*, incorporado a un animal de especie *B* no puede prosperar, en general, porque es destruído por acciones diastásicas: el individuo de la especie *B* se defiende contra la agresión que significa ese tejido agregado a su organismo cuyos elementos celulares tienen una estructura histológica y bioquímica diferente. Esa es la razón por la cual solo pueden ser útiles los *homoinjertos*, es decir los injertos provenientes de tejidos de un ser vivo incorporado a otro ser de la misma especie o de especie muy cercana. (El caso del niño mixedematoso curado por injerto de un trozo de tiroides de la madre prueba que no sólo debe haber especificidad sino parentesco. Otro tiroides que no fuera de la madre posiblemente no hubiera tenido ese efecto terapéutico admirable. El ejemplo a citarse para demostrar la especificidad biológica máxima es el de la transfusión que es muy eficaz cuando se trata de sangre de parientes cercanos.)

De manera, pues, que los injertos no tienen sino una aplicación muy restringida y, sobre todo, sirven para activar procesos fisiológicos que se han retardado. Pero al tratarse, no de este problema sino del de la longevidad artificial, las cosas varían de aspecto. Se comprende cuánta ingenuidad hay en ciertas interpretaciones que se han dado del proceso de la vejez. Supónese por algunos que sólo envejece una glándula y así, la glándula homóloga, procedente de otro ser, se injerta. Para quién conozca seriamente la correlación humoral que en el organismo tiene lugar no es un secreto que todas las glándulas obran solidariamente: alterada una, repercute su falla en otras. (Recuérdese que las demostra-

ciones clínicas y fisiológicas son muchas; podría agregarse a ellas una comprobación química mediante la conocida reacción de Abderhalden: el suero de un enfermo basedowiano es capaz de digerir el tiroides bocioso—y no un tiroides normal—pero al mismo tiempo actúa sobre el timo y sobre el ovario) Una glándula sola no interviene en el proceso de la vejez sino muchas, todo el sistema endocrino quizá, y, sobre todo, el tiroides y las genitales. Y además del sistema endocrino todas las células del organismo envejecen.

Es sin duda unos de los capítulos más notables del libro que comentamos aquél en que Marañón pone de manifiesto con máxima claridad la exageración en que los médicos han incurrido al aplicar injertos y extractos glandulares. Despréndese de esta crítica de Marañón que no debemos ser muy optimistas: los fracasos de la opoterapia son abundantísimos y la semiología endocrina, por otra parte, casi no existe. ¿Las causas de estos fracasos? En primer término, los prácticos pretenden derogar la ley de la especificidad biológica. Referiré a este respecto lo que ya he expresado en otra oportunidad: Un clínico examina a un paciente y previo cuidadoso examen diagnóstica *hipotiroidismo*. Y razona así: estamos en presencia de un sujeto cuyo tono funcional tiroideo está debajo de lo normal. Hay que reforzar ese tiroides, hay que aplicar una medicación específica. Recetará extracto tiroideo y con profunda sorpresa verá que su paciente no cura, que el hipotiroidismo persiste. ¿Cómo es eso? ¿La idea fisiológica que lo ha guiado en su fin terapéutico es equivocada? Nada de eso. Lo que hay es que no se ha tenido presente el concepto de la especificidad funcional. Habitualmente para la preparación de extracto tiroideo, que es el más usado, se eligen glándulas



de carnero o ternero y «es indudable que en estos animales la función tiroidea es menos trascendental, menos identificable a la del tiroides humano que en los carniceros.» Y respecto de la especificidad química que tienen las glándulas en los distintos individuos de la misma especie: «el tiroides de carnero o de animales semejantes tiene distinta cantidad de iodo y distinta cantidad de arsénico, según que el país de donde el animal procede sea montañoso o llano, y hasta la estación del año influye.» Véase el conjunto de circunstancias que intervienen poderosamente en el cambio de cualidades biológicas de un animal originando en él particularidades específicas e individuales de orden químico.

Además no ha sido tenido en cuenta por los profesionales que toda acción fisiológica debe realizarse en su determinado ambiente fisicoquímico. En la intimidad de los protoplasmas estos fenómenos se verifican en una forma complejísima. «Es en efecto, muy posible — dice Marañón — que se trate en unos casos de hormonas, de principios químicos dotados de una actividad fugaz, que talvez requieran, para obrar, circunstancias humorales y nerviosas muy peculiares que no pueden ser reproducidas por el simple acto de ingerir o inyectar una determinada dosis del extracto correspondiente, hormonas que, por lo tanto, se *desvirtúan* rápidamente en los preparados comerciales cuya confección es siempre grosera.»

En resumen, la doctrina de las secreciones internas da cuenta, hecho su balance, de la intimidad de procesos biológicos que planteaban problemas cuya solución preocupó a la mente humana en todas las épocas. El crecimiento, la evolución sexual, la nutrición celular son cuestiones que, más o menos conocidas en su mecanismo, están así incorporadas

al acervo científico. La ligazón entre lo humoral y lo nervioso es una de las nociones que mejor expresan, en la entraña del organismo, la armonía vital. Y no sólo esa ligazón ha sido establecida sino otra que atestigua cómo hay una sinergia estupenda entre las funciones profundas, viscerales y las funciones psíquicas: los concomitantes fisiológicos de la emoción están ya descubiertos; se sabe que lo que de tiempo atrás constituye para todos los pensadores el *temperamento* del sujeto es variable, dependiente del estado neuroglandular.

CeDInCI





## Matemática de la Personalidad

Por

ADOLFO KORN VILLAFañE

LA filosofía contemporánea ha puesto su orgullo en la justificación lógica de una *weltanschauung*, o panorama intelectual del universo, que proclama la afirmación de la personalidad como principio central de su sistema. Y escudado en este principio, cualquier maestro normal o profesor de filosofía, se atreve, tranquilamente, a señalar como acertada para afrontar la vida, a centenares o millares de niños o jóvenes, una conducta cuyas consecuencias de orden moral y estética son dignas de ser analizadas por separado. Sabemos que personalidad es la diferencia individual que particulariza a un ser humano y lo distingue de todos los demás seres humanos. En última instancia toda esta orientación de la filosofía contemporánea que proclama la afirmación de la personalidad como principio central, reposa sobre la valorización que Kant hizo de la personalidad humana al asegurar que todo ser humano es un fin en sí.

Es indudable que para un cristiano la moral consiste en aniquilar su personalidad, para imitar la de Jesús. Precisamente, De la Imitación de Cristo se lla-

ma el libro medioeval. Y de la lectura de los Evangelios se desprende intergiversablemente que la ética cristiana reposa sobre el principio central de que la personalidad humana no es un fin en sí, Sino en Dios. Para afirmar a Dios, el cristiano debe negarse a sí mismo. Toda originalidad en ética, según los Evangelios, es pecado y negación de Dios.

Pero en estética no hay Dios. Solamente afirmando su personalidad el artista logra ser artista. Toda creación estética reposa sobre el principio kantiano de que la personalidad humana es un fin en sí. Toda imitación en estética es negación de Belleza. La personalidad de cada artista es en cada estética lo que Jesús en ética: la luz, la verdad y la vida. Hay tantas estética como artistas. Hay una sola moral: la cristiana. Toda norma de conducta artística es en estética lo que el Diabolo en moral: el Error.

Sin personalidad no hay estética. Con personalidad no hay moral. Con imitación no hay estética. Sin imitación no hay moral. El Anarquismo es en estética lo que el Cristianismo en moral: la Verdad. Y tan criminales como cualquier atentado anarquista inspirado en Proudhon o Bakunin, son los atentados que aquel monje cristiano perpetraba en Florencia destruyendo los mármoles helénicos. También Platón, tal vez mejor que nadie, comprendió que la conducta moral y la estética se rigen por principios diversos. Así se explica la expulsión de los poetas de su República ideal. Por cierto, no es ésta, precisamente, la solución del problema.

A la luz de una matemática de la personalidad, la vida de Jesús se ilumina en insospechada modernidad. No es por un azar que los Evangelios se abstienen de dar normas estéticas. La palabra Belleza no figura en los Evangelios. Sin embargo, en la vida de Jesús no hay un solo minuto, ni una sola pa-



labra, que no sea de suprema belleza. Ninguna vida, como la de Jesús, presenta la perfección de una personalidad *libremente afirmada* en plenitud estética. Ninguna vida, como la de Jesús, presenta la plenitud de una personalidad *libremente aniquilada* en perfección moral. Hé aquí la nueva fórmula: máximo de libertad estética — maximum de disciplina ética. Somos novecentistas: ante el fuero de nuestras almas los valores estéticos y los morales tienen idéntica jerarquía.

Kant, con su valorización de la personalidad como *fin en sí*, ha formulado para la estética una doctrina tan definitiva como la que Jesús ha revelado para la moral. Pero Jesús — y de ahí su perfección — no aplica jamás a la estética las normas de su enseñanza moral. No hay en los Evangelios una sola palabra que restrinja la libertad absoluta de la personalidad individual en el terreno del arte: nadie afirmó con más violencia su personalidad estética que aquel dulcísimo San Francisco de Asís!

En cambio, el error de Kant consiste en aplicar a la moral la doctrina de *la personalidad como fin en sí*. Oscar Wilde, en *El Alma del Hombre* ha desarrollado magistralmente esta doctrina errónea: y la aplicación de esta doctrina a la vida de Dorian Gray constituye el argumento de su inmortal novela. Pero Oscar Wilde ha hecho más aun: ha dado con su propia vida el *experimentum crucem* de lo que significa *la personalidad como fin en sí* en el mundo moral. Pero al mismo tiempo, la aplicación legítima que hizo Wilde de la doctrina kantiana en el terreno del arte, le ha permitido ser el artista más grande de su siglo. En el terreno filosófico la verdadera víctima de este error kantiano es Federico Nietzsche, también artista irresistible, cuyos aforismos ejercen sobre el alma de la juventud el encanto seductor que

desde los tiempos de Fausto han ejercido siempre las joyas preciosas sobre las almas puras. Pero nunca seremos *hombres nuevos* si no somos capaces de leer a Nietzsche, para comprenderlo como artistas y perdonarlo como cristianos.

La doctrina de la *personalidad como fin en sí*, aplicada al mundo moral, es el más grande de los extravíos, doctrina errónea, para colmo despojada hasta de originalidad intelectual. Como que en tiempos cosmogónicos una filosofía idéntica ya le valió al más bello de los Angeles la expulsión de la Gloria Eterna. Pero la aplicación legítima de esta doctrina en el terreno del Arte queda corroborada, para todo creyente, en el hecho místico de que Dios Omnipotente no aniquile al Príncipe Infernal. Probablemente un mundo sin Diablo sería un mundo incapaz de crear Belleza. Pero la *matemática de la personalidad* coordinando nuestra conducta estética y nuestra conducta moral, nos abre de par en par, precisamente, las puertas de *nuestra plenitud estética y moral*, acalla el más terrible conflicto de la conciencia humana y funde en una sola emoción religiosa ante la vida, aquella discordia de todos los siglos, entre Dios y el Diablo, entre el Bien y el Mal, entre la Identidad y la Diversidad, entre lo Objetivo y lo Subjetivo, y hace al hombre partícipe y reflejo de la eterna armonía universal.





## Del libro «Pausa»

Por

ALBERTO GUILLÉN

A la memoria de Ripa Alberdi

### METEMPSICOSIS

No se explicaba Asno porqué iba triste sobre la tierra i con los serones sobre el lomo.

Los palos le abrumaban las costillas, pero él era bueno. Era bueno, Asno, pero, por más que pensaba, no encontraba la razón del garrote.

Veía a los potros lozanos, sobre la hierba jugosa, relinchando alegres bajo el sol claro. I el Asno comía en los rincones malolientes papeluchos amarillos que acaso fueran silogismos de desusados filósofos... Pero esto no alimentaba su vientre magro. I él no hallaba en sus sesos maduros la razón de los potros alegres bajo el sol de oro i de los papeluchos amarillos que rumiaba en los rincones con la mirada triste i el belfo colgante.

I pensaba, Asno, pensaba, pensaba, camino de sus tristes días, sin trino i sin sol de oro.

Un día, el rústico le dijo:

—«Trabaja, Asnillo, i piensa que acaso el palo sea un premio merecido».

Pero asno no encontró, tampoco, en sus sesos maduros, haber merecido el premio de los palos ni la sinrazón del rústico.

I pensaba Asno, pensaba, camino de sus días pardos.

Un día vió sobre una mesa bien servida el alma de Hombre gordo que merendaba cebollas i tocino, sin acordarse de hermanita Estrella ni de Hermano Mendigo.

Entonces comprendió la razón del rústico, que dijo:

—«Trabaja, Asnillo, acaso el palo es premio merecido».

I pensó que bien podía llevar, bajo la fatiga de serones, el alma de Hombre Gordo que merendara otro día cebollas i tocino, mientras, fuera, moría de frío Hermanita estrella, i Hermanita Alondra i Hermano Mendigo.

### CUENTO

Nadie se explicaba su optimismo.

Estaba en la miseria. Lllaman los hombres miseria a no tener casa propia, como si el pájaro tuviese casa. I a no tener vestido nuevo los domingós, como si el lirio fuese menos lindo por no conocer la prendería.

Era una pobre mujer.

Estaba en la miseria.

Sin embargo, su sonrisa era clara. Sus trajes eran claros como los de las mariposas de primavera. Su sonrisa era buena.

Un día le preguntaron:

¿Amas la vida?

—Sí, porque la esperanza me dice, siempre, que mañana será mejor.



## PARABOLA

Un hombre, acaso un discípulo, se inclinó un día en una charca...

Quizás sí había luna. Quizás sí solo un guiño de estrella.

—¿Que ves? le preguntó el Maestro.

I el Discípulo:

—Nada! Luna. El guiño de una estrella. Nada! Luna!

El maestro se mesó la barba con la mano. Porque el Maestro tenía barba blanca, como en los cuentos de niños.

I como hablando consigo mismo:

—Nada! Nada? I era el rostro de la verdad lo que miraba!

## CUENTO

Le ha mirado las piernas. Le ha mirado las piernas i el talle. ¡Cómo luce el talle bajo la seda clara i como lucen las piernas—tallos largos—bajo la seda perla!

I sufre el hombre.

Es una desconocida. I sufre el Hombre.

El es Adán.

Ella es Eva.

## CUENTO

Lloraba, lloraba el hombre. Ni viajes ni mujeres le aliviaban. Aquel amor vivía de su sangre como el parásito en la encina. Ni mar ni cielo ni mujer le pusieran en su corazón nueva alegría.

Doctor le recetó calmantes:

—Lecturas. Ducha. Horizontes.

Lo de siempre.

I hombre lloraba.

Un día hombre se dijo:

—No te laceres demasiado, corazón, ni balbucees juramento que mañana has de romper. No soi águila i nube?

Ese día hombre había hallado una mujer insuperable i bienamada. Se llamaba Naturaleza.

Una hora.

Dos horas.

Acaso tres.

Tres horas breves o dolorosas, alegres o vacías.

Luego un puñado de polvo, que acaso vaya a formar el corazón de un astro.

Pero:

I Alma?

## CUENTO

Le decían voluble. I lo era. Mujeres. Mujeres. Mujeres. Blancas. Rojas Morenas. Mujeres. Las echaba sobre su beso... i las dejaba como rosas vacías.

Le decían voluble.

No saben otro insulto para los don Juanes que llevan por la vida su grande e insaciado corazón.

Pero un día les dijo:

—El amor más doloroso es aquel que tiene el pie lijero i breve.

LIMA-1925.





# El objeto del conocimiento

Por

G. WINDELBAND

(Traducción del Dr. Francisco D'Andrea.)

Método trascendental. Función y contenido de la conciencia. Ser y conciencia. Síntesis de lo múltiple. Objetividad como necesidad real. Abstracción. Síntesis selectiva. Ciencias racionales: Matemáticas y Lógica. Ciencias empíricas: Estudio de la naturaleza y estudio de la cultura. Posición de la Psicología. Saber exento de la noción de valor y saber que implica esta noción. Autonomía de las ciencias particulares.

## 1) MÉTODO TRASCENDENTAL

1. Todas las concepciones gnoseológicas hasta aquí consideradas dependen, en definitiva, de la ingenua presuposición del concepto de verdad trascendente según el cual la conciencia concedora se encuentra frente a una realidad, que forma su objeto. Si este objeto es recibido en la conciencia, si es reflejado o si es sustituido en ella por un signo, son sólo matices de una misma concepción fundamental, y todas las teorías que se han desarrollado de allí, no im-

porta qué categorías ellas intentan aplicar a la relación entre la conciencia y el ser, están condenadas a no poder recomponer la coherencia entre el pensamiento y su contenido una vez que éstos han sido separados metafísicamente el uno del otro. Bajo las vagas expresiones «relación» o «correspondencia» acostumbra especialmente el fenomenalismo ocultar este problema fundamental no resuelto; pero el problema, en cuanto la relación debe determinarse más exactamente, se hace valer siempre de nuevo con toda su fuerza. El haber librado a la Noética de tales presuposiciones, y por eso el haberla hecho completamente autónoma por primera vez, es el mérito del método crítico o *trascendental*, que Kant ha contrapuesto al psicológico y al metafísico; pero por cierto sólo fatigosamente lo encontró, desarrolló y lo sacó de las exposiciones anteriores. Así encontró la formulación del problema gnoseológico en la conocida pregunta: «en qué fundamento descansa la relación, de lo que se llama en nosotros representación, con el objeto»? Podemos, sin ajustarnos estrictamente a las maneras de la doctrina kantiana, explicarnos su peculiaridad sin duda lo más sencillamente mediante una consideración que ante todo sólo parte de la conciencia.

## 2) FUNCIÓN Y CONTENIDO DE LA CONCIENCIA

En toda conciencia nos encontramos con la oposición fundamental entre la *función*, la actividad o el estado, y el *contenido* en que esta función se lleva a cabo. En la experiencia psicológica ambas están inseparablemente unidas, y no es posible ni la función pura sin contenido, ni contenido sin la función que a aquél se refiere. Pero por lo pronto la experiencia psicológica muestra en los hechos de la memoria la posibilidad de que temporáneamente le corresponda al contenido de la conciencia una realidad



sin que la función correspondiente actúe sobre él; y la distinción entre lo verdadero y lo falso es, por otra parte, como una garantía de que a más de un contenido espiritual no le cuadra otra realidad que la de llegar a ser un proceso de representación. Pero todo análisis de lo que tenemos por contenido espiritual nos muestra que sólo podemos hablar de un contenido como de algo real en cuanto lo relacionamos con una cierta conciencia, es decir, contenido de la conciencia. En este análisis de la conciencia empírica del individuo nos elevamos a la conciencia colectiva de ciertos grupos históricos de la humanidad, y, más allá de ésta, a una ideal y normativa conciencia de la cultura, y en suma, pero metafísicamente, a una conciencia universal absoluta: y por fin, forma el concepto límite de esta serie infinita aquella representación de un algo real que no habría de exigir para su realidad absoluta ninguna realidad.

### 3) SER Y CONCIENCIA

Este *ser* es lo real en el sentido del realismo ingenuo, y en resumidas cuentas también del concepto filosófico de la cosa en sí, y es el mismo que nosotros pensamos cuando hablamos del objeto a que se refiere el conocimiento. De aquí, pues, distinguimos nosotros entre los objetos para los cuales es esencial ser contenidos de la conciencia, y aquéllos cuya admisión en la conciencia se cuenta tan sólo como algo nuevo. La realidad espiritual es para nosotros una realidad en la que coincide *eo ipso* el ser con la conciencia; al contrario de la realidad extramental pensamos que es accidental si llega a ser admitida en la conciencia, y que ella existe aun sin la actividad de la conciencia. Sin duda, semejante realidad desprovista de conciencia no puede ser pensada nunca: porque al pensarla, al conocerla se ha vuelto inmediatamente, a su vez, un contenido

de la conciencia. Resulta de aquí que no podemos en última instancia representarnos los objetos del conocimiento de ninguna otra manera que como contenidos de una conciencia. Es muy interesante examinar este pensamiento en la cuestión de en qué consiste la verdad de nuestros conocimientos en cuanto se refieren a lo pasado o a lo futuro. Lo pasado, a primera vista no es ya más un algo real, y si todo conocimiento debe significar una concordancia de la representación con lo real, entonces no ha de emplearse este criterio de la verdad, en la acepción común de la palabra, a ninguno de nuestros conocimientos históricos. Sin embargo debe admitirse una cierta existencia que forma el *objeto* también de este conocimiento y decide acerca de su corrección o incorrección. Así, pues, un pasado que no forma de ninguna manera el contenido de una cierta conciencia no podría llegar a ser nunca objeto del conocimiento. Y lo mismo vale *mutatis mutandis* para todo nuestro conocimiento de lo futuro, y además la misma consideración puede extenderse a todo lo que en el espacio es admitido como real sin que de algún modo sea percibido o perceptible. También lo que debería ser considerado como real bajo tales condiciones que excluyen las relaciones con la conciencia perceptiva o cognitiva, para la conciencia no debería en absoluto ser considerado como real: no podría ni ser pensado ni podría tampoco hablarse de él.

### 4) SÍNTESIS DE LO MÚLTIPLE

Por consiguiente, debemos definir el concepto del objeto de otra manera que lo que suele ocurrir bajo las presuposiciones del realismo ingenuo, y esto es lo que ha ocurrido por primera vez en la crítica de la razón pura. En la misma conciencia se muestra, en cuanto preguntamos por lo que con ella y en ella



misma se da bajo cualquier circunstancia, una multiplicidad de contenido reunida en una unidad. En esta *síntesis* consiste lo que tenemos que llamar el objeto de la conciencia; porque la multiplicidad de los elementos así reducida a la unidad se convierte enseguida en algo autónomo en el que ulteriormente puede desenvolverse el movimiento de las representaciones. Pero aquellos elementos que allí se reúnen o juntan en una unidad, nunca derivan de esta unidad sino que pertenecen, como partes, al gran conjunto de lo real. Sólo gracias a su reunión en una forma unificada se vuelven objetos de la conciencia. El objeto, por consiguiente, es real, no como algo exterior a la conciencia, sino sólo merced a la forma en que la conciencia une unas con otras en una unidad las distintas partes del contenido, y todo el problema viene a reducirse en definitiva a esto: bajo qué condiciones la unidad sintética de lo múltiple posee el valor de conocimiento. Aquí debemos pensar en efecto que en nuestra indagación se trata precisamente del conocimiento *humano*, y que en consecuencia, se trata de en qué condiciones los objetos que resultan de la unidad sintética de lo múltiple poseen una significación que ultrapasa el proceso representativo de la representación en el individuo y en la especie.

##### 5) OBJETIVIDAD COMO NECESIDAD REAL

Ellos (los objetos) evidentemente sólo lo consiguen si la especie de enlace realmente en los mismos elementos se funda, y precisamente por eso ha de considerarse como norma para toda forma individual de realización de la síntesis. Sólo cuando pensamos los elementos en una síntesis que a los mismos corresponde realmente, sólo entonces es el concepto, pensado por el hombre, un conocimiento del objeto. *Objetividad* del pensamiento es, en consecuencia, *real necesi-*

*dad*. Pero depende en cada caso del movimiento empírico del pensamiento en qué elemento debe ella realizarse. Sólo en este último sentido hay que considerar la expresión kantiana de que «nosotros» mismos somos los que en primer lugar producimos los objetos del conocimiento en el conocimiento mismo.

##### 6) ABSTRACCIÓN

Porque todos los grupos a que los elementos de lo real se enlazan en la conciencia empírica, inclusive la conciencia que de sí mismo tiene el individuo, son precisamente secciones del entero e inmenso imperio de lo real. No importa si esos grupos representan conceptos de cosas o conceptos de procesos: son siempre sólo una muy circunscripta selección efectuada en la entera realidad, y todos los millares de relaciones en que se encuentra cada uno por separado de los que pueden ser objetos de la conciencia y del conocimiento, nunca son representables juntas en una conciencia empírica. Tampoco la conciencia madura del hombre culto en que se condensa en una unidad el trabajo de muchas generaciones, o el concepto científico en que con toda la economía de pensamiento resuenan muchos conocimientos potenciales, tampoco, repetimos, estos productos, los más elevados de la conciencia teórica, podrán abarcar nunca la totalidad de lo real. La síntesis de lo múltiple es en la conciencia humana, y por eso en el conocimiento humano, absolutamente limitada. Ya en la percepción siempre se da sólo una selección de las sensaciones posibles de la conciencia empírica, y todo progreso de las percepciones a los conceptos y de los conceptos a conceptos más altos, es conseguido por el abandono, prescindencia de las notas diferentes, y por la conservación de las comunes. La Lógica llama *abstracción* a este proceso intelectual: todos los resultados que se



fundan en ella tienen el valor de una selección hecha en la irabarcable multiplicidad de lo real. Una semejante simplificación del mundo en el concepto es, en efecto, la única posibilidad bajo la cual una conciencia limitada como la humana puede ser señora de su propio mundo de representaciones.

#### 7) SÍNTESIS SELECTIVA

En este sentido es verdad en general que la conciencia misma crea sus objetos, y se forma su propio mundo con los elementos de lo real, elementos que ella encuentra en sí misma como contenido. Para la conciencia ética y la estética esta relación, como lo veremos todavía con más precisión, es tan evidente que casi se entiende de por sí: su significación para la conciencia teórica sólo ha podido ser ocultada por lo que bajo la presuposición de la conciencia ingenua, nació la idea de que era tarea del conocimiento el reproducir o reflejar una realidad independiente de él. Pero cuanto más nos damos cuenta que el conocer mismo es un fragmento de la realidad, y uno de los más valiosos, tanto más se comprende que ese conocimiento no es otra cosa que una síntesis de los elementos que se presentan en la ordenación y selección de los mismos. En primer lugar tal selección y ordenación se realiza involuntariamente, como por lo pronto en la percepción, y con esto la entera formación de nuestra representación objetiva en la producción de nuestro mundo resulta como de un sector de la realidad. Lo que llamamos objeto, aun en la enteramente sencilla percepción, no es como tal lo único real, sino que los elementos que entran como parte integrante en nuestro objeto, se encuentran todavía en innumerables otras relaciones que no entran en la estrechez de nuestra conciencia. Por esto nos formamos nosotros mismos los objetos; pero ellos, por eso, no son

distintos de la realidad, no son la apariencia conocida por nosotros de una cosa en sí desconocida, sino precisamente sólo un pedazo de la realidad, un pedazo que como tal es real, pero que nunca podrá ser equivalente a la entera realidad. No sólo sus partes integrantes sino también las formas en que aquellas se agrupan, están dentro de la realidad misma. La verdad de nuestro conocimiento consiste en esto y sólo en esto: que en el conocimiento creamos objetos que por su contenido y su forma pertenecen efectivamente a la realidad, y sin embargo precisamente a causa de su carácter selectivo y de ordenación, salen de allí como creaciones nuevas. De manera que las producciones de estos objetos en el conocimiento mismo, pertenecen a las creaciones de la realidad, y si a la imagen y formación particular de estos objetos ha podido designárselas con el nombre de *apariciencia* (pero *apariciencia* que en este caso no está determinada *cuantitativa* sino *cualitativamente*, en cuanto ella no significaría algo distinto de la esencia sino una selección hecha en esta época), entonces se pueden tomar en cuenta las palabras de Lotze: que si nuestro conocimiento sólo debe contener apariencias, la *revelación* de estas apariencias en la conciencia ha de considerarse como uno de los sucesos más apreciables que pueden realizarse *por completo* entre las partes integrantes de la realidad.

#### 8) CIENCIAS RACIONALES—LAS MATEMÁTICAS Y LA LÓGICA

Si entendemos de este modo la esencia del conocimiento como una *síntesis selectiva* que de la inmensa abundancia del universo crea en la conciencia humana un propio mundo de objetos, entonces desde este punto nos orientaremos perfectamente en



la multiplicidad de maneras en que se realiza esta esencia del conocimiento. En primer lugar se distinguen, según esto de la manera más sencilla, el conocimiento precientífico y el científico. El primero, la ingenua e inexperta actividad del anhelo de conocer, es una producción inconsciente de su mundo de objetos: no sólo en la percepción, sino también, en las opiniones que se forman de aquélla, los objetos se constituyen tan aparentemente de por sí y sin ninguna manifestación de la actividad espiritual que ellos parecen ser reflejados y repetidos en el alma como algo extraño, como algo acogido o contemplado. Primeramente en el conocimiento científico se efectúa a sabiendas la creación de los objetos, y por esta razón como un resultado meditado previamente. Pero la manera de creación es distinta según que ella salga de las formas o de los contenidos de la conciencia. Así distinguimos (no en el sentido psicogenético sino en el lógico) las ciencias racionales y las empíricas. El carácter sintético y creador de los objetos que tiene el conocimiento se revela más claramente en las disciplinas racionales que en las empíricas. Por eso es que las matemáticas antes que otras de entre las ciencias racionales, han tenido desde Platón el valor de estrella polar para la Teoría del conocimiento. Porque en ellas se ve con toda claridad que sus objetos no son admitidos y recibidos por la conciencia sino que han sido creados interiormente. Lo cual es verdad de los números tanto como de la forma del espacio. No obstante que la experiencia pueda constituir la ocasión por obra de la cual formamos el uno o el otro concepto, el aritmético o el geométrico, estos mismos conceptos, sin embargo, no son nunca objetos de la experiencia: y así ya según la idea ingénuo del mundo el concepto matemático no tiene de ninguna manera por

tarea repetir, abarcar o reflejar una cierta realidad existente, tomando la palabra realidad en el sentido vulgar. Los conocimientos matemáticos son completamente independientes, de sí a su contenido le corresponde o *no* algo *in natura rerum*. Pero ellos muestran precisamente por esa razón en su genuinidad la naturaleza del conocimiento. Porque una vez que el objeto ha sido creado, sea con motivo de una ocasión empírica, sea partiendo de una reflexión arbitrariamente determinada por la fantasía sensible, como por ejemplo el círculo o el triángulo, el logaritmo o la integral, todo conocimiento que de allí progresivamente se alcanza, irrefutablemente está unido a esta creación independiente y depende su corrección o incorrección realmente de la naturaleza objetiva de esta creación.

Al lado de las Matemáticas, reconocemos como ciencia racional hoy sólo la Lógica, que se relaciona con las formas del pensar como aquéllas con las formas de la intuición. También aquí se repite aquella relación peculiar entre la creación original de los objetos y la dependencia en que se coloca el pensamiento respecto de aquéllos. Pero la validez que pretendemos para los conocimientos formales, lógicos y matemáticos, no está circunscripta a que una vez pensados y fijados en conceptos científicos exigimos para ellos de toda conciencia normal un reconocimiento universal y necesario, sino que ellos son para nosotros como fuerzas determinativas en el conjunto de las cosas. Las reglas de los números y de las magnitudes del espacio, que se exponen en la Aritmética y la Geometría, se verifican en las relaciones del mundo de los cuerpos y se encuentran de nuevo en las leyes naturales mediante las cuales la ciencia las representa. Pero la validez de las formas lógicas tiene para nosotros real significación hasta el punto que



somos incapaces de representarnos el mundo de otra manera que universalmente determinados por ellas. En este respecto ambas ciencias racionales en su especie de verdad son absolutamente paralelas entre sí, y esta analogía entre ellas vale además en el sentido de que ambas ciencias circunscriptas a las formas de la realidad, no son capaces de derivar de allí para nuestro conocimiento las determinaciones del contenido de la realidad. Respecto de las formas lógicas se cayó por cierto en la ilusión de creer que ellas permitían una interpretación de la esencia íntima, efectiva de la realidad. Así nació el dogmatismo racionalista de la Metafísica cuya insubsistencia fué irrefutablemente establecida una vez por todas por la filosofía crítica. Desde entonces podemos considerar la homogeneidad de ambas ciencias racionales como una sólida base de doctrina del conocimiento. Las dos se relacionan a las formas de la realidad, y desde este punto de vista también las formas matemáticas valen para la realidad en la misma medida que las lógicas. Pero la Metafísica es precisamente sólo pensable como teoría del conocimiento, es decir como investigación crítica de las formas lógicas de la realidad, de las que no somos capaces de deducir la determinación del contenido de aquélla. En esta diferencia entre la forma lógico-matemática de la realidad y el contenido que depende de dicha forma hemos de detenernos como ante una última y no ulteriormente resoluble dualidad. Es cierto que exigimos y tenemos la intuición de que las dos que continuamente encontramos relacionadas la una con la otra, en cierta manera tienen una raíz común en una última unidad. Pero habría que buscar esta unidad en la totalidad absoluta de la realidad universal, de la que somos capaces de construir para nosotros sólo un fragmento como obra propia de nuestro conoci-



MENÉNDEZ PIDAL



miento científico. Todos nuestros conocimientos de la ciencia como los de la vida diaria se basan en la experiencia.

9) CIENCIAS EMPÍRICAS DE LA NATURALEZA

Pero justamente las ciencias empíricas muestran también, a su manera, aquel carácter selectivo del conocimiento humano, carácter que en ellas se presenta como una selección deliberada, aunque no siempre consciente de sí misma, llevada a cabo en la ilimitada multiplicidad de lo real. Si pues la distinción entre ciencias racionales y empíricas se basa en la diferencia de su punto de partida, las ciencias empíricas se dividen según la diversidad de los fines del conocimiento que ellas persiguen. Este fin del conocimiento reside para una parte de las ciencias empíricas en un valor puramente lógico, en la universalidad. Pero los valores lógicos de la universalidad se presentan como conceptos de género de las cosas o del acaecimiento, como tipos o leyes, y la validez real de estas «ideas» para cualquier caso particular reunido bajo aquéllos, es la relación fundamental que asegura y mantiene a la «naturaleza», o sea la suma o conjunto de las cosas y lo que entre ellas ocurre, es decir, el cosmos. Toda indagación de la naturaleza tiene como meta la inteligencia de las formas de esta regularidad cósmica en cuanto ellas son accesibles a nuestro conocimiento limitado en el espacio y el tiempo: y la validez absoluta, que va más allá del reconocimiento subjetivo, de las formas lógicas y matemáticas bajo las cuales el contenido de la experiencia se combina en creaciones sintéticas y en última instancia en cosmos, nos dá la garantía de que estamos delante de una organización que se extiende más allá de la determinación específicamente humana de las representaciones y les



acrecenta su significación objetiva. Investigación de la cultura para una perfecta realidad.

Frente a la *investigación de la naturaleza* considerada la especie de saber empírico dirigido hacia el trabajo de extraer el cosmos del caos de nuestras percepciones, están las actividades científicas dirigidas al establecimiento y a la comprensión general de las realidades singulares. Pero, puesto que les falta el valor lógico de la universalidad, dichas realidades singulares pueden ser metas del conocimiento sólo en el caso que haya en ellas algún otro valor. Sin embargo, conocemos todos los demás valores sólo en aquellas creaciones que en su apariencia empírica pertenecen a la vida humana y conciernen a lo que ha sido extraído por el hombre del mundo que lo rodea. Son las creaciones de la *cultura*, que, engendradas y nacidas en el curso de la historia humana, se reúnen en una totalidad que contraponemos como un cosmos histórico frente al cosmos natural. Ciertamente reina también en este cosmos histórico la regularidad universal, y también domina en él, como que parte de la realidad universal, la relación fundamental según la cual lo particular se muestra sometido a lo universal. Pero no es ésta la razón por la cual los acontecimientos y creaciones históricas forman la meta de una investigación particular, distinta en principio y metodológicamente de la de las ciencias de la naturaleza, sino que el propósito fundamental de la indagación histórica es comprender el conjunto de la vida histórica como la realización de los valores que su vez se extienden con objetiva validez más allá de esta vida humana en la que se desenvuelven en nuestra conciencia y llegan a ser reconocidos. La *indagación de la cultura* o como hasta hoy más corrientemente se ha acostumbrado decir *la ciencia de la historia*, significa un conoci-

miento dotado de valor, mientras la indagación de la naturaleza sólo toma en consideración el valor lógico de lo universal, y por lo demás cree poder denominarse como una idea del mundo exenta de valor. Pero lo dotado de valor en la indagación histórica no consiste por decirlo así en las mezquindades de una moralización o apreciación de los objetos, sino más bien en que aquí los objetos mismos por su parte por primera vez llegan a realizarse en la ciencia mediante una relación con un valor. De ninguna manera todo lo que sucede es histórico por eso, sino que objeto de las ciencias de la cultura es siempre algo que respecto de alguno de los grandes valores de la vida ha sobresalido, de entre la multitud de lo que todavía con él y contra él ha sucedido, y por esa razón ha llegado a ser un hecho histórico; un hecho semejante nunca ha existido realmente como algo destacado sinó que ha sido presentado en la indagación metódica por primera vez como formación concluida. De manera que el cosmos natural y el cosmos histórico, tal como han sido logrados en última instancia por la ciencia empírica, son creaciones del pensamiento científico, y su verdad consiste no en la coincidencia con algo igualmente real *extra mentem*, sino otra vez en que sus respectivos contenidos pertenecen a la inmensa y absoluta realidad, pero que ellos no la contienen como un todo, sino precisamente sólo como un fragmento extraído por el saber humano.

#### 10) POSICION DE LA PSICOLOGÍA

Esta división de las formas científicas de la experiencia por un lado según los fines de la investigación de la naturaleza y por otro según los de la indagación de la cultura no coincide completamente con la división corriente de ciencias de la naturaleza



y ciencias del espíritu, como sobre la base de las numerosas clasificaciones de las ciencias ha sido reconocida y admitida como la más aceptable. Porque esta última se basa en la dualidad metafísica de naturaleza y espíritu mucho más que en la dualidad psicológica de experiencia interna y externa, y por eso no concierne a los objetos de la investigación científica en el sentido crítico de la teoría moderna del conocimiento. Esta reconoce que se pueden extraer de los mismos grupos de la realidad absoluta tanto los objetos del conocimiento de la naturaleza, que se encamina a poner en relieve la legalidad universal como los objetos históricos, cuya formación se orienta en la elección valorativa de lo particular. Pero particularmente importante es la distinción de ambas divisiones respecto de la psicología. Su relación con ambos grupos no es nada sencilla sino complicada por lo que sus fines, tal como se han elaborado en la época moderna, se extienden desde los estudios psicofísicos de la psicología individual hasta las complejas formaciones o construcciones de la psicología social, cuyo análisis roza con los límites de la investigación histórica. Pero en el medio de ambos extremos se halla el conocimiento del sentido íntimo, la introspección, que para todas las ciencias auxiliares, también respecto de aquellos extremos forma la presuposición fundamental. Según su materia fundamental y su determinación esencial la psicología es ciencia de la naturaleza en el sentido de ciencia de leyes; en las ciencias de la cultura ella entra sólo en cuanto algo así como caracterología procura entender las individualidades espirituales como tales, sea en su unicidad sea en su estructura típica. En la división de ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu la psicología encuentra al contrario sólo con dificultad su sitio al lado de las últimas. A menudo, en efecto,

se habla como si ella fuese la ciencia fundamental de las ciencias del espíritu porque sin duda todas ellas, y en particular las históricas, siempre tratan de fenómenos que conocemos como del espíritu humano. Pero estas frases no tienen nada que ver con las relaciones reales de la investigación. Las ideas de la psicología científica que culminan en la formulación de leyes universales, son para el historiador completamente indiferentes. Los grandes historiadores no han tenido que aguardar mucho por los experimentos y *enquetes* de nuestros psicofísicos. La psicología con que han trabajado ha sido la de la vida cotidiana, ha sido el conocimiento del mundo y la experiencia de la vida que posee el hombre común, unida a la profunda mirada del genio y del poeta. Todavía no ha tocado en suerte a ninguno convertir en ciencia a esta psicología de la penetración intuitiva.

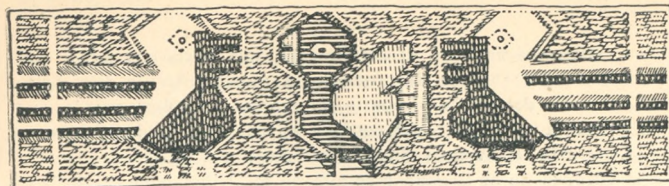
#### II) AUTONOMÍA DE LAS CIENCIAS PARTICULARES

Pero en cuanto también se intente dividir las ciencias respecto a su contenido según sus objetos, siempre se encontrará que estos objetos no son dados sencillamente como tales, sino que primero son formados ellos mismos por la actividad científica conceptual. De ahí que no sea posible nunca separar con nitidez las ciencias partiendo de los llamados objetos; tal separación se consigue sólo con relación al procedimiento científico mismo. Así como nosotros encontramos, en la elaboración práctica de la ciencia, separadas sus distintas partes una de otra y de nuevo (como por ejemplo en las reuniones de la vida académica) las encontramos unidas como formando grupos, ellas no corresponden nunca a las distinciones lógicas sino que en cada disciplina, elíjase cualquiera, se entrecruzan reflexiones de carácter científico, en las que se buscan ideas tipos o leyes, con investiga-



ciones de carácter histórico que tienen como principio de su objetividad el valor de lo que es único. De la manera más íntima se entrelazan siempre uno con otro estos momentos en el establecimiento de las conexiones causales de lo que tiene valor de único. Aquí se juntan la indagación de la naturaleza y la indagación de la cultura, porque buscan las leyes según las cuales se realizan los últimos valores del mundo.

Con todo, sin embargo, se ve que la teoría del conocimiento no puede ir muy lejos en el reconocimiento de la autonomía de las ciencias particulares. En la Metodología se ha renunciado hace mucho tiempo a la ilusión de un método universal que pudiese servir en la misma medida a todas las ciencias particulares; se ha comprendido que la diversidad de los objetos exige también diversidad en el procedimiento de su elaboración científica. Si ahora la teoría del conocimiento ha comprendido que por lo pronto estos objetos surgen de la síntesis selectiva del pensamiento científico, no puede desconocerse, entonces, que todos los momentos del concepto de verdad son determinados para cada ciencia particular por su peculiaridad, y que tampoco en este sentido se puede comprimir en una forma absoluta la múltiple vitalidad del pensamiento humano universal.



## Bibliografía

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.—*Poesía juglaresca y juglares*. Publicación de la «Revista de Filología Española», Madrid, 1924.

Ramón Menéndez Pidal ha tocado con precisión y con ponderada honradez de sabio muchos aspectos de la literatura española. Es un filólogo y en sus trabajos de gramática histórica y de lingüística reanimó con altísimo criterio de sabio europeo la ciencia que había quedado en España como desligada de la tradición de los humanistas. A él le debe su patria el honor de figurar con unos cuantos nombres en la legión de los filólogos modernos. Pero no es la lingüística pura sino la aplicada al documento literario la que le da su relieve propio a la figura de Menéndez Pidal. El autor de los *Siete Infantes de Lara* y del estudio y restauración del *Cantar del Mio Cid* es un historiador que aplica el instrumento lingüístico a la investigación literaria. En el mapa literario de la Península en la Edad media hay regiones descubiertas por Menéndez Pidal. El folklorista a veces no es arqueólogo y mira lo tradicional en un solo plano, sin seguir al través de las innumerables ramificaciones el tema literario que evoluciona y se transforma. El autor de la *Geografía folklórica*, arrojó, en su labor benedictina, una luz nueva en el problema del Romancero español que él tan admirablemente ha estudiado. El ciclo épico—o los ciclos—han ido creciendo al través de su labor de años, pues, detrás de las refundiciones de las crónicas, parecía moverse aun, en la masa informe, el aliento épico. Menéndez Pidal en el cotejo admirable de las crónicas españolas, en su clasificación, ha podido contemplar como desde una eminencia, esa masa caótica que se ordenaba y ofrecía a la investigación y al análisis. Ni la poesía épica, ni los elementos líricos ocultos a la perspicacia del



crítico, nacen y se desarrollan sin que exista una larga elaboración. Cuando la arqueología puede entrever diez siglos de arte detrás de Homero empezamos a explicarnos lo que parecía un milagro del genio y es más que todo un milagro del arte. ¿Hay un refinamiento épico, que en la edad media europea no ha llegado más allá de los Nibelungen, el Roland o el Cid, debido a la posterior influencia del Renacimiento? Sin este despertar avasallador del mundo clásico ¿los libros de caballerías hubiera sido la madurez del período épico, es decir el retorno a los siglos XI y XII con un idioma vigoroso y una métrica perfecta? Quizá no. El arte lleva siempre, en la entraña de sí mismo, y en cualquiera de sus géneros, el impulso que le ha dado origen, y al apartarse de esa causa creadora la desvirtúa y decae. Si hay algo de pedantería científica al hablar de «la evolución de los géneros literarios», es innegable que el espíritu humano, o el arte por un dinamismo que le es propio, va incesantemente transformándose de acuerdo con la misteriosa intuición que presidió sus orígenes. Un libro como el de Menéndez Pidal, que nos muestra en una época primitiva, este nacimiento y evolución de distintos géneros de poesía y sus influencias recíprocas, que nos lleva de la mano para que podamos recoger casi de los labios de los juglares y poetas y de la imaginación popular el tesoro de la poesía de la edad media española, no sólo es una obra encantadora, inapreciable por la documentación literaria e histórica; es un tratado de estética, un capítulo de psicología sutil: la invención poética en la edad media. Menéndez Pidal se propuso sólo presentar las obras del arte juglaresco relacione entre sí formando conjuntos. La documentación nueva, la penetración crítica del maestro, la claridad expositiva, la sencillez elemental del método rigurosamente científico, nos llevan poco a poco, en esta historia de poesía española medieval, al convencimiento de que no pudo ser de otra manera que como la mira el autor de los *Siete Infantes*. Y entonces, qué natural y lógica es, por ejemplo, la obra de Gonzalo de Berceo, del Arcipreste de Hita. Cito estos nombres, tocados, al pasar, por Menéndez Pidal, porque basta que él escriba unas cuantas líneas que nada tienen de sobrenaturales para que el bueno de Berceo y el multiforme Arcipreste, se mezclen definitivamente a la vida de su tiempo, adquieran su natural relieve de hombres, de artistas; la figura de Berceo que aparece en una de las tantas prodigiosas páginas de Menéndez y Pelayo, necesitaba que la reina Mab se

entretuviera en cosquillear su nariz, para que despertara en el mundo de la realidad y de la vida. Una página le dedica a Villasandino: y es suficiente para mostrarnos en la transformación del arte de este singular versificador casi cien años de evolución en la lírica cortesana que en las postrimerías del siglo XIV «iba dejando de ser poesía cantada para convertirse en poesía meramente leída».

Es que Menéndez Pidal en torno del arte juglaresco, o mejor dicho, estudiando a los juglares, escribe la historia esencial de la poesía española hasta los albores de la primera influencia italiana. «El estudio del mester de juglaría, escribe, es de muy especial interés, como base de nuestra historia literaria. No sólo nos da a conocer los primeros tiempos de nuestra literatura, como los de otras hermanas, sino que nos ilustra en las épocas posteriores acerca de un carácter muy arraigado en la literatura española, ya que esta se distingue por mantener, reelaborar y perfeccionar viejas tendencias juglarescas, en temas, en estilo, en versificación, recordando a menudo, aun bajo formas de arte muy progresadas, los tiempos en que el juglar había sido el primer iniciador de la poesía moderna».

Difícil nos sería mostrar en unas breves palabras el conjunto de esta obra: la figura y diversidad de los juglares medievales, los instrumentos que usan, las noticias de la vida, abundantes si se trata de los juglares líricos, la relación del juglar y del público, la elaboración de los asuntos y los temas preferidos por el pueblo y la aristocracia de las cortes, y, dentro de la lírica la influencia occitánica y posteriormente de la galaica, hasta que vemos desde 1330, «en el centro de la península levantarse la lírica castellana para tomar el puesto preeminente en la historia literaria española.» En este estudio de la poesía lírica y de sus juglares hay un fino y escrutador análisis; hace tiempo que Menéndez Pidal empezó o preocuparse por la primitiva poesía lírica española a la que consagra bellas páginas en sus *Estudios literarios*. Pero las predilecciones del maestro están en la poesía narrativa. Los juglares de gestas le han hablado desde niño y desde el fondo de las crónicas alfonsinas. Desde la aparición de su estudio de *Los Siete Infantes de Lara* hasta los admirables ensayos que publica en la «Revista de Filología Española», desde el *Mío Cid* al *Romancero*, desde el análisis del léxico y la métrica, hasta el desarrollo y transformación de los temas narrativos, ¡cuánta penetración crítica y restauración de un mundo



casí sepultado en el olvido! Por eso la síntesis que ofrece al lector, en torno de la figura anónima del juglar, de la época primitiva de las gestas, de su época de florecimiento, de la lucha de las escuelas literarias cuando las vidas de santos tratan de conquistarse el auditorio ansioso de conocer las nuevas de los héroes, la penetración del mester de clerecía al terreno juglaresco, es sumamente instructiva. El lector, encontrará variantes substanciales en la antigua manera de estudiar el mester de clerecía. «En la segunda mitad del siglo XIV no hallamos ya para la poesía narrativa la fecunda lucha de escuelas que caracterizó el período anterior». Los relatos en prosa atraen la atención. Solo subsiste todavía la narración de gestas. Los juglares conservan su autoridad ante el público y aun más que las crónicas que ya prosificaban la narración más reciente o «volvian los ojos hacia las versiones más viejas de los cantares.» En la segunda mitad del siglo XIV y hasta mediados del XV, «¿se cantaba la forma vieja del poema al lado de las formas renovadas?» Si ya en la segunda mitad del siglo XV se dejaron de escribir o de cantar los grandes poemas de gestas «no por eso los asuntos heroicos dejaron de ser populares.» «La vieja poesía heroica de los grandes poemas, se había disuelto en romances o narraciones breves, desligadas entre sí.» Este estudio delicadísimo de los orígenes de los romances en las páginas del libro que tan desordenadamente comentamos o en anteriores trabajos del mismo autor, nos muestra cuán difícil le es a la crítica que se aparta del documento histórico, acercarse a lo natural y lógico. Al tratar la invención y tradición juglarescas, en la parte IV y última de su obra, considerando al juglar como poeta, Menéndez Pidal es tan sabio crítico como artista. La belleza del asunto adquiere un noble relieve en la transparencia de la forma expositiva. El arte siempre ha sido modernista. El lector que se sonríe ante el arcaísmo de los viejos textos medievales ignora que fueron en su tiempo una nueva e innovadora creación de idioma y poesía. «Cada generación puede concebir la ilusión de que ella crea el idioma, porque realmente lo recrea y refunde en gran parte; pero una historia general de cualquiera lengua romance no puede menos de asentar que fueron los juglares primitivos quienes más empeñosamente riñeron la primera batalla, penosa y decisiva, para elevar a lengua artística las rastreras expresiones cotidianas, inexpertas de toda aspiración poética.» Garcilaso, Luis de Leon, Góngora y todos los artifices castellanos que mira-

ron con menosprecio a sus antecesores, ignoraban que quienes más hicieron por el esplendor del idioma fueron unos viejos poetas y juglares desconocidos para los maestros del siglo de oro, pero que desde la oscuridad medieval trabajaron para que el tosco romance fuera, poco a poco, adquiriendo la facultad de traducir el pensamiento y la imagen. El arte juglaresco ha sido arte y por tanto, esfuerzo, elaboración incansante. Los poetas modernistas podrían recoger de la labor juglaresca una lección muy honda e instructiva.

ARTURO MARASSO.

JORGE M. ROHDE.—*Las ideas estéticas en la literatura argentina*. Editor J. Roldán. Buenos Aires, 1924.

Jorge M. Rohde ha dado a la estampa el tercer tomo de su obra *Las ideas estéticas en la literatura argentina*. Examina en este tomo la repercusión de las tendencias estéticas europeas en la novela argentina. En los anteriores hizo un estudio semejante en el terreno de la poesía y del teatro.

Comienza Rohde presentando el vasto panorama de la novelística europea, tomada desde sus orígenes: los primeros desvíos de la epopeya hacia la novela en la literatura griega; los mismos balbuceos en la literatura romana. En seguida, no sin rozar la Edad Media, la sazón completa del nuevo género en las literaturas modernas.

El propósito del autor es claro: mostrar las fuentes matrices de las cuales son, nuestras novelas, pequeños remansos especulares. Siendo la nuestra una literatura satélite, hay que explicarla acudiendo a los astros que le transmitieron su luz.

Podría objetarse: al iniciar Rohde en las larvas helénicas su estudio de la novela argentina, viola el principio horaciano según el cual no debe comenzarse *ab ovo*. Pero se perdona esta trasgresión en mérito a que anda en su preámbulo con pie ligero y brinda antecedentes que sirven para que el lector común tome la embocadura, y el desmemoriado refresque conocimientos adormecidos.

Ya enfrascado en su tema, señala Rohde los motivos de la aparición tardía de la novela en Hispano América. Pasa revista a las crónicas coloniales, en busca de gérmenes novelescos y, sin más, se introduce en el siglo XIX.

Europa está en pleno sarampión romántico. El crítico, siguiendo el método aplicado en sus libros anteriores, traza,



con largas pinceladas, un cuadro del romanticismo europeo y, acto continuo, su reflejo en la novela argentina. De ésta sólo le interesan las obras típicas que analiza prolijamente, citando, como de camino, las secundarias. De los románticos argentinos aparece, en primer plano, la figura de Mármol, como novelista. *Amalia* es objeto de un extenso examen, lleno de doctrina, en el cual se establece su filiación con el romanticismo francés. Luego le toca el turno a Vicente F. López, como autor de *La novia del hereje*, obra espaciosamente comentada y donde el crítico encuentra, predominante, la ilustre huella de Manzoni.

Desfilan, ya más rápidamente, como corresponde a la menor enjundia de sus frutos novelísticos, otros románticos: Juan María Gutiérrez con *El capitán de Patricios*; Miguel Cané (padre) con *Esther*; Juana Manuela Gorriti con su abundante prole literaria.

A la vera de este romanticismo importado, yace, semi oculta, la recia veta del realismo castellano, que asoma en *El matadero* de Echeverría, («pasatiempo» literario que Rohde glosa con merecida amplitud,) y en los cuadros satírico-c costumbristas con que Alberdi sigue la senda de Larra.

Otra obra de Alberdi, *Luz del día*, junto con el *Facundo* de Sarmiento, ocupa por buen espacio la atención de nuestro crítico, en un capítulo titulado «El nacionalismo», en el cual abundan consideraciones generales sobre la formación de la conciencia étnica argentina. Necesariamente, dado el carácter de estas obras, su disertación sale, por momentos, del campo literario y se interna en el político.

Aquí los «hontanares europeos» apenas se vislumbran. El solar nativo ha producido estos frutos autóctonos que tienen mejor su *pendant* poético en el *Martín Fierro* de Hernández, y su expresión novelística más genuina en los truculentos folletines de Eduardo Gutiérrez. Dentro de esta familia es lícito catalogar obras vernáculas como «*Una excursión a los indios ranqueles*» de Mansilla, *Painé* de Estanislao S. Zeballos; y evocaciones históricas o míticas como *La ciudad india* de Juan A. García, las *Memorias de un viejo* de Víctor Gálvez (Vicente G. Quesada), *Mis montañas* de Joaquín V. González, *Montañas* de Martiniano Leguizamón.

La reacción anti-romántica del naturalismo zoliano es considerada por Rohde acaso con excesiva prolijidad. Partidario del libre albedrío, juzga con palabras acerbas a los deterministas de la escuela de Medán. Encuentra, sin embargo, que

en el arte estos hacedores de «novelas experimentales» hay, en el fondo, una deformación idealista. Y eso parece consolarlo. Aprovecha la coyuntura para fijar, una vez más, la diferencia existente entre el naturalismo francés y el realismo castellano.

Tales reflexiones le sirven a manera de premisas para entroncar este movimiento estético extranjero con la novelística argentina de la misma época. Desfilan, primero, autores que podríamos llamar de transición, tocados del realismo que avanza y del romanticismo que retrocede. Es la «generación de Juvenilia», generación afrancesada y singularizada «por el refinamiento de sus gustos artísticos» y que forma rueda en torno de Miguel Cané: Lucio López, Mansilla, los Varelas, Wilde, José M. Cantilo, Martín García Mérou. Luego vienen autores ya más identificados con la tendencia realista. Surge Fray Mocho con sus aguas fuertes y Lucio V. López con *La gran aldea*, obra que sugiere al crítico un detenido comentario. Lindantes ya con el naturalismo, nos presenta a Cambaceres y a Julian Martel, quienes procuraron trasuntar en sus novelas la «temperatura moral» de su tiempo. Y francamente embarcado en esa tendencia aparece Manuel T. Podestá con *Irresponsable*.

La obra de Rohde se cierra con palabras cálidas de recuerdo nostálgico hacia la figura dilecta de Angel de Estrada y con una mención cordial a los más destacados cultores vivos de la novela argentina: Enrique Larreta, Roberto J. Payró, Benito Lynch, Manuel Gálvez, Gustavo Martínez Zúviria.

Rohde tiene un marcado temperamento lírico. Por eso su crítica, más que un análisis sereno y objetivo (en lo que esto es posible), resulta con frecuencia una efusión impresionista. Calza, como todos, sus puntos de dogmatismo: no hay crítica sin dogma. Por ejemplo, partidario del arte «desinteresado», es visible la complacencia con que trata las obras que responden a esa orientación.

Hijo espiritual de Menéndez y Pelayo, lo sigue hasta en sus defectos. Como en don Marcelino, la plétora de información conspira contra el equilibrio docente de la obra, cargando sobre algunos capítulos exceso de material. Falta ese arte de la distribución y eliminación de lo digresivo que admiramos en los didactas franceses. Bien es cierto que el discípulo podría levantar el reproche con palabras de su maestro: «Precisamente la misma enormidad del defecto indica



que ha sido cometido a sabiendas, y que el autor no siente por él los grandes remordimientos).

También su expresión está impregnada del estilo de su formidable modelo. Rohde, cuando quiere, usa la frase corta y frugal en conjunciones de los prosistas modernos. Pero se siente más a gusto con la cláusula española: amplia, rotunda, un poco enfática. Le placen las perífrasis. Su complexión espiritual no se aviene con el decir a la llana, con el lenguaje directo: pan pan, vino vino. Ese algo de elocuencia retórica perjudica la faz didascálica de su obra que exigiría una elocución más sóbria y familiar.

El hojeo *diurna manu*, *nocturna manu* de los clásicos, ha ido arrimando a su léxico viejas palabras abandonadas y giros desusados (1). Con lo cual su prosa adquiere a menudo un sabor arcaico que algunos encomian y otros no toleran. Como todo escritor tiene sus tranquillos y debilidad por ciertas palabras. El verbo *ostentar*, por ejemplo, aparece, desaparece y reaparece como los tucos en las noches de verano. Lo mismo ocurre con el portuguesismo *por veces* y con la expresión conjuntiva *con tal efecto*. Gusta anteponer al gerundio la preposición «en»: en fijándose, en departiendo, en señalando, como se estila en francés y, con muchas restricciones en castellano.

Pero estas son minucias que en nada invalidan la obra de Rohde, obra que ocupa una capacidad de trabajo elevada al grado heroico. Se necesita pasta de héroe para engolfarse en plena juventud en la plúmbea tarea de revisar obras y más obras estéticamente muertas, desnudas de otro valor que no sea el histórico.

Mas, gracias a estos benedictinos de biblioteca, el material revuelto de nuestra infancia literaria se va sistematizando y depurando. Y así podrán, holgadamente, los críticos del futuro, fijar, ya con suficiente perspectiva, los contornos del período pre-clásico de la literatura argentina.

C. M. BONET

(1) Dice por ahí: «la puerta *concluida* al comercio libre», retrotrayendo el verbo *concluir* a su acepción latina.

ARTURO MARASSO. -- *Poemas y Coloquios*. Buenos Aires, 1924.

Terminamos de leer «Poemas y Coloquios», el nuevo libro de Arturo Marasso. ¡Estado singular el que impera en la sensibilidad una vez rematada la descubridora aventura implícita en la penetración de una obra, sea esta noblemente hermosa o profunda o bien plétórica en desenfadados, al modo de ciertos manjares a los que da artificial sabor la riqueza del pobre. No intentaremos inquirir los secretos de dicha circunstancia preliminar pero apuntaremos que en todo espíritu de nativa curiosidad ella es decisiva para los rumbos ulteriores del criterio y los esclarecimientos del raciocinio valorador. Suave deleite nos midieron los minutos finales de la lectura de estos poemas del cantor noblemente impopular que en «Presentimientos» demostró regalarse hasta la voluptuosidad con metafísicos soliloquios. Sí, complacencia estética y también dichosos conceptos a decir....

Muévese ahora el poeta por nuevo camino pero lleva su andar con la dulzura impasible de antaño. Análogo acento de timidez y angustia al que trasciende del mencionado libro resuena en «Poemas y Coloquios»; también el mismo fervor dionisiaco ante la Naturaleza que preponderara en «Paisajes y Elegías» persiste en las páginas recientes pero la visión del artista abarca más profundos horizontes, islas y golfos dorados por súbita luz. No sólo el alma, no sólo el panorama donde ella se prolonga en sus alternativas penosas o exultantes aquí se descubre. Esas preferencias de antaño forman ahora un tejido intelectual harto más complicado. Los temas de ayer consisten hoy en fuentes de substancias líricas singularmente pródigas en motivos. El poeta ordena ambiciosas arquitecturas ideales donde se yerguen aras a las preguntas terribles de la humana ansiedad: Dios, el Destino, la Muerte, el Amor. Léanse las veinte composiciones ya dialógicas ya discursivas que encierra «Poemas y Coloquios». Será un peregrinar por las sendas de la belleza abstracta lejos de los precarios atractivos de lo pintoresco y anecdótico. Y el viaje resultará de purificación para los inclinados a las crasitudes del realismo puesto que lo harán llevados de la mano por el más platónico de nuestros poetas.

Este libro, como los anteriores de Marasso, comporta un llamamiento a lo poético esencial. La inactualidad de su arte tan pareja con la de su sensibilidad agobiada por trágicos problemas universales pero no perversamente enferma, le co-



loca muy lejos de las vías comunes ahora. Hace resonar en torno de nosotros la voz serena que después de los argentados poemas de Guido y el rubendariano «Coloquio de los Centauros» dijérase abolida. Y ello ocurre sin que el nuevo cantar se acidule en falsete revelador de resabios de aprendizaje. Es muy suya esa propensión lírica referible a la estética general del clasicismo y que le decide a prorrumper en poemas que se levantan como surtidores de las rosas y mármoles atenienses a la inmensidad de la noche estrellada. Por lo demás es un optimista. Las tristezas del solitario que inclinado sobre el libro esencial tiene en la ventana «el límite del mundo indefinido» se atenúa en la esperanza del soñador capaz de creer

que un día nuestra mente llenará el universo  
y tanto será un mundo como el mundo de un verso

Esta poesía nos conduce a recordar una tradición milenaria. Hesíodo, Anacreonte, los alejandrinos, Chénier, Keats, Shelley, De Guérin cruzan aquí divinos relámpagos. Marasso no intenta agregar con su obra otra figura de resplandeciente pureza a las del antiguo coro. Vehemencias cristianas y fervores metafísicos le ahincan en nuestra edad. Con mano violenta acerca a nuestros labios el zumo de secular dulzura. Su poesía no entraña pues, como acontece en la leopardiana «Primavera» un retorno exclusivo a la exuberante primitividad helénica. El sátiro que en la composición inicial llora la decadencia irremediable de la vejez arroja hacia los cuatro horizontes su penetrante grito. Eros, Prometeo, Elena, un mago, una bacante, un rapsodo, convoca el poeta pero esas creaturas no comparecen teñidas por la luz que empujó hace milenios las comarcas benditas de Jonia y del Archipiélago. Imágenes celestes ostentan en la frente arrugas trágicas y más que asentar el pie en tierra anhelan disiparse en la noche profunda.

Hemos señalado características. Nada nos obliga a ser indulgentes con Marasso; diremos que al leer versos como:

El lucero del alba maravillosamente  
Luminoso en su excelsa gloria brilla en oriente

no podemos negarnos a reconocer lo gárrulo del pasaje. Desearíamos más nerviosa concisión, más tirantez de cuerda de lira al par que un mayor esfuerzo en rivalizar con pincel y

buril en la pluma aérea de «Coloquio» y «Entre el alma y el cielo», capaz de regalarnos con la fluidez de visiones encantadoras como ésta:

Tendida estabas de la fuente al borde  
En el abierto brazo oculto el rostro;  
La rica y desatada cabellera  
Ondecaba en la corriente; la mañana  
Del estío fragante en clara lumbre  
Ceñía el monte, la lejana selva,  
Los viñedos, el mar entre peñascos,  
Y tu alma y el arroyo y la cigarra  
Y el viento en los olivos y el murmullo  
De la ribera se iban lentamente  
Durmiéndose en la paz de una hora inmensa.

Sencillez — (alejandrino prevaleciente en cuanto a la forma, aproximación inmediata en las asociaciones de ideas por lo que toca a lo metafórico —) es la lección de esta muestra unificada por las gracias. Ella ha deshojado las rosas más fragantes entre las garras de la eterna esfinge.

Quienes gusten de la calorosa voluptuosidad de abismarse en los últimos problemas podrán acercarse confiadamente al diáfano poeta cuya obra comentamos. El supo transformar su angustia en circunstancia para elevarse a la pitagórica armonía.

ARTURO VAZQUEZ CEY

PEDRO PRADO — *Un Juez Rural* — EDITORIAL, NASCIMENTO — Santiago 1924.

Quando Esteban Solaguren — arquitecto profesional y pintor en los ratos de trabajo voluntario — se enteró, de sobremesa, de su nombramiento de juez de paz, el seguro instinto de su mujer adivinó en eso un presente griego, motivo seguro de molestias y desazones para su mal escarmentado esposo. En las breves palabras del sugestivo diálogo conyugal están definidos el temperamento y los antecedentes del arquitecto: idealista aleccionado a medias por las desventuras de la realidad — ya ha hecho pagar a sus nerbios en guerra el tributo de más de una corazonada noble hasta lo insensato.

Administrar justicia: he ahí una empresa tentadora para un espíritu como el suyo, predispuesto a la obra de bien. Tan



to más tratándose de una misión librada a los consejos de la conciencia, sin la atadura de los principios rígidos de la ley escrita. Acaso él, aunque profano en la materia, habrá pensado más de una vez en el carácter precario de la justicia que emana de los preceptos codificados; acaso la comprobación de la «injusticia» que suele desprenderse de las resoluciones competentes más «arregladas a derecho», le habrá llevado a entrever el ejercicio de la magistratura ideal confiada al juicio independiente del hombre recto y no al instrumento mecánico, sin alma, de las reglas prestablecidas. Bien valdrá, pues, afrontar la humanitaria tarea, a despecho de posibles promesas anteriores en contra y del natural reproche de la adocenada esposa.

Galíndez — el gordo, meloso y ceremonioso secretario — ha puesto su modesta casa a disposición del juez, que sin duda «no querrá ver su hogar invadido por litigantes y borrachos.» En seguida asistimos al desarrollo de la eterna comedia humana en el interesante desfile de pleitos de toda calaña que el funcionario, buen desentrañador de causas y efectos, decide en todo los casos con sabiduría salomónica. Un juez de la ley no podría deslindar tan seguramente las responsabilidades como este magistrado de conciencia que es un conocedor profundo de los secretos del bien y del mal. Allí donde puede brillar el bien aparente para las normas comunes del derecho, Solaguren descubre a menudo la existencia del bien, y, a la recíproca, el culpable del código suele resultar el virtuoso de sus fallos personales. Estos fallos han de traducir el espíritu de la justicia esencial, cuando merecen la admiración sincera del secretario, con ser éste tan apegado a las normas rutinarias del oficio.

En los días festivos Solaguren busca alivio a sus dobles afares de arquitecto y de juez, yéndose a vagar y a divagar campo afuera en compañía de Mozarena, su amigo dilecto. Un mismo punto de vista filosófico a propósito del mundo, de los hombres y un culto compartido del arte — Mozarena es pintor — afianza esta amistad que discurre en sutiles pláticas de aventureros conquistados por la atracción de lo rústico y primitivo. No cabe imaginar camadería más perfecta que la suya. Y sin embargo — el detalle dará idea de las observaciones penetrantes del libro — cierta vez que Solaguren se detiene a copiar un paisaje, ve con desagrado que su amigo, a tres pasos de distancia, se dispone a hacer otro tanto. La propia identidad de gustos los separan en ese mo-

mento, porque «los pintores creen adquirir cierta propiedad sobre el tema que eligen.» Luego es de ver cómo, colocado por ambos el mismo asunto pictórico en planos diversos, el tema se traduce en dos obras tan distintas que el resultado no puede menos de confundir a los autores. «Ver resulta ser, así, arbitrariedades de limitación», escribe esa noche Solaguren, resumiendo su caviloso examen del interesante caso. El diario contacto con las manifestaciones de la humana flaqueza y la dificultad frecuente de pronunciar la palabra de acierto insospechable, van acentuando la crisis de los débiles y terturados nervios del juez — Una noche pasada en vela, paseando en brazos al hijito enfermo, le ha ocasionado una profunda depresión, y debe realizar un esfuerzo de voluntad para disponer a recibir a una mujer que demanda su presencia. Es una anciana que exhibe en su desmirriado cuerpo la muestra de su vida penosa. Su hijo mayor, un muchacho artesano, ha sido condenado por el juez como autor confeso de un robo. La propia madre reconoce la legalidad de la sentencia, pero afirma que su hijo, siempre bueno y trabajador, y nunca premiado por su virtud, cayó en la falta inducido por influencias nocivas. La condena es legal, pero la prisión del muchacho significará el estado de miseria para la madre, los hermanitos que privados del salario que los sustentaba, serán despedidos de la pieza que alquilan. La atribulada anciana concluye su cuita ahogada por los sollozos, y al dejarla ir no pudiendo proporcionarle otro consuelo que el de una limosna, el juez ve claramente el fracaso irremediable de su misión ilusionado y lírica. Entonces escribe los fundamentos categóricos de su renuncia: «Tarde, demasiado tarde, vengo a caer en la cuenta de que la justicia es un deseo, una ansia lejos de nuestra medida y distante de toda humana comprensión. Todo el mundo acepta que el culpable purgue su delito; y en el propio penado, cuando él ha cometido una falta, debe existir idéntica convicción; de ahí, talvez, su relativa conformidad ante el castigo que se le impone. Mas, como no hay hombres aislados, el castigo de cualquier individuo, culpable o no trae una repercusión sobre infinidad de seres que le rodean; sus padres, sus hijos, sus parientes, amigos, conocidos, y aun simples compatriotas, y hasta seres distantes y desconocidos que no tienen noticia de lo sucedido, reciben, tarde o temprano, debilitado o no, en alguna forma, el consecuencial encadenado. Como una campana que se golpea en un solo punto y toda ella vibra, más o menos ocurre



con los hombres. Mi desesperación proviene de que no puedo aislar un individuo y castigarlo solo a él.»

El autor de «Un juez rural» desarrolla, pues, su acción novelesca — exigua en complicaciones de hecho pero rica en materiales de fondo y en matices psicológicos y descriptivos — ahondando en la esencia de la justicia desde un punto de mira en que hasta ahora no han reparado — ni seguramente podrán reparar nunca — los científicos del derecho. La ley escrita o tácita la misma que debe hacer práctica el juez letrado o el de exclusiva conciencia, no pasa de ser un instrumento odioso, como arma de doble filo que por cada culpable castiga a muchos inocentes.

Obra de pensador y de poeta, la novela del señor Prado añade al mérito de sus observaciones trascendentes el particular halago de las bellas, correctas y expresivas formas.

ALFREDO FERNANDEZ GARCIA

PAUL GROUSSAC. — *Crítica Literaria*. — J. Menendez e hijo, editores. — Buenos Aires, 1924.

Con materiales que pudieran parecer efímeros, dada su índole de artículo ocasional o conferencia, ha compuesto D. Paul Groussac este volumen duradero. El epíteto, insólito cuando se adjudica generosamente a trabajos de escasa o ninguna significación, adquiere frente a estas páginas su verdadero prestigio.

Algo más de medio siglo abarca la producción intelectual del señor Groussac. Características preclaras informan este largo período de laboriosidad austera. Su sostenida energía para combatir la estrategia literaria y los frutos agraecidos del pensamiento y de la ciencia, unida a la vigilante preocupación de destruir los bacilos que infectan las zonas del arte, contribuyen sin duda a tornar inconfundible la atmósfera de cada una de sus páginas.

Su estilo, de suyo personalísimo, — permítasenos el superlativo, — está contenido de igual modo en el párrafo dilatado que en la cláusula breve; circula natural y uniforme por sus escritos como la savia por vegetales cauces. A la penetración crítica de este escritor, aguzada por una vasta cultura de humanista, se deben importantes contribuciones en el campo de la crítica literaria y de la historiografía. El repentismo, arraigado con caracteres inquietantes en estas tierras de Amé-

rica, ha tenido en el autor de *Crítica Literaria* un detractor irreconciliable y persistente. D. Paul Groussac ha compuesto poesías, pronunciado discursos, escrito novelas, ejercido la docencia y el periodismo. Todo lo ha hecho siempre con talento disciplinado, elegancia, gala y honradez mental.

En el prefacio del tomo que motiva estas líneas, después de referirse a la actual «constitución» literaria de nuestro país, constata la escasa eficacia de su larga prédica. «Ahora, más que nunca, — dice — debo acusar en la producción intelectual argentina la continua transgresión a los principios de sano gusto y conciencia artística, que constituyen, en mi sentir, la condición vital de la obra literaria. Sin negar la presencia, en nuestra generación ascendente, de un grupo juvenil que representaría una alta promesa — si correspondieran siempre sus aplicaciones prácticas a sus aptitudes virtuales, — me es imposible desconocer su escasa influencia en la cultura general». Anuncia para una segunda serie de *Crítica Literaria*, que prepara, algunos estudios donde aludirá a la producción contemporánea, observada desde su retiro «a través del prisma poco optimista de la vejez.»

\* \* \*

Dos conferencias sobre Cervantes y el «Quijote» pronunciadas en octubre y noviembre de 1919 en la Facultad de Filosofía y Letras, constituyen el trabajo inicial de este volumen. No obstante las exigencias inherentes a la exposición oral — síntesis apretada y exclusión de detalles, a fin de armonizar espacio con tiempo — Groussac nos muestra al «ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes» en las fases menos difundidas y más pintorescas de su vida espinosa. Sirviéndose de los datos característicos que, según su criterio, han concurrido a la formación de la obra, establece las posibles reminiscencias que presidieron el esquema del Quijote. Finalmente examina con detención la psicología de los personajes inmortales.

La glorificación universal de Dante en el sexto centenario de su muerte le sugiere veinte páginas nutridas de serena comprensión y sinceridad respetuosa. Groussac es de aquellos que han penetrado hasta el fondo de la profunda selva dantesca por medio de «il lungo studio e il grande amore». Para su depurada visión crítica no tiene secretos esa recién descubierta luminosidad que vence a los siglos. Las conferencias



sobre el romanticismo francés—estudiado en la poesía, teatro, novela, historia artística, tribuna política y cátedra religiosa,—forman lo más importante y orgánico de *Crítica Literaria*. En esta parte del libro cambia a menudo el tono del comentarista; su voz pierde la habitual acritud para cobrar elocuencia persuasiva. Especialmente allí donde evoca las figuras de Lamartine, Hugo, Michelet, Berryer y Lacordaire. Antes de entrar en el análisis de esta escuela literaria, busca Groussac el sentido de la denominación de dicha tendencia. «La cuestión—nos previene—es menos fácil y baladí de lo que al pronto parecería recorriendo los manuales o leyendo en los diccionarios el artículo correspondiente.» Nos anticipa que no la hallaremos claramente resuelta en los numerosos manifiestos de la escuela romántica ni en las censuras de sus enemigos. Afirma Groussac que ni aún acudiendo a Víctor Hugo (prefacios de «Nuevas Odas» y «Cronwell») obtendremos la noción clara que sería lógico esperar del jefe de la mencionada tendencia. En cuanto a la filiación y origen de la voz, aplicada despectivamente en un principio por los pseudoclásicos contra los innovadores, observa que el abjetivo «romántico» (con desinencia francesa o inglesa) existía en estos idiomas referente al paisaje o a cierta inclinación personal, como sinónimo de «pintoresco» o «novelesco», mucho antes de calificar una secta literaria. Desvanece asimismo «la especie de que fué Juan Jacobo Rousseau quien creó la palabra». Después de una lectura del libro de R. L. Girardin sobre «La composición de los paisajes», donde se halla incluido un capítulo acerca de los sitios «románticos», el ginebrino incorporó a su léxico el vocablo que por única vez aparece en sus «Reveries d'un promeneur solitaire». Girardin empleaba el término con la nota siguiente: «He preferido la palabra inglesa «romantic» a nuestro «romanesque», porque éste se aplica a las ficciones mientras que el otro designa ciertos sitios y la impresión que nos producen.» «Está, pues, a la vista—concluye Groussac—la entrada del abjetivo exótico en la prosa de Rousseau, así como su procedencia inglesa.» La lexicografía francesa deberá al autor de *Crítica Literaria* su contribución en este punto de discusión frecuente.

Se reproduce en este libro el estudio donde Groussac impugna la edición de los *Escritos de Mariano Moreno* publicada en Buenos Aires en 1896 con un prólogo de ciento cuarenta páginas del Dr. Norberto Piñero. En este extenso prólogo se

alude al descubrimiento de un famoso *Plan de operaciones para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia*, extraído del Archivo de Sevilla y atribuido a Moreno. D. Paul Groussac demuestra, ateniéndose a contradicciones de orden cronológico y señalando pruebas materiales e idiográficas, que dicho *Plan* es absolutamente apócrifo. En el trabajo juvenil sobre Echeverría, desglosado de una obra manuscrita y terminada desde 1882, al efectuar una prolija disección del *Dogma socialista*, nos ofrece Groussac una reseña del ambiente político del Buenos Aires de 1837 y años subsiguientes. Los nombres de Echeverría, Alberdi y Gutierrez aparecen en idéntico plano, vinculados por aspiraciones análogas, orientadas hacia la nueva organización social del país. Una noticia minuciosamente documentada sobre Tadeo Haenke y dos artículos titulados *Tropezones editoriales* y *La cuestión Shakespeare*, integran el presente tomo de *Crítica Literaria*.

D. Paul Groussac en el seno de una ancianidad luminosa y fértil nos dá la rara sensación de un árbol de otoño cargado de hojas nuevas. Su última publicación atestigüa como las anteriores, la presencia indesmentible de cualidades ilustres.

FRANCISCO LOPEZ MERINO.

RAMÓN TURRÓ.—*La disciplina mental*. Publicación Atenea, 1924.

«La disciplina mental» es el discurso con que fué inaugurado el último Congreso de la *Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*, celebrado recientemente. Trátase de una disertación en cuya índole extra-científica, se advierte, difusamente, un primordial propósito de enseñar a pensar en materia social de acuerdo con los métodos habituales de la disciplina científica, es decir objetiva e impersonal. Aún cuando afirma «que no son reductibles a un severo método científico un sinnúmero de cuestiones en cuyo estudio puede la inteligencia desenvolverse más libre y holgadamente» (pág. 16), y que hay muchas cuestiones «que no son ni pueden ser todavía, en el estado actual de nuestros conocimientos, sistematizadas científicamente» (pág. 18), se empeña en reducir la posibilidad de los conflictos sociales aconsejando la aplicación de un riguroso método científico.

Don Ramón Turró muéstrase profundamente apenado por el espectáculo de las incesantes luchas civiles y entre los pue-



blos que, según él, desde la Revolución Francesa dividen a los hombres y ensangrientan la tierra. Pregúntase porqué este inter-devorarse y a que conduce y si ello reporta ventajas para estas generaciones! tan perecederas!, que viven sin embargo en una vorágine cuya meta es un falso progreso. Llega a la conclusión el filósofo español que la causa de este desorden, desventura y desaveniencia, finca principalmente en que el *nuevo espíritu*, que es para él el equivocado, piensa las cosas y los hombres conforme el entendimiento las concibe y explica, o sea según la razón libre (pág. 101 y siguientes); la que es por naturaleza, indisciplinada y fácil para el libertinaje. No debemos fiarnos al juicio personal, sino a lo que la observación y la experiencia nos enseñan, pues ellas nos suministran, por merced sobrenatural, modelos universales y comunes para todo el mundo. Tiende en una palabra, a que los hombres encaren la cuestión social como un problema científico, cuyos términos sean para todos obligatorios. E insinúa y aconseja repetidas veces que en vez de aspirar y de soñar con perpétuos cambios, se atengan a lo que *es* y a gozar en la paz y en la beatitud los frutos que Dios nos ha concedido.

Confesamos que lo mejor de esta obrita del noble anciano es la sana y bondadosa intención que lo inspira y a la que no es ajeno ningún hombre de buena voluntad. Pero es difícil y doloroso reconocer al autor de «Los orígenes del conocimiento» —de nuestra particular devoción— en las páginas flojas, difusas y cansadas de «La disciplina mental». Aquél en 1916 —¡y no estamos tan lejos!— a través de sus notables artículos en «Revue Philosophique» se avizoraba como uno de los más recios, jugosos y originales pensadores hispanos, para alcanzar reverencia y universal consagración con su libro capital, ha cesado en su trayectoria ascendente, para declinar en forma que apena; así, después de haber tentado explicar de superior manera la génesis del conocimiento, solicita ahora sentida y constantemente la intervención divina para el mismo objeto

No hemos de rectificar la singular audacia del Editor quien, ofendiendo la ingénita modestia del sabio, repite lo que dijo de este discurso no sabemos que académico palaciego: «Produce el escalofrío de las obras verdaderamente geniales». No habremos de deslizarnos en la fácil crítica del intento cardinal del discurso de Turró al asimilar los problemas sociales a los de orden estrictamente científico, intento que es tan

viejo como la misma vieja Sociología y que ha fracasado también en lo principal, como ella. Lo extraño es que Turró recién lo descubra; pero no tanto, pues en cuanto se comienza a tomar en cuenta su concepto de las cosas y su visión histórica, compruébanse lamentables faltas, no ya de información o de orden científico, sino hasta del buen sentido por el que clama el autor repetidamente. Así como cuando hace remontar las luchas entre los hombres a la proclamación de los Derechos del hombre, a fines del siglo diez y ocho, o bien cuando presenta como modelo y fuente de toda elevada inspiración contemporánea al Derecho romano (pág. 105), echando en olvido que fué expresión del pueblo conquistador por excelencia y de las luchas civiles sin término; y que el tal derecho no lo salvó, por cierto, de la decadencia. Más sensata es su brega porque nos aproximemos a la viva realidad, como reacción contra los ilusos que sueñan desafortadamente con Jaujas futuras. Pero hasta dónde y hasta cuándo los tales son ilusos y dañosos, es lo que no dice don Ramón Turró y es lo que aún suelen no saber ni los varones más prudentes. Pues ya hay excesiva experiencia de como aquellos tentados del espíritu de reforma y tenidos por descentrados y locos en su tiempo, fueron los que al cabo, contra toda lógica y científica previsión, tuvieron razón desde el superior punto de vista de la humana justicia. No hemos oído, en cambio, de los fatigados labios del pensador hispano condena alguna para el misogenismo reaccionario.

Cabe sí, el derecho de preguntar qué viene a hacer a un Congreso Científico un tal discurso de encubierto corte político. Porque debe recordarse que fué pronunciado durante y bajo los auspicios del Directorio, mereciendo — como lo advierte el Editor — las entusiastas felicitaciones de S. M. el Rey. Es decir, que mientras la cátedra de Unamuno continúa vacante, y acojonada lo más selecto de la intelectualidad española, don Ramón Turró habló por la consolidación del régimen militarista y clericalizante.

GREGORIO BERMAN

FRANCISCO CAMBÓ. — *En Torno del Fascismo Italiano*. — Editorial Calpe. 1925.

El triunfo político de los fascistas italianos y la dictadura de Benito Mussolini, han tenido la virtud de estimular el es-



píritu reaccionario de las clases conservadoras, visiblemente decaído en los últimos tiempos.

Ni Mussolini ni el fascismo son originales. Para los latino americanos está muy lejos de ser una novedad la tiranía que, en definitiva, presenta siempre las mismas características.

América nos ofrece aún en el momento presente, tiranos o dictadores como Mussolini, y hasta más típicos que él, en Venezuela, Perú y Bolivia, que asumen actitudes y construyen frases semejantes a las del italiano.

Indudablemente, hay fascistas en todas partes, por que, precisando su significado, "fascista" quiere decir admirador de la fuerza y adorador del despotismo. ¡Todavía sigue siendo de considerable importancia el resabio psíquico de la horda!

El fascismo italiano ha suscitado una densa producción literaria, en su mayor parte ditirámica, con ramificaciones en casi todos los países de cultura latina. En América tenemos a Chocano y a Lugones que, no pudiendo rendir el homenaje diario de su persona y de su lira a Mussolini o Primo de Rivera, se contentan con la aproximación, cantando las glorias individuales de Gomez, Leguía y Saavedra.

Entre la copiosa literatura surgida «En Torno del Fascismo Italiano», se destaca con particular relieve el libro, así titulado, de Don Francisco Cambó.

Escrito con desenfado elegante, el libro del señor Cambó se lee sin esfuerzo. Su estilo vivaz, flexible y lleno de colorido, atrae y mantiene la atención del lector.

El señor Cambó es, ante todo, un hombre de mundo, escéptico, cortés y hasta benévolo. Su escepticismo, un tanto cínico, de viejo camandulero de la política española, disculpa todo, justifica todo y, en el fondo, se burla de todo. Es uno de los muchos divulgadores del maquiavelismo de menor cuantía, hoy en boga, con el que se procura introducir el desorden moral en el público lector y espectador, ya que «a río revuelto, ganancia de pescadores».

El libro del señor Cambó no dice, ni pretende decir, nada definitivo ni trascendental, lo que se aviene bien con su condición de diletante; pero roza un sinnúmero de problemas morales, sociales y políticos, poniendo, siempre, una nota de ingenio, de experiencia o de malicia, en la que casi no se advierte el despecho.

Para quien tome en serio al señor Cambó y a su libro, puede éste llegar a ser un esfuerzo respetable, aunque evidentemente

contradictorio, enderezado a la dilucidación histórica de un fenómeno político-social de indudable interés. Pero ocurre que nadie toma en serio al señor Cambó ni a su libro, empezando por el prologuista, señor Osorio y Gallardo, quien, entre bromas y veras, ha inscripto en el pórtico: "Per me si va fra la perdutta gente". Luego, Araquistain, en "El Sol" y osada, en "La Nación", arriman cada uno, más que argumentos polémicos, su menosprecio descalificativo hacia el político y el escritor.

En balde ha pretendido el señor Cambó apartar cuidadosamente de la ética el problema político, convirtiéndolo en tecnicismo experimental, cuya virtud se mide por su eficacia. A él y a su libro se les juzga con criterio moral y lo que él justifica, subleva e indigna a los otros.

El maquiavelismo de menor cuantía que propicia el libro del señor Cambó, no ha encontrado ambiente favorable, debido, tal vez, a un levisimo retardo. Habría obtenido un éxito rotundo diez meses antes de su aparición. ¡Veledades de la moda, cuya filosofía nos explicara el profesor Simmel!

Podría aplicarse a las dictaduras actuales la frase de Mussolini acerca del sufragio universal y proporcional: «Dentro de poco serán un viejo truco».

En efecto, la dictadura vuelve, rápidamente, a ser lo que siempre fué: un viejo truco, periódica y efímeramente remozado. Valor exclusivamente espectacular; éxito de escamoteadores, alimentado de curiosidad y absurdas esperanzas mesiánicas, amen de servilismo, adulación y cobardía; añagaza teatral que, vista desde las bambalinas, es siempre una comedia.

CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE.

MAX BORN. — *La Teoría de la Relatividad de Einstein y sus Fundamentos Físicos*. Calpe, Madrid 1922.

Publicado como el número II de la «Biblioteca de Ideas del Siglo XX», dirigida por don José Ortega y Gasset, este libro sin duda va a difundir en alto grado el conocimiento de las teorías nuevas sobre el tiempo y el espacio, porque permite al lector sin preparación especial, entender las meditaciones de las cuales nacieron dichas teorías. Su autor demuestra primeramente en su introducción, cómo poco a poco se ha excluído del mundo de la física el yo, la sensación a la



intuición. Sabemos todos que hay luz, invisible para el ojo humano, como hay sonidos, imperceptibles para el hombre. Dice: «El reino de los sonidos perceptibles se ha convertido en una pequeña provincia dentro del mundo de las vibraciones imperceptibles...». «La óptica actual es un capítulo especial de la teoría de la electricidad y del magnetismo, y estudia vibraciones electromagnéticas de todos los tamaños de onda, desde los cortísimos rayos y de las substancias radioactivas — una cienmillonésima de milímetro de longitud de onda —, pasando por los rayos Röntgen, el ultravioleta, la luz visible, el infrarojo, hasta las más largas ondas de Hertz — de muchos kilómetros de longitud. En el flujo de luz invisible que envuelve la mirada espiritual del físico, resulta casi ciego el ojo corporal del hombre; mínimo es el grupo de vibraciones que producen sensación en él». Y termina constataando que el descubrimiento de Einstein consiste en demostrar que los conceptos del espacio y del tiempo, tal como los hemos recibido de su fundador Newton, «están aún totalmente adheridos al yo, y que la imagen del mundo, elaborada por la ciencia natural, resulta más bella y más admirable todavía, si esos dos conceptos fundamentales son relativizados.

El Dr. Born ha tenido la idea feliz de empezar su obra con una exposición amplia de la evolución de las nociones del tiempo y del espacio, desde los orígenes, en tiempos lejanos, del arte de medir una distancia y una duración, hasta que esta evolución tiene un punto final provisorio en la teoría general de relatividad de Einstein. Y en verdad no es posible entender, ni siquiera seguir, esas teorías nuevas, extrañas, sin tener en mente los conceptos sobre las leyes de equilibrio y movimiento, dados por la mecánica clásica, y sin representarse bien el sistema Newtoniano del universo y las leyes fundamentales de la óptica y de la electro dinámica.

Explica en una forma elemental, sin que en ninguna parte descienda a la trivialidad, la geometría y cosmología inicial; relata las unidades de longitud y tiempo; demuestra el uso de un sistema de coordenadas; habla de la introducción de los axiomas geométricos y analiza los sistemas cosmológicos de Ptolomeo y Copérnico. Hace resaltar la revolución, producida por la introducción del sistema heliocéntrico de Copérnico en la conciencia de los hombres de esos tiempos, comparándola con la revolución que habrá de efectuar en nuestras mentes la introducción de la teoría general de relatividad.

La primera navegación circunterrestre había procurado un argumento irrefutable de la realidad del globo terrestre, y fué necesario convenir en la idea de los antípodas que llamaban «abajo» la misma dirección en el espacio que nosotros llamamos «arriba», pero la dificultad de acostumbrarse a tal idea ya no era nada en comparación con la dificultad que encontró la humanidad en la exigencia de Copérnico, que se debía destronar a la tierra, como centro del universo, solamente por el motivo que así lo exigían observaciones finas y cálculos incomprensibles para la mayoría de sus contemporáneos. Lo mismo resulta ahora con las teorías de Einstein.

El primer capítulo termina con una representación de la manera en la cual fué perfeccionada la doctrina de Copérnico por Keplero y Galileo, y cómo Newton formó sus axiomas sobre el espacio y el tiempo.

En el capítulo segundo se trata de las leyes fundamentales de la mecánica clásica y se introduce y define el «Universo» de Minkowski (1918), el espacio cuatridimensional con las coordenadas: longitud, anchura, altura y tiempo, conforme con el hecho — «que el elemento de toda ordenación de las cosas reales no es el lugar y no es tampoco el momento, sino el «suceso» o el «punto universal» es decir: *un lugar en un tiempo determinado*».

El tercer capítulo se ocupa con el sistema del universo según Newton, explicando el motivo de Newton para introducir la noción de un espacio absoluto y un tiempo absoluto. Demuestra cómo la ley newtoniana de la gravitación universal domina todo movimiento en el espacio celeste, explicándose cualquier desviación de las leyes de Keplero sobre las trayectorias de los planetas, como perturbaciones de los demás.

Solamente en un solo caso ha fallado la teoría de Newton. Hay una perturbación en la trayectoria del planeta Mercurio, un lentísimo movimiento de rotación de la dirección del eje máximo de su trayectoria que queda inexplicable. Un sinnúmero de hipótesis se han inventado, expresamente para explicar esta anomalía, pero Einstein fué el primero que consiguió perfeccionar la teoría de Newton, sin introducir suposiciones arbitrarias, poniendo a la base de las leyes naturales la relatividad general como postulado supremo. Dejando la explicación de este caso especial hasta el último capítulo del libro, el autor sigue tratando con el principio de relatividad



de la mecánica clásica, y con el espacio «limitadamente» absoluto; entendiendo ya el lector en este punto de la descripción del desarrollo del concepto del espacio que:—«no es el espacio el que existe e imprime su «forma» a las cosas, sino las cosas y sus leyes físicas son las que determinan el espacio».

Los dos capítulos siguientes están consagrados a la física del éter, exponiendo la evolución de los principios de la óptica y de la electrodinámica. Se desarrolla para los ojos del lector una imagen de la lucha en pro y en contra de la existencia de un éter, sustentáculo a las fuerzas electromagnéticas y inventada expresamente a este fin, de modo que parece natural suprimirle, en seguida que se comprueba que:—«la luz o las fuerzas electro magnéticas no son determinables sino en la materia; el espacio vacío y libre de toda materia, no es objeto de observación».

Hasta allí el libro es como un prólogo, preparando al lector para que tenga la capacidad del entendimiento y del juicio de las ideas nuevas, que van a desarrollarse para su vista mental en los últimos capítulos; ellos comprenden el principio especial y la teoría general de la relatividad de Einstein.

El capítulo sexto empieza por la investigación del concepto de la simultaneidad. Ya en una de las teorías que surgieron de la mecánica clásica, se había introducido para cada sistema en movimiento una especial medida de longitud y de tiempo, para mantener en vigor la ley de la constancia de la velocidad de la luz, pero Einstein demostró (1905) que este no significa una ficción matemática, se trata en verdad aquí de los fundamentos del concepto del espacio y del tiempo. Hay que elegir entre dos alternativas: o vale la mecánica clásica que exige valores diferentes de cualquier movimiento, para dos observadores en movimiento relativo uno a otro, o queda seguro que no cambia la velocidad de la luz su valor, estando o no en movimiento el observador. Y como no cabe duda sobre la ley de la constancia de la velocidad de la luz, demostrada experimentalmente con toda seguridad, es necesario rehusar la otra ley y buscar el error en los principios para la determinación del espacio y del tiempo.

Este error se encuentra, según las ideas de Einstein, en el concepto de la simultaneidad: *No hay simultaneidad absoluta!* La demostración de este postulado sigue en forma sencillísima, usando la manera de exposición de Minkowski, por la cual se representan los sucesos o puntos universales en el plano con las coordenadas: tiempo-longitud.

En lo siguiente se relata los problemas tan atrayentes que se refieren a las mediciones con metros y relojes en movimiento. Se demuestra cómo:—«juzgado desde un sistema cualquiera, los relojes de todo sistema que se mueve con respecto al anterior, parecen retrasarse»,—lo mismo que pasa análogamente con una vara, que aparece disminuída en un sistema en movimiento.

Sin duda, no es una casualidad que el autor en este punto interrumpa su exposición de la teoría para defenderla en una disertación sobre Apariencia y Realidad; porque en verdad es algo difícil acostumbrarse a las perspectivas nuevas y a la relativización de los conceptos de longitud y duración; mucho es extraña para la meditación habitual, hasta llegar a ser extravagante, como en la llamada «paradoja de los relojes», por la cual parece establecido que, de dos hermanos gemelos, separados algún tiempo por un viaje del uno, resulta después más joven el viajero, porque, como ya se explicó, su reloj, y con ese todo el curso de su vida, se retrasó relativamente al reloj del hermano y a la vida de aquél.

En la exposición siguiente de la adición de las velocidades llegamos a la demostración, que la velocidad de la luz representa una velocidad límite, infranqueable. Se desarrolla la ley de la inercia de la energía que establece «la identidad de los dos conceptos fundamentales masa y energía». Se relata la óptica de los cuerpos en movimiento, terminando el capítulo con la descripción del universo absoluto de Minkowski, el universo cuatridimensional y concluyendo la exposición de la teoría especial de la relatividad con el resumen que:—«Los profundos problemas del espacio absoluto siguen sin solución».

El capítulo siete contiene la teoría general de la relatividad.

Empieza por establecer la relatividad en movimientos cualesquiera, indicando como la causa de las fuerzas centrifugas las masas lejanas que existen en el mundo, el ejército inmenso de los astros. Se expone el principio de equivalencia que borra la distinción de la mecánica clásica entre el movimiento de inercia de un cuerpo, abandonado a sí mismo, y el movimiento que tiene, sujetado a la acción de la gravitación; se demuestra que la geometría euclidiana es inaplicable, cuando se trata de la geometría en superficies curvas, y se introduce las coordenadas de Gauss, utilizables, como cualquier sistema de coordenadas, para fijar el lugar de un punto



en una superficie o en el espacio, y conocidas de antemano en un ambiente americano, porque corresponden a la manera de este para numerar calles y casas. Se explica como sería una geometría para seres superficiales, reclusos en una superficie, y no teniendo ninguna representación de una tercera dimensión, lo mismo que pasa para nosotros con la cuarta y se introduce por «superficie» la noción de un «continuo de dos dimensiones».

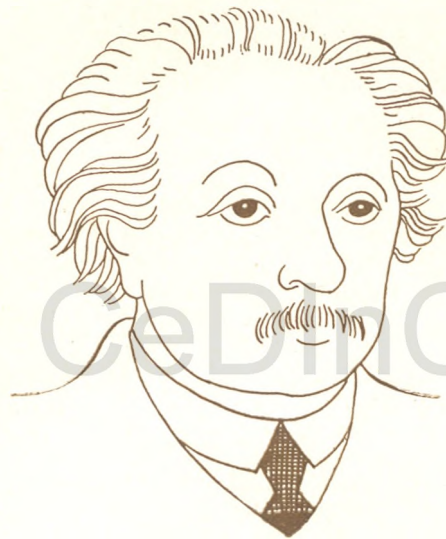
Investigando después las relaciones entre la matemática y la realidad se llega a la conclusión, que será mejor establecer una nueva teoría general del espacio, y se demuestra que Einstein usó como punto de partida para el desarrollo de tal teoría, la coincidencia especial-temporal o sea «el suceso», el punto universal de Minkowski.

Sigue ahora la explicación de la métrica del continuo «espacio-tiempo», demostrando, como se puede introducir coordenadas gaussianas en este continuo de cuatro dimensiones, y como las relaciones entre los «sucesos», relaciones que solamente el *experimento* puede revelar, determinan las medidas y la geometría en dicho continuo cuatridimensional. Se explica la métrica usable, perfectamente análoga a la geometría del continuo dosdimensional, hasta llegar a la determinación de la «curvatura» del espacio, como los seres en la superficie, mencionados arriba, también deben haber llegado a la determinación de la curvatura de su mundo, continuo de dos dimensiones; y se desarrolla las leyes fundamentales de la nueva mecánica, pasando después a las consecuencias de la teoría y sus comprobaciones mecánicas y ópticas.

He aquí el punto en el cual se entiende la comparación entre la situación de los contemporáneos de Copérnico y de nosotros, porque las comprobaciones de la teoría mecánica de Einstein están también, como las de la teoría de Copérnico, apoyadas en observaciones sutiles, no hablando de los cálculos difíciles, suprimidos por el doctor Born y reemplazados por explicaciones y comparaciones más comprensibles para lectores de conocimientos ordinarios.

Una de las comprobaciones mecánicas consiste en el hecho de que la teoría de Einstein exige el movimiento del perihelio de Mercurio, que para la mecánica celeste de Newton quedó una desviación inexplicable, y la teoría de relatividad exige justamente el error de 43 segundos de arco por siglo que fué calculado de antemano.

Otra afirmación se dió por las observaciones, hechas du-



EINSTEIN



rante el eclipse del sol en Mayo de 1919, de la desviación de los rayos luminosos que pasan cerca al sol. También en este caso triunfó la teoría nueva, encontrándose la desviación predicha de 1,7 segundos de arco.

El libro termina con una exposición sobre macrocosmos y microcosmos en la cual encontramos el problema interesante del universo finito, pero sin límites, como p. e. se puede decir de la superficie de una esfera.

Resumiendo la impresión que da la lectura del libro, se puede decir, que su autor expone las teorías nuevas, claras y atrayentemente, no ocultando su entusiasmo personal para con el sabio, de cuya obra se trata, y sin exigir de su lector más que conocimientos adecuados a cualquier hombre culto.

M. H. DE BOSE

JAKOB VON UEXKÜLL.—*Ideas para una concepción biológica del mundo.*—(Edición Calpe).

Pertenece este libro de Von Uexküll a una interesantísima colección—la «biblioteca de ideas del siglo XX». Los volúmenes de esa colección, no obstante la variedad de temas que tratan, guardan unidad espiritual. Aspiran a constituir un conjunto armónico de ideas nuevas, propias de la agitada centuria en que vivimos. Reaccionan especialmente contra el heterogéneo legado del último siglo.

Es conveniente que cada centuria revise la obra de las que le precedieron, especialmente de la más inmediata, así como cada generación suele enjuiciar severamente a la que le antecedió, olvidando, quizá, que a su turno será sometida a idéntico examen, para llegar, frecuentemente, a conclusiones parecidas.

Lo único deseable es que esta revisión sea presidida por un auténtico anhelo de superación. Dolería ver que, so pretexto de reaccionar contra lo que nos antecedió, se retornara a lo que dejaron ya muy atrás las generaciones inmediatas a la nuestra. Parécenos sumamente plausible que el siglo XIX no esclavice al siglo XX, pero a condición que tampoco se intente someterlo al espíritu de los siglos anteriores al XIX. Tanto valiera lo contrario trocar el sano anhelo de superación en ominoso retroceso.

Verá el lector si lo que acabamos de escribir tiene algún fundamento.

CeDInCI



Von Uexküll se presenta como el abanderado de una nueva biología. Desde el comienzo de su libro el citado sabio asume una actitud de ardoroso combatiente. «Estamos en vísperas de una bancarrota científica cuyas consecuencias aun son incalculables. Hay que borrar al darwinismo de la serie de las teorías científicas.» Tales son las palabras iniciales del trabajo que comentamos.

En efecto, se trata de un libro enteramente dedicado a combatir la biología darwiniana. Von Uexküll la da por fenecida y bien enterrada. «Ya nadie quiere tomarse seriamente la molestia de volver a matar en público al muerto darwiniano»—dice. Es de preguntarse por qué Von Uexküll se ocupa en destruirlo si ya ha perecido, sin gloria. No es ésta la única contradicción que resalta a simple vista. Por lo que dice más adelante pareciera que el darwinismo goza todavía de buena salud, pues Von Uexküll reconoce que la biología por él preconizada aun tiene que abrirse camino.

La pasión le lleva a nuestro autor a incurrir en injusticias muy grandes. Se puede no estar de acuerdo con Darwin, es posible sustentar la opinión de que del edificio imponente, laboriosamente levantado por el naturalista inglés, no quedará piedra sobre piedra, pero ¿quién le negará genio científico al preclaro arquitecto de ese edificio? Von Uexküll, con gesto imperioso de barón, llega hasta negarle inteligencia. Así como suena. La teoría de la lucha por la existencia—sentencia—«no puede ser atribuída a la larga a un hombre inteligente.» Afirmando de Darwin no es de asombrarse que a Haeckel lo maltrate con mayor rudeza, si cabe. Haeckel es un biólogo que merece el desprecio olímpico de Von Uexküll. Solamente puede creer en Haeckel el público semiletrado para quien escribió. Por milésima vez los sabios alemanes condenan a Haeckel por haber osado difundir entre el pueblo la ciencia. Opinan que la ciencia es sagrada. Debe constituir el secreto de unos cuantos iniciados.

¿En qué se basa Von Uexküll para condenar tan duramente al darwinismo? *Aparentemente*, en las notables conquistas de la biología moderna. *En los hechos*, veremos luego que en razones de otro orden.

La ideología de la lucha por la vida no ha sido abandonada, como pretende nuestro autor. Lejos de tal cosa, estudios recientes de autorizados biólogos alemanes y norteamericanos la amplían hasta la exageración. La lucha rebasaría los límites de las especies y las variedades. Habría lucha dentro

de la misma variedad. En opinión de algunos, hasta dentro del mismo individuo. En un bosque, pongamos por caso, se entablará la lucha—empleando este término en el sentido metafórico que le acuerda Darwin—entre los árboles de la misma especie o variedad, por la absorción de los jugos de la tierra, y, mediante su follaje, por ofrecer a la luz solar una superficie verde más extensa. Dentro del mismo árbol se desarrollaría, por un objeto análogo, una lucha de raíz a raíz, de rama a rama.

El biólogo alemán utiliza toda clase de argumentos en contra de Darwin. Su afán es destruirlo sin parar en medios. Sólo en esa forma se explica que emplee como razón decisiva las demostraciones experimentales de de Vries. El sabio holandés ha probado, en efecto, que las especies no varían lentamente, según suponían Lamarck y Darwin. Varían bruscamente. La naturaleza hace saltos. Las investigaciones de de Vries—y esto es lo que importa fundamentalmente—no niegan el concepto evolucionista. Al contrario, suministran la prueba que faltaba: la verificación experimental. Corrigen, en un punto importante, los trabajos de Lamarck y Darwin. La evolución se opera ajustada a un ritmo mucho más acelerado del que sospechaban aquellos dos insignes naturalistas. De Vries mismo se proclama discípulo y continuador de los maestros del evolucionismo. En otros puntos Darwin también ha sido rectificado. Hoy es imposible asignarle al concepto de selección natural la desmesurada importancia que él le adjudicó. Pero el darwinismo, en lo que contiene de esencial, sigue viviendo una vida robusta y florida. Modificado en ciertos aspectos, susceptible de ser modificado en otros muchos, Darwin, que tras porfiada lucha logró imponer su teoría, presentándose, ésto como una construcción sólida y definitiva, podrá aparecer en el futuro como un precursor, como un gran precursor del evolucionismo, y no como su máximo e incontrovertible legislador. La biología espera un nuevo Darwin. Hay que poner orden y método y armonizar un conjunto de verdades inconexas que han aparecido después de Darwin, siguiendo el camino por él abierto. Un naturalista de amplias vistas, capaz de poderosas síntesis, sería el encargado de esta fecunda tarea. Y entonces se verá que el evolucionismo, lejos de desaparecer, ha consolidado notablemente sus posiciones. Refutarlo hoy día es sumamente más difícil que medio siglo atrás.

Nuestro autor se opone al darwinismo por una razón espe-



cial: la explicación físico-química que supone de la vida: Ella mata toda idea de la existencia conforme a un plan, que es «lo único» capaz de dar al hombre confianza para la vida y seguridad más allá de ella». El problema de la inmortalidad, que considera necesidad vital para la humanidad, vuelve a plantearse. El darwinismo lo desterraba. «Donde fuerzas físicas y químicas gobiernan ilimitadamente, se origina necesariamente el caos». Por eso, al apartar los ojos del mundo de la física y dirigirla al de la biología, se siente el efecto de una redención. La biología únicamente «es capaz de salvarnos del amenazador infierno de aburrimiento y poesía, destruyendo el feo fantasma del mundo de átomos.» Estas son las expresiones de Von Uexküll.

El sabio alemán confunde lastimosamente la biología con la moral y la filosofía. La visión del mundo que preconiza es accidentalmente biológica. La biología constituye un cómodo pretexto. Esencialmente es una visión ética. Von Uexküll quiere vehementemente que el mundo sea regido por el idealismo kantiano. Todo lo subordina a tal propósito. Sería fácil, en efecto, demostrar que la mayoría de los fenómenos biológicos estudiados con un criterio neovitalista por algunos eminentes biólogos modernos, encuentran explicaciones netamente físico-químicas, cuando son analizados por otros biólogos no menos eminentes. Von Uexküll canta el panegírico de los primeros y excomulga a los últimos.

Observando imparcialmente, sin apriorismos ni prejuicios filosóficos, en las adquisiciones de la biología en los últimos cincuenta años, puede afirmarse que aun restan cierta clase de fenómenos que no han hallado explicación físico-química. En cambio, muchos que antes carecían de semejante explicación, hoy la han encontrado en forma altamente satisfactoria. Importa anotar, por lo mismo, que las explicaciones físico-químicas han ganado, en el terreno de los hechos, una amplia zona. Estas comprobaciones, rigurosamente objetivas, podrán o no convenir a determinadas orientaciones filosóficas. Lo que no puede hacerse, en todo caso, es desconocerlas, porque no conviene a esas orientaciones, en el supuesto que impliquen su condena.

La más alta lección que puede brindar un espíritu fino y cultivado, animado por un férvido idealismo, es la de tolerancia y respeto por las opiniones ajenas. Ninguna idea empobrece al mundo. Lo que al mundo le falta son ideas. Von Uexküll teme a las que no concuerdan con las suyas. Abo-

mina del evolucionismo. Darwin y Haeckel provocan en él cómico espanto. Darwin, el más ilustre propulsor de la biología moderna, es, a sus ojos, el que la aniquiló, según afirma textualmente, durante medio siglo, por lo cual «la misión de la biología actual es desenvolver nuevamente, desde los fundamentos, su ciencia».

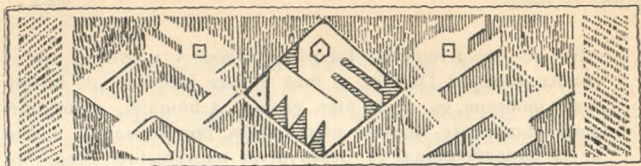
No contento con tamaña afirmación pronuncia una palabra irreparable. Ella lo descubre de cuerpo entero. La palabra «disolvente». Darwin y Haeckel ejercen sobre la vida espiritual de las masas una «influencia disolvente». Dos veces estampa esta expresión el sabio alemán.

En nombre de esa «influencia disolvente» acaba de prohibirse en varios estados norteamericanos la difusión en las escuelas de las teorías de Darwin. Al frente de este movimiento prohibicionista, que prueba cómo la inquisición si ha desaparecido como institución organizada persiste en espíritu como disuelto en la atmósfera, figura un influyente orador y político, Mr. Bryan.

Las diferencias entre Bryan y Von Uexküll son de detalle. El objeto es el mismo. Bryan habla en nombre de la biblia. Von Uexküll en nombre de Kant y de la biología a un tiempo. La conducta de Bryan comparada con la del sabio alemán es susceptible de atenuantes. No invoca a la ciencia y a la filosofía. Von Uexküll se levanta con gesto tan airado, tan leonino, como el de Bryan, pero en el campo mismo de la ciencia y de la filosofía. Actitud a todas luces indefendible y absurda. La ciencia y la filosofía no la pueden admitir. En su maternal regazo todo linaje de ideas razonadas encuentran amplio albergue, cuales quiera sean los horizontes que descubran. Von Uexküll ha deseado hablar como hombre de ciencia y ha hablado como un vulgar Mr. Bryan nutrido de biología, pero medroso ante sus más firmes adquisiciones. Si las ideas que sustenta pertenecen al siglo XX, ¿cuáles pertenecen a la Edad Media?

ALBERTO PALCOS





## Comentarios

### Unión Latino-Americana (Sección Argentina)

Un grupo de intelectuales y estudiantes argentinos, compenetrados del momento histórico Americano, acaricia en estos momentos la idea de constituir grupos de intelectuales en cada uno de los países de la América Latina, con el objeto de fomentar por medio de un acercamiento espiritual el desarrollo de una nueva conciencia en armonía con la idiosincrasia y sensibilidad de los pueblos americanos.

Una acción conjunta de las fuerzas intelectuales del continente, encaminada a unificar principios de una amplia política — usamos este término en su sentido más noble — que consulte los intereses de las naciones americanas, está llamada a adquirir tales contornos que inaugurará un nuevo período en el desenvolvimiento histórico de las naciones del continente.

No hay duda que la nueva generación Americana, ha irrumpido a la vida con el sentimiento, diríamos más bien con la necesidad de realizar aquella magnífica utopía de hacer de América la patria continental. Pero para esto se requiere la prédica intensiva y cotidiana, que debe llevarse a cabo desde la cátedra, la prensa, la revista y el libro, vehículos que han de llamar al corazón americano a sentirse solidario en la lucha por el imperio de la paz, de la verdad y de la justicia.

La comprensión de estas necesidades ha hecho que los iniciadores de este movimiento, promuevan la creación de secciones similares, en las naciones americanas, habiéndose establecido ya los grupos respectivos en la Argentina, Uruguay, Chile y Perú.

El pensamiento argentino en este sentido, se ha concretado en la declaración — programa que transcribimos:

**L**A «Unión Latino-Americana» ha sido establecida para mantener y realizar estos propósitos fundamentales:

Coordinar la acción de los escritores, intelectuales y maestros de la América Latina, como medio de

alcanzar una progresiva compenetración política, económica y moral, en armonía con los ideales nuevos de la humanidad.

Desenvolver en los pueblos latino-americanos una nueva conciencia de los intereses nacionales y continentales, auspiciando toda renovación ideológica que conduzca al ejercicio efectivo de la soberanía popular y combatiendo toda dictadura que obste a las reformas inspiradas por anhelos de justicia social.

Orientar las naciones de la América Latina hacia una Confederación que garantice su independencia y libertad contra el imperialismo de los Estados capitalistas extranjeros, uniformando los principios fundamentales del Derecho, público y privado, y promoviendo la creación sucesiva de entidades jurídicas e intelectuales de carácter continental.

La «Unión Latino-Americana» declara, expresamente, que no tiene vinculación alguna, oficial ni oficiosa, con los gobiernos latino-americanos. Desea, de ese modo, conservar entera libertad de opinión sobre la política de las Potencias extranjeras que constituyan un peligro para la libertad de los pueblos de la América Latina.

La «Unión Latino-Americana» afirma su adhesión a las normas que ha continuación se expresan:

Solidaridad política de los pueblos latino-americanos y acción conjunta en todas las cuestiones del interés mundial.

Repudiación del Panamericanismo oficial y supresión de la diplomacia secreta.

Solución arbitral de cualquier litigio que surja entre naciones de la América Latina, por jurisdicciones exclusivamente latino-americanas, y reducción de los armamentos nacionales al mínimo compatible con el mantenimiento del orden interno.



Oposición a toda política financiera que comprometa la soberanía nacional, y en particular a la contratación de empréstitos que consientan o justifiquen la intervención coercitiva de Estados capitalistas extranjeros.

Reafirmación de los postulados democráticos en consonancia con las conclusiones más recientes de la ciencia política,

Nacionalización de las fuentes de riqueza y abolición del privilegio económico.

Lucha contra toda influencia de la Iglesia en la vida pública y educacional.

Extensión de la educación gratuita, laica y obligatoria, y reforma universitaria integral.

## El Próximo Congreso Latino - Americano

El primer Congreso Internacional de Estudiantes realizado en México en 1921, resolvió que, periódicamente, habrían de concentrarse reuniones de estudiantes, en las que irán sentándose las ideas y aspiraciones de la juventud universitaria.

La idea central de aquel Congreso — y su resolución fué categórica en ese sentido — se concretó en que los estudiantes llevarían a cabo una intensa campaña por imponer los principios de la Reforma Universitaria, es decir, se propusieron una renovación cultural, ya que no otra cosa significan en nuestro concepto, los diversos movimientos habidos en las Universidades que habían cristalizado su enseñanza, en viejos dogmas manteniéndose ajenas por completo al inquieto ritmo del pensamiento nuevo.

Desde entonces hasta ahora — pena dá el decirlo — no hemos adelantado mucho en ese sentido, aún cuando ya se siente en forma evidente que el estandarte se ha incorporado un tanto a la Universidad, y que en ésta se deja sentir, a veces, el impulso nuevo que le impone la juventud. Pero como no es ésta la oportunidad en que debemos estudiar la Reforma Universitaria, — ya diremos en otra ocasión nuestras ideas al respecto, — queremos tan sólo significar la imperiosa necesidad de reunir a las juventudes estudiosas de América en un próximo Congreso, pues urgentes problemas de índole universitaria reclaman su pronunciamiento.

No hemos de decir hasta qué punto, algunos principios de Reforma obtenidos en algunas Universidades, están a punto de malograrse por la falta de coordinación de las fuerzas interesadas en ese triunfo y también por la ausencia de un concepto claro en

muchas agrupaciones estudiantiles acerca de los objetivos primordiales que uniforma la campaña reformista. Y aunque no nos hacemos muchas ilusiones de los resultados que puedan obtenerse de un Congreso, lo auspiciamos calurosamente, porque acaso en él se reconforte el corazón y se sienta el ánimo como espoliado a proseguir su lucha innovadora.

Se han dado ya los primeros pasos para efectuar el próximo Congreso y, por su parte, la comisión argentina, ha creído que este Congreso americanista, debe realizarse a base de estudiantes e intelectuales de la nueva generación, teniendo en cuenta muy especialmente que sus deliberaciones pueden ser ilustradas con la palabra aleccionadora de algunos de sus maestros vinculados íntimamente a todas sus aspiraciones. Esto ha sido el motivo que ha inspirado a la comisión argentina para proyectar un Congreso de estudiantes e intelectuales de la América Latina con el objeto, lo repetimos, de reunir a todas las fuerzas identificadas en propósitos comunes de ideas culturales.

He aquí el proyecto que la comisión argentina ha sometido a consideración de las federaciones Universitarias y centros de cultura en los distintos países de América Latina.

## CUESTIONES POLÍTICAS

**L**UCHA contra el régimen de las dictaduras implantado en algunos países de Ibero América.

Actitud de los intelectuales de Ibero América que aplauden y propician el régimen de las dictaduras militares.

Orientar las naciones de la América Latina hacia una Federación que garantice su independencia y libertad contra el imperialismo de los estados capitalistas extranjeros, uniformando los principios fundamentales del Derecho, público y privado, y promoviendo la creación sucesiva de entidades jurídicas e intelectuales de carácter continental.

Influencia del Panamericanismo yanqui sobre la cultura y la política iberoamericanas. Repudiación del panamericanismo oficial y supresión de la diplomacia secreta.

Solución arbitral de las cuestiones litigiosas que surgen entre las naciones de Latino América, por jurisdicciones exclusivamente latino americanas.



Lucha contra el militarismo y la política armamentista de los gobiernos de la América del Sur.

Oposición de toda política financiera que comprometa la soberanía nacional y en particular la contratación de empréstitos que consienten o justifiquen la intervención coercitiva de estados capitalistas extranjeros.

Revisión general del concepto tradicional de democracia, de acuerdo con los nuevos principios de la ciencia política.

Lucha contra toda influencia de la Iglesia o de cualquier dogma religioso en la enseñanza oficial o en las instituciones públicas.

Extensión, en todos los países de Ibero América, de la educación gratuita laica y obligatoria.

#### CUESTIONES UNIVERSITARIAS

Generalización y coordinación del movimiento reformista en todas las Universidades de Ibero-América, en su triple aspecto político, pedagógico y social:

Político:—Participación de los estudiantes en el gobierno universitario.

Pedagógico:—Reforma de los métodos y del contenido tradicionales de la enseñanza universitaria, orientándoles hacia un amplio y renovado humanismo.

Social:—Afirmación del principio de la doble función, técnica y social, de la Universidad, considerada como órgano de difusión de la cultura en el ámbito del pueblo.

Elaboración de un Código que contendrá los principios cardinales de la Reforma Universitaria y su estructura interna, y cuya aplicación será promovida en todas las Universidades de Ibero América.

Creación, a estos efectos, de un órgano superior per-

manente que representará a todos los estudiantes de Ibero América, y que será la Federación Universitaria Ibero Americana.

Afirmación del principio de la agremiación estudiantil; medios para llevarla a la práctica en toda Ibero América.

#### CUESTIONES CULTURALES

Afirmación de la idea general de que el problema a que están evocadas las nuevas generaciones americanas, es, ante todo, un problema de cultura.

Las juventudes de América deben propiciar el advenimiento de una nueva cultura, inspirada en los descubrimientos más recientes del pensamiento contemporáneo, frente a la cultura materialista de cuño yanqui y ante la inminente disolución de la cultura europea.

Reacción contra las corrientes de pesimismo intelectual surgidas en algunos grandes centros europeos.

Afirmación del principio y del sentimiento de la nacionalidad, en el sentido cultural y elevado de la palabra, como una manera eficaz y concreta de que los países iberoamericanos lleguen a constituir una personalidad vigorosa, capaz de resistir a la absorción o a la disolución de culturas viejas o de civilizaciones contrarias a nuestro espíritu.

Creación de un órgano intelectual que podrá llamarse Comité Intelectual de la juventud Iberoamericana, que vinculará a los jóvenes intelectuales de esos países, intercambiando y estimulando especialmente las obras de carácter filosófico, económico, literario y artístico que importen una contribución al punto de vista de la cultura americana. Tendrá a su cargo, además, todas las iniciativas culturales que



quiera asignarle el Congreso (fundación de una revista Iberoamericana, organización de próximos congresos, etc.).

Firman este proyecto los miembros de la Comisión Organizadora: Carlos Sánchez Viamonte, Arturo Orzabal Quintana, Andrés D'Onofrio, Manuel Juan Cruz, Pedro A. Verde Tello, Roberto Ortelli y los secretarios del comité, Carlos Américo Amaya y Homero Guglielmini.

### Tribulaciones de un poeta Cartaginés

(SIN COMENTARIO)

Ciudad, 30 Diciembre de 1924.

Señores Redactores de EL TIEMPO. -- Presente

**E**N vista de insistentes publicaciones amparadas por ese diario, véome obligado a dirigirles a ustedes estas líneas en relación a mi poema sobre Ayacucho, eso sin llamar la atención antes a la circunstancia de que la mayor justificación de la medida adoptada por el gobierno es la de ser justamente mi poema la única demostración intelectual que, con motivo del Centenario celebrado, puede el Perú hasta ahora hacer valer en el extranjero. No me interesa sino dejar la constancia, ya que tantas aptitudes y tantos conocimientos en que abunda la intelectualidad nacional han quedado una vez más sin revelarse en algún libro.

Cuando yo de tránsito en Lima, para Buenos Aires, en el mes de marzo del corriente año, fuí invitado por el señor Presidente de la república, y su señor minis-

tro de gobierno, que entonces lo era mi querido amigo el doctor Rada y Gamio, a escribir la Epopeya del Libertador, hube de expresarles que la labor completa me demandaría algunos años (el Poema ha de constar de siete cantos iguales en cantidad y calidad al que acabo de hacer), comprometiéndome a escribir por adelantado el correspondiente a la efemérides de Ayacucho, siempre que se me auxiliara con la suma de diez mil libras (Lb. 10.000). Apoyé mi petición en las siguientes consideraciones: el contrato que me llevaba a Buenos Aires en acuerdo con don Héctor Quiroga me ofrecía un *mínimum* de cuarenta mil dólares, esto es, doce mil quinientas libras peruanas (Lb. 12.500) por cincuenta recitales en la República Argentina de poemas ya escritos por mí y sin obligación de escribir ninguno nuevo. Compromisos pendientes de esa índole me imponían la necesidad de allegarme fondos de alguna importancia. El gobierno resolvió disminuir sin embargo, el auxilio por mí solicitado, concediéndome sólo la suma de siete mil libras. No me fué decoroso entablar discusiones al respecto; y acepté patrióticamente aplazando mis compromisos en la Argentina hasta otra oportunidad, de la misma manera que patrióticamente también no había aceptado las ventajosas propuestas que el empresario señor Angulo me había hecho para Santiago de Chile.

Por manera, pues, que el año que concluye, sin obligación de ningún nuevo trabajo intelectual, tenía asegurada en la República Argentina una suma no menor de doce mil quinientas libras peruanas (Lb. 12.500); y en el Perú, con el trabajo que representa «Ayacucho y los Andes», Canto IV de «El Hombre Sol». (Trazo de una Epopeya Panteísta) he percibido sólo siete mil. He dejado, así, de beneficiarme con cinco mil quinientas libras y tenido que trabajar intelectualmente bastante más que escribiendo artículos



periodísticos sobre política militante de siempre fácil oposición...

No creo que me sea necesario hacer recordar que durante diez y siete años consecutivos dejé de recibir auxilios materiales y morales de mi país, al que nunca dejé en cambio de consagrar filial afecto, ipso sí es bueno hacer constar que en mi propio país no he recibido «hombres y favores» que no haya recibido también en otras partes. Baste saber a este último respecto, ya que los asuntos pecuniarios parecen ser los que más interesan a quienes ampara el diario de ustedes con motivo de la publicación de mi poema, que en mi última gira la Cámara Legislativa del Estado de Bolívar en Colombia puso a mi disposición la suma de mil dólares (dos mil y quinientos soles) para mis gastos personales durante sólo los siete días que permanecí en Cartagena de Indias, y que el Sr. presidente de la república de Venezuela cada vez que asistía a un recital mío pagaba espontáneamente, como precio de su palco, la suma de diez mil bolívares (cinco mil soles). Hágolo constar sin ninguna circunstancia.

Por lo menos se refiere a la edición excepcional que se ha hecho del canto «Ayacucho y los Andes», ha de entenderse que, en los arreglos que tengo celebrados con la «University Society Inc.» he invertido ya cuatro mil de las siete mil libras con que el gobierno auxilió mi trabajo: que el costo de cada ejemplar ha sido el de dos libras peruanas: que en precio señalado a la venta hay que considerar hasta el cuarenta por ciento que debe descontarse en favor de los agentes, libreros, etc., como le consta a la «University Society Inc.»; y que se trata de la edición más artística y mejor presentada que se haya hecho jamás en el Perú y quizás en toda la América. Esto último honra a las Artes Gráficas nacionales;

punto de vista es tal, en que me hubiese de colocar para gastar por mi cuenta y riesgo hasta cuatro mil libras, de que hubiera podido disponer ahora a mi antojo.

En lo que atañe a los dos únicos recitales que he ofrecido al público, conviene también hacer constar que no he deducido provecho de ninguna importancia, para que se hable de especulaciones más o menos fabulosas. En el primer recital cedí gratuitamente al gobierno todos los palcos y las butacas, teniendo que cubrir yo los gastos con las entradas de galería y cazuela, sin obtener más saldo a mi favor que el de sesenta libras peruanas en total. En el segundo recital, los precios fueron puestos al alcance de todos, no siendo los de cazuela mayores que los que las clases pobres suelen pagar por asistir a espectáculos hasta de ínfima calidad artística. Gratuito ofrecí un recital en mi casa habitación a todos los intelectuales y periodistas que se interesaron por conocer mi poema; gratuito lo ofreceré en su local a la institución obrera que me solicite y que yo estime en condiciones propias para ello. Un poema de la calidad del que he escrito — que requiere para ser apreciado tanto de preparación cultural como de buen gusto — no se hace jamás para ofrecerlo en ediciones económicas ni en recitales gratuitos a todo el mundo. El arte no es cosa barata, ni puede ni debe estar al alcance de todos. La edición de la «Vita Nova» con que se celebró el centenario de Dante tiene el precio de veinticinco libras por ejemplar. La estatua de San Martín (que a mi no me gusta) costó al gobierno la suma de doscientos y cincuenta mil soles.

Tengo la conciencia formada de que en el extranjero se hará más justicia que lo que aparece en EL TIEMPO al poema que he escrito y a la edición en que lo presento, como exponente de las artes gráficas de mi país.



Pueden ustedes preparar sus órdenes sucesivamente para Venezuela y Colombia a donde parto en breve, antes de mi viaje definitivo a la República Argentina, en donde prima un criterio sobre Arte bastante distinto del que ha sido amparado por EL TIEMPO de Lima, a juzgar por la rivalidad cablegráfica con que «La Nación» y «La Prensa» de Buenos Aires solicitaron publicar justamente mi poema a cualquier precio.

Lamentando que no puedan ustedes ocuparse de ningún otro libro que, como exponente intelectual del Perú en el Centenario de Ayacucho, que valiera la pena más que el mío de llamar la atención pública, me suscribo de ustedes como siempre atto. compatriota y S. S.

JOSE SANTOS CHOCANO.

Lima - Perú.

## Universitarias

### Mensaje de los estudiantes búlgaros

A LA FEDERACIÓN UNIVERSITARIA ARGENTINA

Nuestro cónsul general en Bulgaria, señor Alberto Candiotti, dió con el mejor de los éxitos una serie de conferencias en la Universidad de Sofía, acerca de cuestiones de política americana que ha encontrado el más simpático eco, principalmente entre los estudiantes búlgaros, quienes se han sentido impulsados por la palabra de nuestro cónsul, exteriorizándonos sus deseos de acercamiento espiritual por medio del mensaje que complacidos publicamos. Es obvio que nos adherimos al sentimiento que informa el referido mensaje, ya que viene, en muy buena hora, a concretar un sentimiento general de los estudiantes argentinos que buscan un acercamiento entre sus compañeros de todos los países.

Pueden tener la seguridad los estudiantes búlgaros, de que SAGITARIO acoge entusiastamente la idea de ingresar a la Confederación Internacional de Estudiantes, y procurará que nuestra Federación Universitaria lo solicite cuanto antes, a fin de que colaboremos juntos en un programa de acción común.

**Q**UERIDOS compañeros: Respondiendo al llamado que el Cónsul General de la República Argentina dirigió a los estudiantes búlgaros en la última de sus conferencias sobre la *Historia del progreso de la América Española*, dadas en la Universidad en nombre de la Organización General de los estudiantes búlgaros «Christo Boteff», nos consideramos felices de poder dirigiros este mensaje, para expresar nuestro deseo de unir en amistad a los estudiantes de la República Argentina y de Bulgaria.

Conforme a los amplios principios de nuestro programa, la organización tiene principalmente como fin: entrar en relaciones con todas las organizaciones análogas; encontrar una base, sobre la cual se podrá crear en el porvenir lazos inalterables y perpetuos de amistad, y todas las posibilidades de una *entente* entre la juventud universitaria búlgara y la de los otros países.

De acuerdo con estos principios, apreciamos infinitamente los nobles esfuerzos del señor Candiotti, tendientes a aproximar los pueblos argentino y búlgaro. Y con mayor razón, dado que el señor Candiotti, inspirado por este deseo, nos pinta su pueblo con rasgos semejantes a los del pueblo búlgaro. Vemos por sus palabras que la Argentina y Bulgaria están idealmente ligadas en su pasado por luchas parecidas de liberación nacional, por esfuerzos iguales para el desenvolvimiento espiritual, moral e in-



lectual. Todo esto fortifica nuestra esperanza de que en el pasado de los dos pueblos — un pasado de trabajo y de abnegación por la patria — se encontrará el punto de contacto de las juventudes argentina y búlgara que están guiadas e inspiradas por los mismos ideales, por las mismas aspiraciones hacia el progreso que se ve en el próximo porvenir.

Creemos también que la admiración y la simpatía que el señor Candioti nos asegura tener íntimamente por el pueblo búlgaro, no os serán extraños, y que ellas serán la expresión de los sentimientos amistosos que tendremos los unos para los otros.

Todo esto nos lleva a acoger con el mayor entusiasmo la idea de estrechar las relaciones intelectuales directas con la juventud universitaria argentina y de extenderles una mano amiga para unirnos en un trabajo común por la paz y la amistad internacionales.

Consideramos que es necesario que sepáis que Bulgaria es miembro de la Confederación Internacional de Estudiantes (C. I. E.), que une a los estudiantes de todos los países. Nos agradaría ver como miembros de esta Confederación a nuestros amigos y colegas lejanos del otro lado del Océano. Si vosotros os decidís a entrar en la Confederación, podéis dirigiros a los estudiantes búlgaros, pues será uno de los deberes más agradables para nosotros el de presentaros, a fin de que seáis admitidos como miembros titulares en la Confederación Internacional de Estudiantes.

Estamos persuadidos de que acogeréis con simpatía nuestro deseo de inteligencia que será el primer paso para acelerar la realización de la paz y el acuerdo internacional y para acrecentar el progreso espiritual y material de los pueblos lo que debe cons-

tituir el gran ideal de la juventud de todas las naciones.

Estudiantes de la Argentina, salud!

Firmado: Presidente, LOUBOUTOFF; Vicepresidente, YANAKIEFF; Secretario, SOKEROFF.

Sofía, Febrero 23 de 1925.

\*  
\* \*

Buenos Aires, Abril 29 de 1925.

*Al Señor Presidente de la Universidad Nacional de La Plata:*

He tenido conocimiento de que el Consejo Superior acaba de resolver que, en lo sucesivo, las ternas para la provisión del profesorado universitario se votarán secretamente. Mi concepto sobre la gravedad del acuerdo condúceme necesariamente a esta presentación. A mi juicio lo dispuesto afecta principios esenciales en cuya virtud esa Universidad, con las demás del país, fueron renovadas.

Si en un solo principio se resumieran todos los que sustentamos al fundamentar la Nueva Universidad Argentina, ese sería el de la responsabilidad. Dijimos que la Universidad habría de llamar en adelante las cosas por su nombre y realizaría sus actos a la luz del día, para que cada cual fuese responsable de su cometido.

El acuerdo tomado anula toda responsabilidad de los comitentes en el acto más importante que la Universidad realiza: la elección del profesor, órgano vivo de la enseñanza. Ninguna función electiva más esencial ni trascendente. Toda la organización allí con-



curre ordenada y dispuesta para garantizar su eficacia y su limpieza. Si la Universidad ha de ser escuela, ese acto debe ser prestigioso y ejemplar. Prestigioso para que la honre y ejemplar para que aleccione. Así, los hombres en cuyas manos se deposita aquella función, asumen al desempeñarla una actitud de responsabilidad excepcional. Nadie podría desobligarlos, ni menos garantizar la impunidad de la injusticia en el secreto, ni tampoco amparar la debilidad que es cobardía, u obligar se oculte la justicia que a la luz cobra su valor y fructifica.

Véase qué podría acontecer si tuviera lugar de este modo estrictamente reglamentario la elección indebida de un profesor por la Universidad. La mayoría de los consejeros, miembros del cuerpo técnico respectivo, independientemente de toda cuestión de títulos, méritos o aptitudes, sin fundamentar el por qué y sin posibilidad de alegato en contrario, proponen una terna de complacencia, en la irresponsabilidad total que les acuerda el secreto. En la misma forma, conceden complacientemente una determinada preferencia, destinada a hacer fé ante el Ministerio de Instrucción Pública. La terna así formada pasa al Consejo Superior y cualquiera sea la observación formal que cupiera, no podrá hacerse por los consejeros ya que — si se es consecuente con el principio que informa la ordenanza — la votación deberá ser secreta y podrá triunfar la tendencia favorable a una aceptación injusta.

Considero de tal importancia este hecho de la elección secreta del profesor que creo podría bastar por sí solo para frustrar las conquistas de fondo alcanzadas, y tal vez llegar a subvertir la nobleza y la propia dignidad de la vida universitaria.

Como tales propósitos no pueden haber sido los del Consejo Superior, abrigo la esperanza de que habrá

de volver a considerar este asunto y si fuera necesario habrá de decidir una consulta a los cuerpos académicos o al docente, antes de resolver en definitiva. La propia manera sumaria con que se tomó el acuerdo, sin antecedentes que no fueran la práctica en contrario de todos los cuerpos directivos de la Universidad, la propia decisión unánime, con el voto explícito o tácito de la totalidad de los miembros presentes, es indicio cierto de no haberse previsto lo suficiente sobre la trascendencia posible de una decisión tan fundamental.

La deferencia del Consejo Superior hacia la opinión de un distinguido profesor en este asunto, ha allanado la vía para que el profesor que suscribe pueda acudir al cuerpo solicitando la medida que deja indicada.

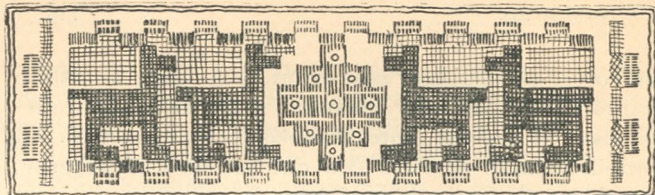
Saluda al señor Presidente con toda consideración.

GABRIEL C. DEL MAZO

Ex Presidente de la Federación Universitaria Argentina







## Noticias

### Las revoluciones Hispano-Americanas

Deseando contribuir a la más amplia difusión de este notable documento, que en forma tan cabal revela el espíritu de América, ofrecemos a nuestros lectores la conferencia que el ilustre escritor B. Sanín Cano pronunciara en la Unión Ibero-americana de Madrid.

*Señor Presidente. Señor Embajador, Señoras, Señores:*

DEBE empezar esta corta disertación dando las gracias al señor Márques de Figueroa, que ha tenido la amabilidad de invitarme a conversar con ustedes por unos momentos sobre asuntos americanos. Al mismo tiempo, debo darles gracias también a los Representantes diplomáticos de la América del Sur, que han tenido la amabilidad de asistir a esta conferencia, y aunque estoy convencido de que no llegaré en ningún caso a satisfacer la expectativa de los presentes, no por eso es menor mi agradecimiento. Sin embargo, debo prevenir a los presentes: la UNION IBERO AMERICANA, como ustedes lo saben, se ha distinguido siempre por sus sentimientos humanitarios; pero en esta ocasión me parece que ha derogado la fama que sobre ella han aglomerado los años. Llamarse a un cierto número de personas y colocarlas en una sala que no tiene más que tres salidas para escuchar a un mal orador, no es precisamente una señal de humanitarismo...

El título de esta conferencia es "Las revoluciones hispano-americanas"; hubiera querido poner: "Las revoluciones hispano-americanas y Europa"; pero resultaba el título demasiado largo con apariencias de título de novela romántica de 1848. Por esa razón no he dicho más que "Las revoluciones hispano-americanas"; pero necesito comparar las revoluciones hispano-americanas con el sistema político europeo desde 1800 hasta 1900. Naturalmente, que en esa comparación España no entra.

En concepto de Napoleón, Africa comenzaba en los Pirineos. Teniendo presente el origen de la frase histórica no hemos de comentarla; porque "cada uno habla de la feria como le va en ella". No; España no es Africa, ni tampoco Europa; España es una nación hispano-americana. Por consiguiente, la comparación que voy a hacer entre Europa y América no se refiere en absoluto a España.

Una de las cualidades esenciales del espíritu humano es la capacidad de asociar las ideas distintas, capacidad que está al alcance de todo el mundo. Es el recurso fundamental de los poetas, y un ejercicio mental del que no escapan ni siquiera los niños. Pero hay otra cualidad del espíritu humano, mediante la cual logramos disociar las ideas, empresas menos frecuente y mucho más difícil. Esta noche voy a hacer, si me acompañan ustedes, un ejercicio de disociación de ideas. Las ideas que vamos a disociar son éstas: las revoluciones y las naciones hispano-americanas.

En Europa, desde el mismo momento en que se usa la palabra Hispano-América acude a la mente de la persona que la oye pronunciar la idea de revolución; y desde que se dice revolución acude también a la memoria de la persona que oye pronunciar esa palabra el nombre de Sudamérica. El trabajo de disociación de las ideas, como he dicho, es muchísimo más difícil que el trabajo de asociarlas.

Si todos los cuerpos blancos fuesen duros y todos los cuerpos duros fuesen blancos, seguramente que el espíritu humano no habría logrado todavía hacer la diferencia entre los conceptos de dureza y blancura. Hay un animal muy inteligente, más inteligente que el hombre, porque ha resuelto el problema social y el problema sexual, que todavía no ha podido resolver la civilización contemporánea. Este animal es la abeja.

Pues la abeja, con toda su inteligencia no ha podido separar dos conceptos: el de fluidez y el de transparencia. Una abeja sube y baja durante días enteros por un vidrio incoloro, imaginándose que, siendo transparente, debe ser fluido, como es el aire. En su larga historia de conquistas sociales la abeja no ha logrado disociar esas dos ideas. Yo espero de ustedes que me ayudarán esta noche a disociar las ideas de Sudamérica y las revoluciones.

He dicho que el hombre es menos inteligente que la abeja, y habrá, indudablemente, entre los presentes algunas personas que encuentren exagerado este concepto. No voy a hacer una disquisición sobre Historia Natural; pero sí voy a hacerla sobre la discreción natural en el espíritu humano.

El hombre ha hecho la clasificación de las especies animales, y ha comenzado por llamarse *homo sapiens*. Estoy seguro de que si el asno, por ejemplo, hubiera hecho la clasificación de las especies animales no habría comenzado por decir *asinus sapiens*. Y seguramente, si nosotros supiéramos que ese animal había hecho la clasificación sonreiríamos cuando lo oyéramos llamar con ese nombre. Una naturalista que estudia las abejas y las hormigas con mucho interés ha propuesto que se cambien los nombres científicos del hombre y de la hormiga, y que se llame al hombre *homo immoralis semi-sapiens*, y a hormiga, *formica sapiens*. Este nombre me parece más discreto que los que hicieron la classifica-



ción de las especies animales, con Linneo, y escogieron el título de *homo sapiens* para el género humano. En el curso de esta conferencia hemos de ver que no siempre en las relaciones de unas razas con otras el hombre está a la altura del nombre científico que le diera la clasificación de Linneo.

Entre 1870 y 1880 empezó la prensa europea a distribuir mañosamente la especie de que las Repúblicas americanas de origen español eran el hogar de las revoluciones, que allí la vida, por esa razón era un tormento. Las disquisiciones de los periódicos de esos tiempos vinieron a dar por resultado que nos llamaran a todas las Repúblicas, desde Méjico hasta la Argentina, "las Repúblicas del Trópico", y cuando querían dar una idea de anarquía, de violencia innecesarias o de derramamiento de sangre por razones de poca monta se citaba a las Repúblicas americanas.

Voy a leer unos párrafos del *Times*, de Londres, del año 1914, que no dejarán duda sobre la idea que tenía Europa entonces de lo que eran las Repúblicas americanas. Decía el *Times*:

"En Perú, en Bolivia, en el Paraguay, en el Ecuador, en Venezuela..., en otros países americanos, los actuales ocupantes del suelo tendrán que desaparecer gradualmente y descender a aquella condición inferior que su flaco temperamento les marca como destino.

De la prensa y de los labios de la gente maleante esta idea ha pasado a las obras científicas, y ha tenido dos protagonistas especiales en Europa: el uno, el doctor Benjamín Kidd, en Inglaterra; y el otro, Gustavo Le Bon, sabio más conocido, a quien los periodistas solemos citar con muchísima frecuencia en las gacetas y hasta en los artículos de fondo.

Antes de discutir las teorías de Gustavo Le Bon, será bueno hacer presentes todos los campos de la actividad humana por donde se ha difundido su ubieua inteligencia: el señor Gustavo Le Bon ha escrito sobre la Psicología de las multitudes, sobre la Psicología del Socialismo, sobre el humo del tabaco, sobre la equitacion, sobre las religiones de la India, y, sin agotar el curso de sus estudios, ha preparado también una obra que se llama *La evolución de la materia* en que trata de probar que las corrientes eléctricas no son otra cosa que materia en estado de disociación. Este señor nos ha hecho el favor a los sudamericanos de estudiar también nuestra vida política y clasificarnos en el grupo determinado en la gran familia de las naciones.

Su definición de las Repúblicas americanas es bastante gráfica y significativa. Dice así: "Se sabe en qué estado de miserable anarquía viven todas las Repúblicas latinas de la América — esto era escrito por el año 1892 —; revoluciones permanentes, dilapidación completa de las finanzas, desmoralización de todos los ciudadanos y, sobre todo, del elemento militar". De modo que no hay salvación. Son todas las Repúblicas las que viven en estado de miserable anarquía, y somos todos los ciudadanos de esas Repúblicas los que estamos completamente desmoralizados. Ahora, las revoluciones son permanentes, como si tal cosa fuera posible, y la dilapidación de los tesoros de las Repúblicas, completa. Que un hombre que se llama hombre de ciencia y que tiene el título de doctor use esta clase de lenguaje en una obra científica no deja de causar adecuada sorpresa. Ni aún los periodistas, gremio

a quien se le hace con frecuencia el reproche de irresponsable, nos atrevemos a poner esta clase de epítetos cuando abordamos un tema con la debida seriedad.

Pues los libros de Benjamín Kidd y de Gustavo Le Bon eran el evangelio de las personas que desde 1870 hasta fin del siglo hacían la anatomía de las Repúblicas hispano-americanas; y todavía, porque el valor de la Prensa es tan considerable y la letra puesta sobre el papel jamás desaparece, todavía hay muchas personas que para hablar de la América del Sur van a buscar los libros de Kidd y de Gustavo Le Bon.

Como resultado de las ideas de estos expositores vino, en esa misma época, aquella entretenida teoría, por no darle otro nombre, según la cual el hombre blanco tenía sobre sus hombros una carga que la Providencia le había colocado y de la que no podía librarse: era la carga de civilizar a las razas que no eran de color blanco. Y esta teoría filantrópica no habría estado expuesta a ningún género de objeciones si no hubiera sido porque el hombre blanco se clasificaba a sí mismo. Cuando el europeo vino a clasificarse a sí mismo, colocaba como hombres blancos a los ingleses, a los franceses, a los alemanes, tal vez a los suecos; el resto del Universo eran gentes de color. Y esos cuatro países, incluyendo a los Estados Unidos, que vinieron a penetrar en el grupo un poco más tarde, estaban destinados por la Divina Providencia a sojuzgar a las otras razas para enseñarles el camino de la civilización.

Ahora, ¿quiénes eran las gentes de color? Las gentes de color eran: 400 millones de chinos, que tienen una civilización muy anterior a la civilización que han implantado los hombres blancos, por lo menos hasta donde alcanzan los recuerdos de la Historia; eran el Asia sagrada, el Africa tenebrosa y, desde luego, toda América. Estos pobres hombres blancos habían echado sobre sí el gravamen extraordinario de cargar con las culpas de los hombres de color y de enseñarles el camino para salvarse y para salvar la civilización.

Respecto a la necesidad de ilustrar y salvar a los chinos quiero referir con permiso de la concurrencia, una frase de Bertrand Russell en una conferencia que daba en Londres al llegar de un viaje a la China, muy prolongado, que había hecho precisamente con objeto de venir a dar conferencias en Londres sobre los resultados de sus exploraciones. Bertrand Russell, como sabe muy bien el auditorio, es, sin duda alguna, el matemático más notable que tiene Inglaterra, y en estos momentos uno de los filósofos más penetrantes y más originales de Europa. Pero, por un fenómeno muy común en estos tiempos, después de fatigarse en el estudio de esas disciplinas, ha venido a comprender que eso es inferior a las necesidades del espíritu humano y se ha entregado por completo al estudio de la psicología de su mismo pueblo y de los pueblos distintos de Inglaterra. Cuando regresó de China le invitaron a que diera conferencias sobre las experiencias que había hecho y sobre los conocimientos que había adquirido con los chinos, y dió una serie de ellas — ocho o diez —, a la última de las cuales tuvo el gusto de asistir. Al acabar esta conferencia, la señora que presidía se levantó y propuso a los que estaban presentes que se empezara una suscripción para establecer un fondo co-



pioso con el cual se pudiesen mandar chinos a estudiar a Europa, y rogó al señor Russell que diera su opinión sobre ese concepto. El señor Russell dijo: "Señora: creo que la recolección que se va a hacer con el objeto a que usted se refiere es profundamente saludable, pero está invertida. En vez de gastar esas grandes cantidades de dinero que se van a comenzar a recoger esta noche para traer chinos a estudiar en Europa, yo propongo que se usen para llevar ingleses a estudiar a la China"; y la concurrencia estalló en uniforme carcajada. Entonces el señor Russell, con una seriedad netamente británica, dijo: "Señores he visto que las ocho conferencias que he dado sobre la China han sido tiempo perdido, porque cuando ustedes se rien de lo que acabo de decir, es que no han comprendido absolutamente cuál es el objeto de mis conferencias".

De modo que, en concepto de una mente tan avanzada como la de Russell, la idea de que el hombre blanco de Europa vaya a enseñarles a los chinos es una cosa tan justificada y tan legítima como el hecho de que los chinos viniesen a Europa a enseñarnos también su civilización. Pues una cosa semejante pasa con América, aunque no en forma tan marcada como en el caso de la China.

De esta división del género humano en gentes de color y gentes descoloridas ha nacido la leyenda de que los pueblos que habitan las dos Américas, excepto los Estados Unidos y Canadá, son pueblos sumidos en la barbarie, por causa de las continuas revoluciones, y esto, que no estaba fundado en los hechos, se distribuyó por Europa y por los Estados Unidos durante mucho tiempo, porque los individuos que distribuían esa opinión necesitaban que se hiciera popular con el objeto de justificar, más tarde o más temprano, sus ambiciones sobre ciertas regiones del Continente.

Vamos a estudiar la primera leyenda.

Es verdad que en América hubo revoluciones frecuentes durante todo el siglo XIX; pero, ¿era América la sola parte del planeta en donde los hombres se entregaban a esa clase de entretenimientos? Tomemos por ejemplo uno de los países más civilizados del globo, una de las naciones cuya desaparición habría de constituir la pérdida más grande para la Historia de la civilización. Comenzaremos por recordar el año de 1793, cuando se estableció el Directorio. Acababa una revolución y empezaba otra; desde 1799 hasta 1870 las revoluciones se sucedían con ritmo histórico. Caía un Imperio, y venía una Monarquía; caía una Monarquía, y la reemplazaba otra más flamante, que se llamaba la Monarquía burguesa, y venía la República, con el modesto apelativo de Segunda. El mismo que era presidente de la segunda república daba un golpe de Estado y cambiaba el sistema, o a lo menos las formas, creando el Segundo Imperio, y ese Imperio caía con una revolución de los republicanos en el año 1870, que empezaron su vida revolucionaria reprimiendo la intentona comunista.

Si nos ponemos a contar, en una república americana, las verdaderas revoluciones que ha habido, encontraremos tantas como hubo en Francia, y, sin embargo, nadie ha dicho nunca que Francia fuera el hogar de la anarquía y que las revoluciones continuas hicieran allí la vida imposible y la convirtieran en un tormento.

La severidad de las naciones europeas con Sudamérica por causa de las revoluciones es simplemente una falta de perspectiva.

Si vamos a estudiar la razón por qué, desde 1870, desapareció en Francia el régimen de las guerras civiles quinquenales hemos de encontrar que cesaron porque se cambió en Europa el sistema de las revoluciones por otro que, aunque de apariencia más seria y más grave, salía tan costoso como las revoluciones americanas, si acaso no lo era mucho más.

El año de 1862 entraba Bismarck a ser Ministro del Rey de Prusia, y lo primero que hizo fué dar los decretos necesarios para la fundación de un ejército permanente. Las personas que estaban alrededor de Bismarck y que en ese momento estudiaban la situación de las demás naciones europeas, le observaron que no se comprendía el objeto que se proponía con un ejército de esa magnitud. Rusia es nuestra amiga, le decían; de Austria no hay que temer; Francia tiene sus problemas internos y no se prepara para la guerra; y Bismarck, que había comenzado su política en los años 1848 y 1849, cuando se desencadenó sobre Europa la revolución social, contestó a los que le hacían objeciones: "Señores: No voy a fundar ese ejército permanente para defenderme de Rusia ni para atacar a Austria, ni con planes de dominio sobre Francia: voy a crear un ejército contra la democracia"; y, en efecto, ese ejército sirvió para tener a raya a los individuos que Bismarck llamaba demócratas, en Prusia. Pero como las naciones limitrofes aún no tenían terribles democracias para justificar la fundación de un ejército tan poderoso, aquello era una amenaza para todas las naciones vecinas de Prusia, que, al darse cuenta del cercano peligro, comenzaron a armarse. De ahí vienen los que se llaman cincuenta años de paz armada. Debajo de ese sistema forzosamente habían de acabar las revoluciones, porque, aunque el hombre no es un animal inteligente, si sabe, por instinto, acomodarse a las circunstancias. El instinto le hizo presentir que no podía haber revoluciones en un país en donde la fuerza armada era tan considerable que lograría, en un momento determinado, acabar con cualquier clase de disturbios. Pero Bismarck y los individuos que imitaron a Bismarck hicieron mal el cálculo, porque no llegaron a considerar que ese ejército permanente, esa paz armada, llevaba en sí los gérmenes de la destrucción total. En efecto, después de 1914 hemos estado contemplando que los ejércitos son los que han hecho la revolución en Alemania; es el que ha hecho la revolución en Hungría, dos veces, en Baviera varias veces; es el que ha hecho la revolución en Grecia y en Turquía. Aunque no lo parezca, son los militares los que han hecho la revolución en Italia, porque los facistas no eran otra cosa que un ejército desmovilizado que no se conformaba con la desmovilización.

Vamos a ver, de estos dos sistemas, del sistema de las revoluciones continuas y del sistema de la paz armada, cuál viene a ser el más oneroso.

No puedo hablar del costo de las revoluciones armadas en Sudamérica porque las estadísticas no se llevaban entonces y la historia de ellas no está escrita todavía. Es difícil andar a la caza de datos a una distancia como la en que nos encontramos. Pero conozco mi país, he estudiado su Hacienda, porque he tenido la... — no sé cómo calificarla —; dejara yo el descuido de dejar-



me asir del Presidente de la República alguna vez y encargarme de dirigir la Hacienda de mi país. Por esa razón puedo dar algunos datos sobre lo que han costado las revoluciones en Colombia. Naturalmente, las cifras no son exactas; es imposible calcularlas, porque las estadísticas no han empezado a organizarse sino en el curso de los últimos veinte años; pero haciendo cálculos hemos llegado a la conclusión de que, en Colombia, todas las guerras civiles, incluyendo la de la independencia, costaron 22 millones de libras esterlinas. Son diez y nueve las naciones americanas de origen hispano o portugués. Colombia no es de las naciones más grandes ni tampoco de las más pequeñas; se la puede, por tanto, tomar como término medio; aceptando ese término medio, las revoluciones en América han costado, en el siglo XIX 418 millones de libras esterlinas, una cifra formidable, que puede compararse con la que gastaban las naciones aliadas durante la última guerra en cuatro semanas. Nosotros necesitábamos un siglo para disponer de esa cantidad en nuestras orgías revolucionarias.

Ahora vamos al saldo moral. Por consecuencia de las guerras civiles, continuas en aquellos países, el sentimiento del patriotismo, en vez de exaltarse, sin llegar a desaparecer, vino a morigerarse; cosa muy natural, porque, estando los hombres en lucha continua con sus propios conciudadanos, tienen menos tiempo de odiar a los que están del otro lado de las fronteras. De modo que el patriotismo en aquellos países hubo de debilitarse, y esto, que parece una cosa monstruosa, ha sido, todo lo contrario, una gran ventaja; porque mediante ese eclipse parcial del patriotismo ha sido posible echar las bases de la fraternidad continental.

Voy a poner algunos ejemplos prácticos: En Venezuela y en Colombia hubo frecuentes revoluciones en el siglo XIX. Resultado de ellas era que, con muchísima frecuencia, los colombianos que pasaban al otro lado de la frontera, aún sin nacionalizarse allí, tomaban parte en la vida política de Venezuela, y puede señalarse el caso de Diógenes Arrieta, que, saliendo de Colombia, va a vivir a Venezuela, donde andando el tiempo es elegido senador de la República sin sorpresa ni estupefacción de nadie.

Habréis oído hablar indudablemente de Antonio Guzmán Blanco, mandatario venezolano que se hacía llamar ilustre americano de sus contemporáneos. El padre de Guzmán, D. Antonio Leocadio Guzmán, con motivo de las revoluciones de Venezuela, vino a Colombia, y su nombre figuró firmando la Constitución de 1863, una de las Constituciones más liberales que se han dado en América y que, si se hubiese cumplido, habría sido prez y honra del género humano. D. Antonio Leocadio Guzmán, firmando la carta fundamental de Colombia en 1863, no había dejado de ser un ciudadano de la República de Venezuela.

Don Andrés Bello, nacido en Venezuela, hombre de letras y conocido como uno de los primeros filólogos de la América del Sur, vino, con motivo de la guerra de la independencia, a dirigir en Londres los negocios de la revolución venezolana. Terminada la guerra de la independencia, fué a vivir a Chile, donde influyó en situación modesta, pero de modo considerable, en las relaciones exteriores de la naciente república. Comprenderían ustedes que el señor Poincaré, por ejemplo, estuviera de miembro de la Cámara de los Comunes en Inglaterra? ¿Sería posible que

Lloyd George viniera, en una elección popular de Alemania, a figurar entre los diputados del Reichstag?

Estas son cosas que suceden en tierras americanas y sobre las cuales se basa la confraternidad del Continente.

Además, hay que señalar el balance moral de las guerras civiles en Hispanoamérica. Hay tres principios virtualmente incorporados en nuestro derecho público americano que seguramente no formarían parte de nuestra conciencia cívica si hubiéramos vivido en guerras internacionales. Son estos tres principios los formulados en diversas épocas por estadistas argentinos: 1.º, la victoria no engendra derechos; 2.º, no puede emplearse la fuerza para cobrar deudas internacionales; 3.º, América no es solamente para los americanos: América es para la Humanidad.

¿Dónde estarían, pregunta el inconforme, esos países de la América Ibero, si en vez de haber gastado sus riquezas y sus energías inútilmente en hacer revoluciones, hubiesen dedicado todo su esfuerzo a las labores de la paz? Y yo diría que verdaderamente habríamos adelantado, como dice Vital Aza, una barbaridad.

Pero me permito observar a mi turno: La guerra de los cuatro años ha costado, sin contar la destrucción de las propiedades, simplemente en dinero — no diré en dinero acuñado, porque no habría metal suficiente para acuñar esas cifras, sino en dinero inventado y puesto en forma de papel —; la guerra de los cuatro años ha costado 24.000 millones de libras esterlinas. ¿Podríamos nosotros imaginarnos las cosas que habrían podido hacer los países beligerantes si hubiesen destinado esa suma fabulosa al saneamiento del valle del Amazonas, a hacer cultivos en la Patagonia, a encadenar y distribuir la fuerza eléctrica que puede producirse con la corriente del Tequendama y de toda esa innumerable red de ríos que se precipitan desde los Andes al Océano Atlántico?

Ahora bien, es necesario tener presente que no siempre la paz continua da mejores resultados que la revolución. A ustedes se les va a figurar que estoy haciendo la apología de la revolución. Es cierto que he sido revolucionario; pero con el andar de los años se cura el hombre de esos achaques. No es mi ánimo hacer la apología de la revolución; pero hay algo que merece ser estudiado para probar que el hombre blanco, aún en plena paz, hace una obra inferior a la que hace el llamado por el hombre blanco hombre de color.

Desde el siglo XVIII posee Inglaterra en la América del Sur, una faja de tierra riquísima, tan asombrosamente fértil y rica, que Sir Walter Raleigh, el favorito de la reina Virgen, perdió su salud, su tranquilidad y acaso su vida por conquistar para la corona de Inglaterra esa privilegiada comarca. Están establecidos allí los ingleses hace tres siglos y viven en completa paz; no se han permitido el lujo de una sola revolución.

Voy a comparar esa faja de tierra, que se llama la Guayana Inglesa, con la República de El Salvador, y me place que esté presente el representante diplomático de aquella República, a cuya memoria y benevolencia me recomiendo en esta coyuntura.

La Guayana inglesa es una extensión de 230.000 kilómetros cuadrados y tiene una población de 350.000 habitantes, un habitante por kilómetro cuadrado. Gasta en las escuelas públicas la



Guayana inglesa 70.000 libras esterlinas al año y tiene 35.000 estudiantes. La República de El Salvador es una República eminentemente volcánica, y se habla de ella como de una tierra sinceramente revolucionaria. Esta República, en vez de los 230.000 kilómetros cuadrados que tiene la Guayana inglesa, no tiene más que 21.000, en los cuales viven 1.330.000 o según las cifras de hace cinco años. Comparad esas cifras con la de 350.000 habitantes que tiene la Guayana inglesa y ved si hay diferencia. Además, los habitantes de El Salvador han construido 340 kilómetros de ferrocarril mientras que en la Guayana inglesa no hay más que 150. En El Salvador hay 63 habitantes por kilómetro cuadrado, un índice de población casi comparable al de Francia. El Salvador ha vivido en continuas revueltas, según el decir de la historia que se escribe en Europa sobre América del Sur; y, por el contrario, en la Guayana inglesa la paz ha sido inalterable. Sin embargo, ya ven ustedes la comparación entre las dos civilizaciones.

En la América Iberoamericana hay dos clases de revoluciones. Voy a hacer sobre ellas algunas consideraciones, aunque es muy difícil fijar sus causas, porque son distintas según el país y según la parte del mundo a que cada país pertenece. Puede decirse que todas las guerras civiles tienen su origen en una injusticia y que todas las revoluciones artificiales no nacen generalmente en el mismo país donde se desenvuelven, sino que viene de un país extraño. Las revoluciones artificiales eran harto frecuentes entre nosotros y solían organizarse en Nueva York o en Washington. Claro está que de esas revoluciones nosotros no somos responsables. Hay una ley que se ha formulado últimamente y que no parece estar en contradicción con los hechos. La fórmula es ésta: La frecuencia de las revoluciones sudamericanas está en relación directa con el cubo de la distancia de cada país a los Estados Unidos. Mientras más cerca queda un país de los Estados Unidos mucho más frecuentes son las revoluciones, y el caso de mi país es característico. Colombia fué un país eminentemente turbulento. Tenía un istmo que era codiciado por Inglaterra y por los Estados Unidos, y también por Francia, porque consideraban que por ese istmo algún día se abriría un canal y que ese canal vendría a ser el centro del tráfico del universo, como en efecto lo ha sido. El Gobierno de Colombia cedió a una Compañía americana el derecho a hacer un ferrocarril a través del istmo, y desde ese día la tranquilidad dejó de existir en esa faja privilegiada de territorio. Vivían allí de ordinario muchas gentes procedentes de los Estados Unidos, y las revoluciones se sucedían como las fases de la luna. Es de notar que casi todas estas asonadas empezaban o acababan en Panamá. El año 1903, como resultado de manejos que no puedo detenerme a clasificar en este momento, los panameños, ayudados por el Gobierno de Washington, se separaron de Colombia, que vive desde entonces en completa paz. En 1922 se ha celebrado allí el vigésimo aniversario de la paz, de una paz octaviana. Ya ven ustedes cómo la ley a que me refería anteriormente no es una mera fantasía.

Se cuenta que examinaban a un chico de escuela en los Estados Unidos sobre la geografía de su país. Era el tiempo en que ocurría el escándalo de Chicago, por consecuencia de que se ha-

bían encontrado en latas de carnes conservadas algunas medallas y hebillas que parecían procedentes de collares de perros. Preguntado este chico cuáles eran las industrias principales de los habitantes de los Estados Unidos, contestó con una tranquilidad digna de mejor suerte: "La industria principal de los Estados Unidos es la producción de alimentos higiénicos y de revoluciones sudamericanas".

Otra diferencia substancial entre las guerras civiles iberoamericanas y las guerras europeas internacionales se hace presente en el sedimento moral que es su consecuencia. En Iberoamérica las guerras civiles o revoluciones dejan un horror benéfico a ese género de luchas, cualesquiera que sean las conquistas, en punto a libertades y derechos, alcanzados con tamaño esfuerzo. En las vecindades de Bucaramanga, próspera ciudad colombiana situada en las llanuras levemente onduladas del valle de Lebrija, tuvo lugar en 1900 una terrible batalla, que sorprendió al mundo por ser acaso la primera entre las modernas que llegó a durar hasta diez y siete días. Sin tiempo los revolucionarios ni los legitimistas para enterrar a los muertos, quemaron algunos cadáveres y abandonaron los otros a la voracidad de las aves rapaces o de bestias carniceras que abundan en esas regiones. Terminada la guerra, aquellos campos blanqueaban con el lívido aspecto de las osamentas humanas. La piedad de los habitantes de esas comarcas recogió los huesos de los soldados en una sola y altísima pirámide, que ha sido cubierta con un techo pajizo para que la intemperie no la destruya. Ese monumento se conserva como una lección de historia. Las madres llevan a sus hijas a contemplar esa ignominia y a mostrarles el error y la abominación de la guerra. El pasajero que transita por esos lugares tuerce el rostro avergonzado y apresura el paso como para desechar tristes memorias de pasados horrores. En Iberoamérica tenemos el valor de reconocer nuestro error y no escondemos el remordimiento que nos inspira el recuerdo de nuestras luchas.

En Europa, las guerras dejan el culto de los héroes. Las naciones levantan pesados o esbeltos cenotafios, graban en mármol o en bronce los nombres de los muertos, construyen majestuosos arcos de triunfo y encienden a su sombra lámparas votivas para señalar la tumba del héroe desconocido.

Noto que he fatigado la atención del auditorio por mucho más tiempo del que me imaginaba, y voy a terminar. Volvamos al símil del cristal y de la abeja. El patriotismo mal entendido; el nacionalismo exagerado y amenazante; las preocupaciones radicales y el odio de tribu, foman un conglomerado sólido pero transparente para la mirada del filósofo; importa hacer fluída esa masa enorme, fundiéndola al calor del análisis y de la generosidad de nuestros sentimientos para que desaparezcan las causas de las guerras civiles como internacionales. Que sea la UNION IBERO-AMERICANA, con su pasado glorioso, el núcleo de una desinteresada sociedad de naciones unidas por la igualdad de derechos, por el reconocimiento adecuado de deberes correlativos y sobre todo por una misma aspiración hacia el establecimiento de la paz definitiva por medio de un común ideal de justicia.



## A Gabriela Mistral

SANTIAGO DE CHILE

MI querida amiga: me es grato contestar la carta que me dirije, publicada en *El País* de Montevideo, el 1 del actual, plena de cordialidad amistosa y de esa bondad tan cálida, de acento maternal, pura fragancia que emana de su persona y su obra.

Tan interesante como trascendente es el problema que usted plantea en su carta referente al predominio del materialismo sensualista y la carencia de idealidad, que advierte usted en nuestra época, a lo cual opone, como único remedio, la intensificación de la creencia religiosa y en especial del catolicismo.

Sorprendente es, en verdad, ese criterio en sus labios, ungidos con el prestigio de su poesía, que tal como usted atribuye a mi caso, hace tanto más grave y peligroso para la juventud del continente, cualquier erróneo concepto, sobre todo si se considera la íntima sinceridad de su palabra, de que nadie dudará.

Usted, mi querida amiga, ha recibido seguramente, como casi todo ibero-americano, la fé en el catolicismo como herencia familiar, tradición doméstica santificada con el fervor de las enseñanzas maternas.

Naturaleza eminentemente emotiva, como buen poeta que es, no ha pensado en revisar, ni en aguilatar por su razón, esas enseñanzas que cristalizan para los pueblos en dogma estricto y paralizante. A pesar de ello su espíritu, rico de savia jocunda, ha desplegado las alas y tendido su vuelo en canciones impregnadas de humanismo, de recóndita ternura, de cordialidad universal. Como le dije a usted ya en otra ocasión, ante el dios que aparece en su poesía no puede haber ateos, porque no es un dios teológico, dogmático y personal, sino el sentimiento de unidad, de comunión espiritual, divinizado. Pero usted identifica este idealismo suyo con la fé católica, y aún parece inferir ingenuamente que aquel proviene de esta, sin advertir que en otro lugar, o en otros tiempos, ya habrían provocado su obra y su persona, la persecución y el anatema de esa misma religión que usted defiende. Dígalo, sino, el hecho, harto significativo, de quienes son los que han apreciado su obra y de los cuales se ha sentido más cercana. Son los revolucionarios mejicanos, en cuya acción cultural ha colaborado usted con eficacia y amor; es el espíritu inquieto, profundamente renovador de José Vasconcellos; el fuerte, el irreductible Romain Rolland, el más potente y audaz removedor del alma latina; y en fin, modestamente, yo, a quien usted califica con la honrosa denominación de espíritu libre, precisamente por que rehuyo toda imposición dogmática o interés convencional. No creo que nos niegue usted a nosotros, sus amigos, tan ajenos a toda fé concreta, y sobre todo al catolicismo, el idealismo espiritual, ni que nos incluya entre los materialistas, en el sentido que dá usted a esa palabra, de relajamiento ético y persecusión de fines exclusivamente utilitarios.

Si mira usted en derredor de sí y si examina la historia occidental de los últimos tiempos, no será en el campo del catolicismo donde encontrará los ejemplares de mayor abnegación y humana idealidad. Nadie más idealista y desinteresado entre nosotros que el bíblico Almafuerte cuya vida fué un ejemplo de cristianismo pristino y que no se doblegó jamás a un confesionalismo religioso alguno "porque no aceptaba lo definitivo sino como un corral donde se le quería aprisionar y empequeñecer".

¿Quién le negaría idealismo a Pedro Kropotkine, el hombre más altruista, la vida moralmente más ejemplar del siglo pasado, no obstante su inquebrantable materialismo científico?

Si admitimos como verdadera la afirmación de Lorenzo de Medicis, de que aquello que no esperan otra vida, están ya muertos en esta, deberemos, así mismo, reconocer que hay más sentimientos altruistas y más vitalidad espiritual en los que se esfuerzan y se sacrifican por alcanzar el mejoramiento de la humanidad futura, a la que ellos no conocerán, — que en quienes se abstienen de obrar mal por temor a los castigos de ultratumba, o realizan buenas obras para obtener recompensas personales en un cielo reservado para ellos.

Es indudable que habrá católicos idealistas, como usted misma lo es, pero lo serán más bien, por su índole personal que en razón de su catolicismo.

Recientemente, como usted sabe, se realizó en la Argentina el movimiento más idealista de nuestra época en América: la reforma estudiantil y precisamente lo inició la juventud cordobesa arrancando la Universidad del dominio asfixiante del catolicismo que tenía anquilosada la enseñanza y amordazados a los espíritus.

Hubo un tiempo en que el catolicismo fué un ideal revolucionario, como lo siguen siendo hoy a pesar de todo, las doctrinas de Jesús, el rebelde más audaz y más universalista que ha existido. El mismo nombre católico significa universal, como es sabido, porque el credo católico no reconoce patria, pues aspira a convertir la humanidad en una sola grey dirigida por un solo pastor. Sin embargo, usted es patriota a despecho de su catolicismo, y aún se lamenta de que yo abogue por lo que entiendo ser justo en favor de otro pueblo americano que usted juzga antagonista de su patria.

Y es que los ideales, querida amiga, son como las antorchas: Cuando se encienden, esparcen más humo que llamas; mientras arden plenamente y se convierten en luz que ilumina a los hombres, amenazan abrasar la mano que las sostiene y las defiende; pero más tarde, se apagan, consumidas, se transforman en tizón y ya no son peligrosas para aquel que las esgrime, pero no alumbran a nadie.

Así sucede hoy con las religiones oficiales. El cristianismo actual ya no es el de San Pablo, ni el de las catacumbas, que socavaba los cimientos de un mundo groseramente materialista para fundar una nueva civilización espiritual a través de las persecuciones y martirios. Ahora el catolicismo es parte integrante y principal de esta sociedad sensualizada y comparte el dominio y la riqueza con los señores del oro.

Tiene más intereses que conservar que ideales y renovaciones para promover. Contra su inercia ya secular se estrellaría vana-



mente todo poder humano que intentara reformar su espíritu. Por eso me ha producido asombro su afirmación de que nosotros tenemos que utilizar el catolicismo. ¿Quiere usted paralizar más todavía el alma de nuestros pueblos? Porque tal es el efecto del catolicismo: el de someter y reducir.

¿Piensa usted, que, en realidad, fomentan el idealismo los gobiernos que consagran sus países al corazón de Jesús, aún a costa de víctimas humanas, más bien que los que defiende la justicia y rinden culto a la libertad de la conciencia? ¿No advierte usted en el catolicismo una fuerza regresiva opuesta a toda reforma y a todo mejoramiento?

¿Qué tenemos nosotros de común con un poder que es el enemigo irreductible de la ciencia y la renovación?

Su mismo protestantismo que se funda en la libre interpretación del texto bíblico, — ¿no ha inspirado en Norte América, recientemente, la ley antidarwiniana, prohibiendo a los maestros que explique a sus alumnos el origen del hombre según las teorías de Darwin, y obligándoles a que lo hagan de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia?

¿No cree usted que tal procedimiento, injurioso para la razón humana, solo puede producir la servidumbre del intelecto y el predominio grosero de los sentidos?

Si mi noble amiga. No serán las ideas ya gastadas y caducas las capaces de elevar el nivel moral humano, sino los nuevos ideales renovadores del alma de los hombres.

Vivimos en un momento de transición en que se derrumban muchos ídolos y se desmoronan los poderes que sobre ellos se fundaron. Ya el espíritu no anima las formas tradicionales y labora silenciosamente para trazar nuevos cauces en el alma humana. Usted misma reconoce que han descendido las religiones desde la mística a la costumbre. Las instituciones del pasado siguen viviendo por el impulso adquirido en otros tiempos. Agotada la presión espiritual se relajan todos los resortes. Pierden su imperio sobre las almas los preceptos normativos, los instintos recobran su primario dinamismo propulsor y desciende el nivel de la existencia.

Tal es la causa real del materialismo de hoy, señalado por usted, que no puede remediarse con una vuelta al pasado, sino acelerando el paso hacia el futuro.

La inquietud religiosa de estas épocas, se refugia en las mentes renovadoras, en las almas cargadas de misterio que miran al porvenir y traducen las voces del espíritu como Emerson y Carlyle y entre nosotros Almafuerte y Rodó.

Ya en nuestra América existe un soplo de inquietud y de fervidos anhelos que mueve a la juventud. Algunas almas selectas, como el maestro Vasconcelos perciben ya la vislumbre de un modo moral más alto y laboran con ahínco para encarnarlo en la realidad. Usted misma es la expresión de ese espíritu anhelante. Si ausculta usted el corazón de la juventud idealista advertirá los latidos de una nueva vida informe, exuberante y jugosa, que pugna por abrirse a la existencia.

Fundado en nuestra amistad y en la admiración que su obra y su persona me merecen, así como en el interés común que nos

inspira, yo me atrevo a pedirle que quiera colaborar en este alumbriamiento.

Considero respetable y aún fecunda toda fé profesada sinceramente, y por lo tanto respeto sus creencias religiosas. Pero creo que el deber que en esta hora nos impone el destino americano es el de favorecer el nacimiento de esa nueva vida que se anuncia. Ayúdenos a forjar, con sus manos maternales, esta joven alma americana que viene henchida de fé, rebosante de idealismos, dispuesta a hacer una sola patria de la América Latina y a volcar en ella todos sus anhelos.

Usted es el corazón dinamizante de esa juventud. No malogre la esperanza que tiene puesta en usted. Abandone el pasado, sumergido en un sensualismo estéril, y vuelva sus miradas al futuro donde le espera la juventud, grávida de generosas ilusiones.

ALFREDO L. PALACIOS.

## El último Congreso científico de Lima

*Carta abierta de Haya de la Torre al doctor Gregorio Berman*

Florenia (Italia), 12 de febrero. — Doctor Gregorio Berman.

QUERIDO BERMAN: Leí la carta de Vd. en "Córdoba" con motivo de la realización del Tercer Congreso Panamericano. He querido escribirle antes pero por mil circunstancias no me ha sido posible hacerlo; creo sin embargo que nunca será tarde para decirle cuanto agradezco su actitud y cuanto tendrán que agradecerse los doscientos estudiantes que por diversas causas políticas y sociales han sido desterrados del Perú.

Es verdaderamente muy curioso comparar la actitud de Vd. o la de Valle Inclán en España negándose a aceptar la invitación de Leguía, con la genuflexión vergonzosa de la mayor parte de los intelectuales que, han ido a las fiestas de Ayacucho a contribuir al fin político de la tiranía que hoy explota en su beneficio lo que el diarismo oficial de mi país llama la "admiración continental por la portetosa obra de resurgimiento del Perú".

Catorce millones de soles prestados de los capitalistas yanquis han servido para pagar el festín de Ayacucho, para alimentar dos o tres centenas de turistas y para ofrecerles el espectáculo teatralmente preparado de una corte republicana cubierta de cintas y aplaudida por los asalariados que no faltan en ninguna parte. Naturalmente que la impresión de todos los huéspedes del señor Leguía no habrán sido nunca la de la realidad.

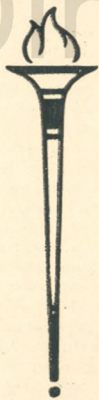
En los mismos días de las fiestas en las prisiones de la Intendencia se han encerrado a muchos obreros y estudiantes; Jacobo de Medicina y Luis Heysen, alumno de Agronomía han sido desterrados después de varios días de confinamiento en la isla de San Lorenzo. El 15 de Diciembre al mismo tiempo que los señores ex-



trajeros disfrutaban de las fiestas algunos cientos de estudiantes y obreros fueron sableados en la plaza San Martín y muchos de ellos en los calabozos del mismo Palacio de Gobierno.

Probablemente nada de esto han visto los señores intelectuales, que encabezados por Lugones, Chocano y Villaespesa, han prestigiado las fiestas de la Libertad. Después de ellas el Perú queda como antes y peor que antes. El gobierno del señor Leguía tiene hoy la sanción de la intelectualidad continental. El pueblo peruano pagará con más opresión aún el resultado brillante de las fiestas de Ayacucho. Quizás tenga que pensar que la tiranía es un don de Dios justificada por los hombres de más autoridad de América. La voz de Vd. doctor Bermann, como la de Vasconcelos, como la de Ingenieros, como la de Rolland no nos permitirá afirmar que la moralidad de los intelectuales constituye un peligro social. Tal vez haya llegado al Perú, y en esta hora de desorientación y de incredulidad constituya un aliento para todos los que luchan contra el régimen actual.

A Vd. y a los muchachos de "Córdoba" de nuevo un abrazo emocionado y solidario. — V. R. Haya de la Torre.



## Ferrocarril Provincial La Plata a Meridiano V

### PASAJEROS

Servicio esmerado con confort y comodidad. Puntualidad en los horarios. Viajes directos y rápidos. Servicio local, diariamente entre las estaciones LA PLATA y C. BEGUERIE. Entre LA PLATA, 9 DE JULIO y MIRA PAMPA, tres veces por semana, con servicio restaurant esmerado y coches dormitorios. Abonos mensuales, semestrales y anuales. Parte de regreso en boletos de ida y vuelta, válida hasta los 25 días de su emisión.

### CARGAS Y HACIENDAS

Trenes directos y adicionados. Servicio especial para el transporte de haciendas, con destino a puerto LA PLATA. Frigoríficos y F. C. Midland, por Empalme Ingeniero de Madrid. Conexión en la Estación circunvalación del F. C. Sud, para los trenes generales de pasajeros y transbordo de cargas. Mercado para venta de haciendas, en Estación A. Etcheverry. Ventas semanales todos los jueves. Caminos de acceso desde este mercado hasta La Plata, Abasto, M. Romero, macadanzados.

TARIFAS reducidas para todo tráfico, y rebajadas desde el 1.º de Julio del año próximo pasado, para los transportes de haciendas, leche y crema.

ADMINISTRACION E INFORMES:

Calle 17 y 71

LA PLATA

U. T. 1217 - 1259



SPORTSMAN HOTEL  
DE  
ARDINI, MORANDI Y LÓPEZ

GRAN RESTAURANT, SALON PARA 500 PERSONAS,  
UBICACION INMEJORABLE  
ESPECIAL PARA TURISTAS

CALLE 54 N. 586 LA PLATA

The Piccadilly

SASTRERIA  
DE  
MODA

Unico Agente de la  
renombrada casa  
BURBERRYS Lda.

CASIMIRES IMPORTADOS  
DE LONDRES

SOLICITE UN CRÉDITO

Calle 7 Núm. 1037 - U. Tel. 2612

LA PLATA

CIGARRERIA  
LIBRERIA  
PAPELERIA

"LA HIJA DEL TORO"

- DE -

ANGEL GARAT

Ventas por mayor y menor

Aparatos y Utiles

Fotográficos "Kodak"

Calle 7 Núm. 815 - U. Telef. Núm. 34

LA PLATA

FARMACIA

DE

JUAN FELIX MAESTRI

SECCION OPTICA - OCULISTICA  
ANEXA A LA FARMACIA

UNIÓN TELEFÓNICA 526

CALLE 49 Y 8

LA PLATA

Farmacia  
CARCAMO

25 años de existencia progresiva, responden de los procedimientos de esta casa

CALLE 7 Nos. 739 - 745

Teléfonos 527 y 2179

LA PLATA

CASIMIRES  
y MERCERIA

Gabardinas Perramus  
Kashas-Reps  
Tornasoles  
Sedas

POGGIO Hnos.  
47-865 entre 8 y 9 U. T. 3650

Lanas  
Sedas  
Filos para  
tejer y bordar  
Telas de hilo  
Botones de Fantasia

SANATORIUM  
RIVADAVIA

Se trasladó a su nuevo local

CABILDO 420

U. T. 0020 Belgrano  
C. T. 20 "

DIRECTOR

Dr. Celestino S. Arce

Ex - Interno del H. Nacional de Alienadas  
Sub-Director interno

Dr. Eduardo C. Arce

Enfermedades nerviosas y mentales  
Cura de reposo y convalescencia  
Condiciones especiales para morfinómanos,  
alcoholistas, etc.  
Separación absoluta de sexos en pabellones y  
edificios independientes.  
Atendidos por Hermanas de Caridad.  
Grandes Parques y Jardines

"EL BUDA"  
—  
ANTIGUEDADES

—  
ARTE Y DECORACIÓN  
ALHAJAS DE ESTILO

—  
Unica casa en su estilo  
en Sudamérica

—  
SE COMPRAN Y SE CANJEAN ALHAJAS  
POR SU VERDADERO VALOR

—  
SUIPACHA 696 B. AIRES  
U. T. RIVAD. 2424



## BANCO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

La Plata: Avenida Independencia 726 Buenos Aires: Calle San Martín 137 y 153

**CORRESPONSALES.** — En los demás pueblos de la provincia y en los principales puntos del interior de la república y territorios nacionales y en las más importantes plazas comerciales del exterior; en Europa, Estados Unidos de América, Méjico, Panamá, Cuba, Costa Rica, Guatemala, San Salvador, Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Bolivia, Uruguay y Paraguay.

Tiene corresponsales y gira sobre los puntos de España y los de Francia e Italia que tienen oficina postal.

**OPERACIONES.** — El banco se ocupa de todas clases de operaciones: descuentos, cauciones, recibe depósitos, abre cuentas corrientes, emite giros y cartas de crédito. Se encarga de cobranza de documentos, cupones y cuotas de terrenos, de administración generales y de propiedades.

**PRESTAMOS HIPOTECARIOS.** — Hace préstamos con garantía de inmuebles ubicados en la Provincia de Buenos Aires. En dinero efectivo amortizable en 10 años. En bonos hipotecarios amortizables en 33 años.

**PRESTAMOS CON PRENDA AGRARIA.** — Sobre haciendas y cereales.

### TASA DE INTERES ANUAL SOBRE DEPOSITOS

**ABONA:** En cuenta corriente a oro sellado y moneda legal, sin intereses.

#### En Caja de Ahorros:

Hasta \$ 10.000 después de 60 días ..... 4 o/o  
 Por las sumas que excedan de \$ 10.000 hasta 20.000 3 o/o  
 A plazo fijo de 30 días... 1 o/o A plazo fijo de 60 días... 2 o/o  
 A plazo fijo de 90 días... 3 o/o A plazo fijo de 180 días 3 1/2 o/o  
 Mayor plazo ..... Convencional

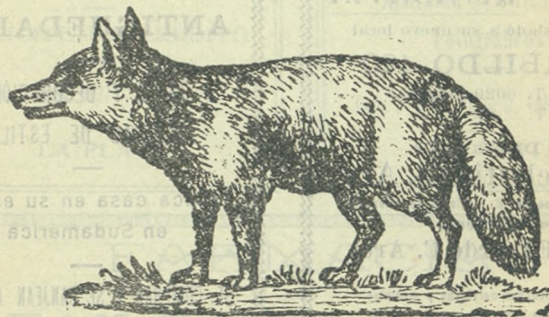
**COBRA:** Por adelantos en cuenta corriente, Descuentos, cauciones, etc. .... Convencional  
 Casa La Plata, diciembre 30 de 1924.

ANTONIO PICAREL Gerente

## Peletería "EL ZORRO BLANCO"

DE M. ELFFMAN

Se guardan pieles durante el verano



Se atiende toda clase de composuras

PRIMER ESTABLECIMIENTO DE CONFIANZA

Diagonal 80 Núm. 1010 U. Telef. 2361

TELÉFONO PARTICULAR: 3069

LA PLATA

AGRONOMÍA.- FARMACIA - MEDICINA - DERECHO  
 INGENIERIA - CIENCIAS - QUIMICA - DIBUJO  
 LIBROS DE CUENTOS - TODA CLASE DE PAPELES  
 Y AFINES - ARTÍCULOS DE OFICINAS - MATERIAL  
 DE ENSEÑANZA Y LAMINAS MURALES PARA  
 ESCUELAS - MAQUINAS DE ESCRIBIR

1-1 Estas son nuestras principales secciones 1-1 Pídanos lo que precise 1-1

Sucesión de V. V. OITAVEN

48 y 9 - U. T. 961 - LA PLATA

SE ATIENDEN PEDIDOS DEL INTERIOR Y EXTERIOR

Si Vd. no tiene o  
 no ha recibido  
 nuestro intere-  
 sante Catálogo  
 de Invierno,  
 solicítelo.  
 Lo remitimos  
 gratis

### CASA GARGANTA

Especialista en artículos  
 para hombres.

Diagonal 80 esquina 50  
 LA PLATA

### ALMACEN

"EL PORVENIR"

La casa mejor surtida y  
 la más conveniente  
 para hacer Vd. sus  
 provisiones.

Ciruelas Francesas  
 grandes y jugosas  
 kilo \$ 1.50

CALLE 53 ESQUINA 5  
 TELÉFONO N. 687  
 LA PLATA

## CONFITERIA "PARIS"

- DE -

VICTOR ALONSO

Calle 7 54 y 55. Teléfonos 3814. pedidos al 110 - LA PLATA

Casa de absoluta confianza, la preferida por las personas  
 de delicado paladar

Salón con 22 Billares - Sala de Té para familias - Servicio de Lunch para 1000 personas

Orquesta de Señoritas, Tarde y Noche



Medias  
Holeproof



A ESTOS PRECIOS

\$ 10.50 \$ 7.20

\$ 6.80 \$ 5.20

y \$ 3.20 el par,

Puede conseguir medias  
que le proporcionan satis-  
facción a la par que eco-  
nomía.

Medias Holeproof para señoras, las vende  
Tienda "Buenos Aires" Calle 5 esq: 50 y 51  
Tel. 404 única casa autorizada.

PIANOS y AUTO-PIANOS

Breyer

Venta por mensualidades

7 N<sup>o</sup>. 1079 T<sup>no</sup>. 394

LA PLATA

AGENCIA  
**NAUMANN**

Una Máquina perfecta en todo sentido

Cuiden que ingrese en su hogar para compa-  
ñera de los suyos una máquina como la "NAUMANN"  
que es de intachables antecedentes.

PUEDA VD. adquirirla mediante una modesta  
cuota mensual sin mayores exigencias ni trámites  
molestos.

¿Dejará pasar esta oportunidad?

Antes de comprar otra marca coteje precio y  
calidad de la "NAUMANN"

PARA

Coser

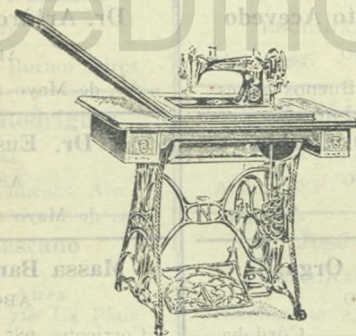
Bordar

Vainillar

Festonear

Zurcir

etc., etc.



Agujas

y

repuestos

para

toda

máquina

de coser

Lecciones de Bordados gratis hasta terminar.

ENSENADA, BERISSO, MAGDALENA, CORONEL BRANDZEN

CONCESIONARIO:

**J. Deolindo Repetto**

Teléfono 124, Ensenada



## GUIA PROFESIONAL - Bs. AIRES

**Dr. Eduardo Sarmiento Laspiur**

ABOGADO

Rivadavia 814 Buenos Aires

**Dres. Mariano Molla Villanueva  
y L. A. Podestá Costa**

ABOGADOS

Santa Fe 1206 Buenos Aires

**Dr. Diego Ortiz Grognet**

ABOGADO

Cangallo 315 Buenos Aires

**Dr. Abel Chaneton**

ABOGADO

C. Pellegrini 655 Buenos Aires

**Dr. Carlos Alberto Acevedo**

ABOGADO

Talcahuano 1260 Buenos Aires

**Dr. Rómulo D. Carbia**

ABOGADO

Mitre 709 Adrogué

**Dr. Raul A. Orgaz**

ABOGADO

27 de Abril 894 Córdoba

**Dr. Teodoro Roca**

ABOGADO

Rivera Indarte 544 Córdoba

**Julio V. González**

ABOGADO

Cangallo 499 Buenos Aires

**Dr. Julio Noé**

ABOGADO

Cangallo 315 Buenos Aires

**Dr. Alejandro E. Shaw**

ABOGADO

Sarmiento 643 Buenos Aires

**Dr. Alejandro Ruza**

ABOGADO

Cangallo 499 Buenos Aires

**Alejandro Lastra**

ABOGADO

25 de Mayo 158 Buenos Aires

**Dr. Arturo González Arce**

ABOGADO

Av. de Mayo 1111 Buenos Aires

**Dr. Eusebio Gómez**

ABOGADO

Av. de Mayo 1380 Buenos Aires

**Massa Barrutti y Marini**

ABOGADOS

Corrientes 685 Buenos Aires

**Germán E. Sempé**

ABOGADO

Sarmiento 643 Buenos Aires

**Dr. Lizardo Molina Carranza**

ABOGADO

Rodríguez Peña 1529 Bs. Aires

**Mauricio E. Poodts**

ABOGADO

Cangallo 466 Buenos Aires

**Florentino V. Sanguinetti**

ABOGADO

Lavalle 1268 Buenos Aires

**Fernando Márquez Miranda**

ABOGADO

Perú 71 Buenos Aires

**Jorge Lascano**

ABOGADO

Sarmiento 643 Buenos Aires

**Dr. Juan Carlos Rébora**

ABOGADO

Lavalle 1282 Buenos Aires

**Dr. Alfredo L. Palacios**

ABOGADO

Viamonte 1533 Buenos Aires

**Dr. Alberto J. Rodríguez**

ABOGADO

Sarmiento 459 Buenos Aires

**Dr. David Lascano**

ABOGADO

Lavalle 1312 Buenos Aires  
48-716 La Plata

ESTUDIO JURIDICO  
DEL

**Dr. Gabino Salas**

Tucumán 1353, U. T. 326 Riv.  
La Plata, Calle 57-618, Tel. 2263

Representante

**Francisco Oleastro**

ABOGADO

**Gabriel Del Mazo**

ARQUITECTO

Sarmiento 1757 Buenos Aires

**Juan Carlos Lomazzi**

CONTADOR PUBLICO NACIONAL

Perú 151, Escritorio 32 Bs. Aires

**F. Ratto y A. Pita**

ESCRIBANOS

San Martín 206 Buenos Aires

**Hiran Pozo**

Escribano Nacional - Asuntos judiciales

Sarmiento 829 Buenos Aires

**Carlos Falchi y J. J. Pippo**

ESCRIBANOS

Piedras 75 Buenos Aires

**P. Luis Boffi**

ESCRIBANO NACIONAL

Maipú 286 Buenos Aires

**Francisco Murcho**

MARTILLERO PUBLICO

Alsina 385 San Fernando

**José A. Negri**

ESCRIBANO NACIONAL

Reconquista 331 Buenos Aires

**Escribanía Haedo**

Av. de Mayo 651 Buenos Aires

**Escribanía de la Torre**

Av. de Mayo 651 Buenos Aires



## VALORACIONES

REVISTA DE HUMANIDADES

CRITICA Y POLEMICA

Editada por el grupo de estudiantes Renovación de La Plata

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle 56, N°. 989 La Plata

## ESTUDIANTINA

REVISTA MENSUAL DE LETRAS

CRITICA Y ARTE

DIRECTOR:

JUAN MANUEL VILLAREAL

Publicada por alumnos del Colegio Nacional

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle 49, esq. I (Coleg. Nacional)

FIDEL A. MACIEL CRESPO, VICENTE RUIZ, CARLOS A. FERREYRA Y PRÓSPERO LARREGLE

## SEMIOLOGÍA CLÍNICA Y PROPEDEÚTICA

APUNTES DEL CURSO OFICIAL DE LA ESCUELA DE MEDICINA LA PLATA. — I TOMO

Un volúmen de 260 páginas, con grabados \$ 4.50

DEPOSITARIOS PARA LA VENTA- LIBRERÍA «LA ESTRELLA». — 51 - 640 — LA PLATA

## Oficina de Propaganda Comercial

La primera de la Provincia de Buenos Aires

FUNDADA Y DIRIGIDA

POR

LUIS SALA Y ESPIELL

Calle 9 N°. 972 — LA PLATA

Especialista en campañas originales e inéditas, con renovación diaria de textos y grabados, sobre cualquier institución, negocio o producto de carácter científico, industrial y comercial :: :: :: :: :: ::

## NOSOTROS

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI

Y

ROBERTO F. GIUSTI

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Libertad, 543 Buenos Aires

## INICIAL

REVISTA DE LA NUEVA

GENERACION

DIRECTORES:

Roberto A. Ortelli, Homero Guglielmini, Roberto Smith y V. Ruiz de :: :: :: Galarreta :: :: ::

REDACCION:

México, 1416 Buenos Aires

## PROA

DIRECTORES:

JORGE LUIS BORGES, BRANDAN CARAFFA, RICARDO GUIRALDES

Y

PABLO ROJAS PAZ

REDACCION:

Av. Quintana, 222 B. Aires

## MARTIN FIERRO

PERIODICO QUINCENAL

DE ARTE Y CRITICA

:: :: :: LIBRE :: :: ::

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Bustamante, 27 Buenos Aires

## REVISTA DE FILOSOFIA

DIRECTORES:

JOSE INGENIEROS

Y

ANIBAL PONCE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Viamonte, 776 Buenos Aires

## RENOVACION

ORGANO DE LA UNION LATINO-AMERICANA

DIRECTOR:

GABRIEL S. MOREAU

Casilla de Correo, 1625

B. AIRES



## ALMACEN SAN MARTIN

Casa Fundada el 1.º de Enero de 1899

ATENDIDA Y DIRIGIDA DESDE SU  
FUNDACIÓN POR SU PROPIETARIO  
: MARTIN BARANDIARAN :

DEDICADA ESPECIALMENTE A ARTICULOS  
DE LA MEJOR CALIDAD Y DE LAS MAS  
: : : : ACREDITADAS MARCAS. : : : :

Diagonal 80 N.º 1007 - U. T. 134

:: :: LA PLATA (República Argentina) :: ::

El crédito logrado por la

### "Confitería y Bar Victoria"

lo comprometemos integramente en la garantía  
de la bondad de los artículos y procedimientos  
empleados en nuestra nueva

#### "FABRICA DE MASAS"

Tres factores esenciales sirven de base a nuestros delicados  
productos :

su calidad, su presentación y su exquisito sabor

Adquirir las masas en nuestra casa, constituye  
:: :: una nota acentuada de buen gusto. :: ::

Confitería y Bar Victoria de Asión y Anoro - 49 y 7 - U. T. 2964

LA PLATA



## SASTRERIA SOBRE MEDIDA

Para Caballeros

NOS es muy grato, hacerle saber a Vd., que nunca,  
como este año, fué tan grande nuestro surtido  
de casimires, para la temporada que se inició. Siem-  
pre dentro de las mejores calidades que la alta in-  
dustria inglesa produce.

LOS gustos han sido creados exclusivamente para  
nuestra casa, evitándose con esto el natural de-  
sagrado que produce el cruzarse con otro caballero  
que lleva el mismo traje que usted...

CORTADORES de reconocida competencia, materia-  
les de primer orden y la mano de obra mejor pa-  
gada es el mejor complemento de la calidad de los  
casimires.

Esperamos su amable visita

## GATH & CHAVES

Suc. La Plata - Calle 7 esq: 50





568 - FLORIDA - 572

FRENTE AL JOCKEY CLUB

DECORACIONES  
DE ESTILO



SALONES DE  
AUBUSSON